

Un llamamiento al Amor



Sor Josefa Menéndez

UN LLAMAMIENTO AL AMOR

Sor Josefa Menéndez

Religiosa Coadjutora de la Sociedad del
Sagrado Corazón de Jesús
1890 – 1923

DECLARACIÓN

Al publicar estas páginas no es nuestra intención afirmar cosa alguna sobre la naturaleza de las comunicaciones de que en ellas se trata, y declaramos que nos sometemos plenamente al juicio de la Santa Iglesia.



Avril 1938

Ma Révérende Mère,

Je ne doute pas que le Sacré Cœur de Jésus
n'ait pour agréable la publication de ces pages toutes
pleines du grand amour inspiré par sa grâce à sa très
humble servante sœur Maria Josefa Menéndez: puissent-elles
contribuer efficacement à développer en beaucoup d'âmes une
confiance toujours plus, complète et plus ardente dans l'in-
finie miséricorde de ce Divin Cœur envers les pauvres pécheurs
que nous sommes tous.

C'est le vœu que je forme en vous bénissant,
vous et toute la Société du Sacré Cœur

Le Card Faulstich

TRADUCCION DE LA CARTA

Mi Reverenda Madre: No dudo que el Sagrado Corazón de Jesús habrá de mirar complacido la publicación de estas páginas, tan llenas del grande amor inspirado por su gracia a su humilde sierva Sor María Josefa Menéndez. Ojalá contribuyan eficazmente a desarrollar en muchas almas una confianza, cada día más plena y amorosa, en la infinita misericordia de este Divino Corazón para con los pobres pecadores, entre los cuales nos contamos todos.

He aquí mi deseo al bendeciros a Vos y a toda la Sociedad del Sagrado Corazón.

ÍNDICE

PREÁMBULO.....	7
PRIMERA PARTE.....	11
EL INSTRUMENTO DEL CORAZÓN DE JESÚS.....	11
INTRODUCCIÓN.....	12
LA ELECCION DIVINA.....	13
ESPERANDO.....	18
A LA SOMBRA «DES FEUILLANTS».....	25
EL SECRETO DEL REY.....	33
LA SEÑAL DIVINA.....	43
LOS DESIGNIOS DE AMOR.....	48
SEGUNDA PARTE.....	53
EL MENSAJE DEL CORAZON DE JESUS.....	53
«QUE EL MUNDO ESCUCHE Y LEA...».....	55
UNA LLAMADA A LAS ALMAS.....	67
PIDO A MIS ALMAS TRES COSAS: REPARACIÓN, AMOR, CONFIANZA.....	79
LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.....	93
LAVATORIO DE LOS PIES.....	94
EL CENÁCULO.....	95
LA EUCARISTÍA Y LOS PECADORES.....	97
LA EUCARISTÍA Y LAS ALMAS CONSAGRADAS.....	98
LA EUCARISTÍA, MARAVILLA DEL AMOR DESCONOCIDO.....	101
GETSEMANÍ.....	103
SUEÑO DE LOS APÓSTOLES.....	105
TRAICIÓN DE JUDAS.....	107
TRAICIONES DE LAS ALMAS ESCOGIDAS.....	109
NEGACIÓN DE SAN PEDRO.....	110
LA PRISIÓN.....	112
IMITACIÓN DEL DIVINO PRISIONERO.....	114
«MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO».....	115
EN CASA DE HERODES.....	116
LA FLAGELACIÓN.....	117
JESÚS CORONADO DE ESPINAS Y TRATADO COMO REY DE BURLA.....	118
BARRABÁS PREFERIDO A JESÚS.....	120
JESÚS CONDENADO A MUERTE.....	123
DESESPERACIÓN DE JUDAS.....	123
CAMINO DEL CALVARIO.....	125

ENCUENTRO CON LA SANTÍSIMA VIRGEN.....	126
EL CIRENEO.....	127
CRUCIFIXIÓN.....	129
LAS SIETE PALABRAS.....	132
CONCLUSIÓN.....	135
OFRECIMIENTO EN UNION CON EL CORAZON DE JESUS.....	135
ORACIÓN POR LAS ALMAS ACERDOTALES.....	139

PREÁMBULO

Los llamamientos de amor y misericordia que encierran estas páginas, se confiaron a una humilde hermanita coadjutora de las religiosas del Sagrado Corazón, fallecida el 29 de Diciembre de 1923, a los treinta y tres años.

Han sido conservados como un tesoro por la familia religiosa que los recibió, hasta ahora, que parece ser el momento indicado de darlos a conocer al mundo, tan sediento de paz, para atraerlo suavemente al único y verdadero manantial de confianza y seguridad.

«Yo seguiré hablando y tu transmitirás mis palabras», decía el Corazón de Jesús a su confidente. *«No pido nada nuevo sin duda... pero, ¿no necesitan reanimar la fe, el amor, la confianza? Ayúdame en esta obra de amor».*

El mismo Señor definía así su obra: *«Las palabras y deseos que doy a conocer por tu medio, excitarán el celo de muchas almas e impedirán la pérdida de un gran número; y comprenderán cada vez más, que la misericordia y el amor de mi corazón son inagotables».*

Durante mucho tiempo, quiso el señor mantener oculto el instrumento que se había escogido y le dijo un día: *«Tu eres el eco de mi voz; pero si Yo no hablo ¿que eres, Josefa?»*

Cincuenta años ha transcurrido en silencio desde la muerte de la humilde religiosa. Pero los favores debidos a su intercesión, al ponerse en evidencia el auténtico valor de su MENSAJE, han movido a la autoridad eclesiástica a darlo a conocer a las almas. ¡Ojala sean muchas las que logren conocer por su medio al Corazón abrasado de amor que hoy se ofrece, una vez más, a las ansias del mundo!.

Josefa Menéndez nació en Madrid el 4 de Febrero de 1890, en un hogar modesto pero muy cristiano, bien pronto visitado por el dolor. La muerte del padre, dejó a la jovencita como único apoyo de

su madre y de dos hermanas, a las que sostenía con su trabajo. Josefa hábil costurera, conoció las privaciones y preocupaciones, el trabajo asiduo y las vigiliias prolongadas de la vida obrera, pero su alma enérgica y bien templada vivía ya del amor del Corazón de Jesús, que le atraía a sí irresistiblemente. Durante mucho tiempo deseó la vida religiosa, sin que le fuese dado romper los lazos que la unían al mundo; su trabajo era necesario a los suyos y su corazón, tan amante y tan tierno, no se resolvía a separarse de su madre, que a su vez creía no poder vivir sin el cariño y el apoyo de su hija mayor. Un día sin embargo, el divino llamamiento se hizo irresistible, exigiendo los mayores sacrificios.

El 5 de Febrero de 1920, Josefa dejaba a su hermana a su hermana ya en edad al cuidado de su madre y abandonaba su casa y su Patria querida, para seguir más allá de la frontera a Aquél cuyo amor divino y soberano tiene derecho a pedírsele todo.

Sola y pobre se presentó en Poitiers, en el convento del Sagrado Corazón de los Feuillants, santificado en otros tiempos por la estancia en él de Santa Magdalena Sofía Baral. Allí se había reanudado hacía poco la obra de la Santa Fundadora y a su Sombra florecía de nuevo un Noviciado de Hermanas Coadjutoras del Sagrado Corazón.

Nadie pido sospechar los designios divinos que ya empezaban a ser realidad. Sencilla y laboriosa, entregada por completo a su trabajo y a su formación religiosa, Josefa en nada se distinguía de las demás, desapareciendo en el conjunto. El espíritu de mortificación de que estaba animada, la intensa vida interior que practicaba, y una como sobrenatural intuición en cuanto a su vocación se refería, llamaba la atención de algunas personas que la trataron con más intimidad.

Pero las gracias de Dios permanecieron ocultas a cuantas la rodeaban, y desde el día de su llegada hasta su muerte, logró pasar desapercibida, en medio de la sencillez de una vida de la más exquisita fidelidad.

Y en esta vida oculta, Jesús le descubrió su Corazón. «*Quiero —le dijo— que seas el Apóstol de mi Misericordia. Ama y nada temas. Quiero lo que tú no quieres... pero puedo lo que tú no puedes... A pesar de tu gran indignidad y miseria, me serviré de ti para realizar mis designios*».

Viéndose objeto de estas predilecciones divinas, y ante el MENSAJE que debía transmitir, la humilde Hermanita temblaba y sentía levantarse gran resistencia en su alma. La Santísima Virgen fue entonces para ella la estrella que guía por camino seguro, y encontró en la Obediencia su mejor y único refugio, sobre todo, al sentir los embates del enemigo de todo bien, a quien Dios dejó tanta libertad. Su pobre alma experimentó terribles asaltos del infierno, y en su cuerpo llevó a la tumba las huellas de los combates que tuvo que sostener. Con su vida ordinaria de trabajo callado, generoso y a veces heroico, ocultaba el misterio de gracia y de dolor que lentamente consumía todo su ser.

Cuatro años bastaron al Divino Dueño para acabar y perfeccionar su obra en Josefa, y confiarle sus deseos. Como Él había dicho, llegó la muerte en el momento señalado, dando realidad a sus palabras: *«Como eres víctima por Mí escogida, sufrirás y abismada en el sufrimiento morirás»*. Era el sábado 29 de diciembre de 1923.

Pronto se dejó sentir la intercesión de Sor Josefa. El Corazón de Jesús cumplía su promesa: *«Este será nuestro trabajo en el cielo: enseñar a las almas a vivir unidas a Mí»*. y otro día: *«Mis palabras llegarán hasta los últimos confines de la tierra»*. Su corazón preparaba el camino que hoy descubre al mundo, hambriento de Verdad y de Caridad.



PRIMERA PARTE

**EL INSTRUMENTO DEL CORAZÓN DE
JESÚS**

INTRODUCCIÓN

“Yo te glorifico, Padre mío, porque has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, y las has revelado a los pequeños”

(San Mateo, XI, 25).

El llamamiento de Amor y de Misericordia que lleva estas páginas, fueron confiados a una Religiosa Coadjutora del Sagrado Corazón, Sor Josefa Menéndez, fallecida en Poitiers, el 29 de diciembre de 1923, a la edad de 33 años.

Hasta ahora han permanecido ocultos, como tesoro de la familia religiosa que los recibió, pero los favores debidos a la intercesión de la humilde Hermana, subrayan su importancia y la autoridad eclesiástica permite que se descubran a las almas. Dios quiso, que durante largo tiempo, el secreto encubriera también el Instrumento de su elección:—«¿Qué eres?... le decía el Señor, sino el eco de mi Voz?... Pero si yo no hablo, qué eres tú?...»

Si hoy el velo se descorre, es no tanto para dar a conocer el frágil instrumento de que el Señor se dignó servirse, cuanto para responder al deseo de su Corazón, que quiere atraer a Sí al mundo y salvarle por los esfuerzos, renovados sin cesar de su Misericordia.

LA ELECCION DIVINA

Te amo porque eres pequeña; y porque tu pequeñez Me la has dado a Mí.

A España vino el Señor a buscar a esta alma privilegiada de su Corazón.

Josefa Menéndez nació en Madrid el 4 de febrero de 1890, siendo bautizada, el 9, en la Parroquia de San Lorenzo, con los nombres tan preciados a su fe, de María Josefa.

La muerte de un hermanito le dejó en primer lugar en el hogar cristiano, al que descendieron con ella las divinas predilecciones.

Tres hermanas completaron la familia, que vivía unida y feliz. Gracias al trabajo del padre, hombre enérgico e inteligente, cierta holgura rodeó los primeros años de Josefa, que se deslizaron tranquilos y fáciles. Las niñas crecían en una atmósfera de fe y de laboriosidad, de caridad y de alegría, en la que sus almas se expansionaban sin esfuerzo. A la edad de cinco años Josefa recibió la Confirmación, y el Espíritu Santo se apoderó del pequeño Instrumento para hacerlo dócil a la acción divina. Tenía siete años cuando se confesó por primera vez, en un primer viernes, día memorable en su vida, del que escribía más tarde: *«3 de octubre de 1897: Mi primera confesión. ¡Si siempre tuviera la misma contrición de aquel día!»*

Desde entonces, admirado su confesor de las aptitudes sobrenaturales de la niña, la inició en una vida interior proporcionada a su edad. Aprendía poco a poco a conversar con el Huésped Divino de su alma, y cada mañana en su oración infantil se unía a Aquel que era ya dueño de su corazón.

Seria y jovial a la vez, de carácter vivo y de natural un tanto altivo, ocupaba bien en su casa el puesto de «la mayor». Su madre descansaba en ella; su padre tenía preferencias por lo que él llamaba «Su pequeña Emperatriz». Se sabía que no le negaba nada, y sus hermanas acudían a ella, como intercesora, en sus peticiones infantiles. El quiso ser el primer maestro de Josefa, y, satisfecho de sus adelantos, pensó orientarla hacia el Magisterio;

pero otros eran los designios del Señor, que preparaba, en secreto, los caminos por El escogidos. El encuentro eucarístico iba a marcar la primera etapa de esta elección divina, sellando la unión entre la niña y el Amigo de los corazones puros.

Josefa había cumplido once años. Por recomendación de su director espiritual, don José María Rubio (que ingresó más tarde en la Compañía de Jesús), la admitieron las Religiosas de María Reparadora en el grupo de niñas que, por las tardes, se reunían para prepararse a la primera comunión, y los deseos de Josefa se enardecían a la perspectiva de tan dichoso día.

Un corto retiro debía preceder a la ceremonia, fijada el 19 de marzo. Josefa obtuvo de su padre el permiso de seguirlo. Con su sencillez acostumbrada nos cuenta ella algo de aquellas primeras prendas de mutuo amor entre Jesús y su alma, amor que no se desmintió jamás. Escribe así:

«Cómo Jesús hizo a mi alma su primer llamamiento.

El primer día hice una meditación sobre estas palabras: *«Jesús quiere venir a mí para que yo sea toda de El»*. Yo me puse muy contenta, porque tenía mucho deseo de ser toda de Jesús; pero no sabía lo que tenía que hacer, y una vez que pregunté me dijeron: *«que ser muy buena y así sería siempre de Jesús»*.

El segundo, la meditación, era: Jesús es el Esposo de las Vírgenes y se recrea en las almas puras e inocentes. Ya aquí me pareció que se hacía una gran claridad; pues yo pensaba que siendo su Esposa sería toda suya, porque yo veía que mi madre era toda de mi padre, por ser su esposa. Así, pensé, que siendo virgen era de Jesús, y aunque yo no entendía, ni mucho menos, qué era virginidad, prometí muy de veras ser de Jesús, y todo el día lo pasé diciendo estas palabras: Sí, Jesús mío, siempre seré virgen para que seáis mi Esposo, y así seré siempre vuestra. Por la tarde, después de la Reserva del Santísimo, hice una consagración al Niño Jesús y le pedí que me enseñara a ser siempre de El, y pensaba que ya pronto le tendría dentro de mi corazón. ¡Qué contenta estaba! Cuando así me alegraba en silencio, oí una voz, que nunca se me ha olvidado, y que se grabó en lo más íntimo de mi alma: *«Sí, hija mía, quiero que seas toda mía»*. Yo no puedo decir qué sentí, pero salí de la capilla decidida a ser muy buena, y

como no creía que las religiosas eran personas de la tierra, no sabía qué era vocación, pero sentí en mí algo especial, que nunca se me ha quitado hasta que he conocido lo que era vocación.

El tercer día redoblé mi propósito, y el 19, fiesta de mi Patrono San José, día dichoso de mi Primera Comunión, hice esta consagración que me salió del fondo de mi alma:

Desde hoy, 19 de marzo de 1901, prometo a mi Jesús, delante del cielo y de la tierra, poniendo por testigos a mi Madre la Virgen Santísima y a mi Padre y Abogado San José, guardar siempre la preciosa virtud de la virginidad, no teniendo otro deseo que agradar a Jesús, ni otro temor que disgustarle. Enseñadme, ¡Dios mío!, cómo queréis que sea vuestra del modo más perfecto, para siempre amaros y nunca ofenderos. Esto lo quiero y pido hoy, día de mi Primera Comunión.

Virgen Santísima, os lo pido hoy, que es la fiesta de vuestro Esposo San José.

Vuestra hija que os ama,

Josefa Menéndez»

«La escribí, y cada vez que comulgaba la repetía. Cuando dije a mi confesor lo que había hecho me dijo que las niñas no deben prometer nada más que ser muy buenas y que rompiera aquel papel...; pero yo no podía, y repetía a mi Jesús: Señor, desde este día soy vuestra y para siempre.»

Josefa conservó preciosamente el testimonio de su primera ofrenda, y la hojita amarillenta, escrita con gruesos caracteres de letra infantil, fue hasta su muerte el tesoro de su fidelidad.

El primer contacto con la Eucaristía entregó a la acción divina el alma en que esta acción debía de obrar con tanta libertad y tan poderosamente. La Sagrada Comunión era la felicidad de Josefa, y desarrollaba en su corazón los gérmenes de las virtudes sólidas que ya se revelaban en ella.

Renunciando a sus primeros proyectos, o más bien guiados por la inspiración de Dios, sus padres la enviaron al «Taller del Fomento del Arte»¹.

Desde el primer momento su inteligencia y sus aptitudes llamaron la atención de sus profesoras. Habilidosa y activa, realizó pequeños prodigios, y el éxito respondió al trabajo sin que le hiciera perder en nada su modesta sencillez. La Sagrada Comunión, que recibía todos los días, a costa de sacrificios, era la fuente de donde sacaba la fuerza para conservarse pura.

«He atravesado muchos peligros —escribe—, pero siempre me ha guardado Dios Nuestro Señor en medio de ellos y de las malas conversaciones del taller. Cuántas veces he llorado al oír aquellas cosas que me turbaban, pero siempre encontré fuerza y consuelo en Dios. Nada ni nadie me han hecho cambiar ni dudar nunca de que Jesús me quería para El.»

A los 15 años, Josefa, ya hábil modista, salió del taller. La familia había cambiado de domicilio, y la proximidad de la Escuela de las Religiosas del Sagrado Corazón² facilitó la educación de las tres hermanas menores, mientras que la mayor se quedaba en su casa. La capilla del Sagrado Corazón fue, desde entonces, el atractivo diario de Josefa. Jesús, desde el Sagrario, comenzó a orientar hacia su Corazón al alma en la que El había puesto sus delicias.

La felicidad reinaba aún en el hogar tranquilo; Josefa, ocupada en su labor y en las faenas domésticas, ayudaba a su madre. Entonces gustó por experiencia los goces fuertes y suaves que lleva consigo la dulce intimidad de la vida de familia. La «pequeña Emperatriz» conservaba su puesto preferente en el afecto de los suyos, mostrándose por su parte hija abnegada y hermana cariñosa. Su carácter jovial, el ardor que ponía en todo, su intuición para adivinar lo que agradaba a los demás, olvidándose a sí misma, hacían de ella el alma de su hogar en el que todo era dicha y unión y donde las alegrías mejores iban siempre marcadas con el sello de la fe.

La recompensa más apreciada de las niñas, en aquella época, era ir a visitar en el Carmelo de Loeches a la Priora, hermana de su

¹ Escuela de formación de Artes y Oficios.

² Pensionado y Escuela del Sagrado Corazón, calle de Leganitos, Madrid.

madre. Las recibían allí como unas princesas, en las habitaciones del Capellán. Sus incursiones a la biblioteca las habían puesto en posesión de un ejemplar de las Reglas, cuya lectura hacía sus delicias. Cuando regresaban a su casa, las niñas jugaban al «Carmelo», salmodiando el Oficio e imitando las penitencias del Claustro. Josefa arrastraba a sus hermanas a esos entretenimientos, pero su alma encontraba ya en aquel convento improvisado algo más que un juego preferido.

Entre tanto la Ley del Amor se disponía a marcar pronto con su sello aquella existencia en flor. Era necesario que el cierzo azotase la tierna planta para arraigarla y fortalecerla. «No dudes nunca del Amor de mi Corazón —le dirá más tarde el Amigo Divino—. No importa que los vientos te sacudan. He fijado la raíz de tu pequeñez en la tierra de mi Corazón.»

ESPERANDO...

«Déjate conducir con los ojos cenados, que yo soy tu Padre y los tengo abiertos para conducirte y guiarte.»

El sufrimiento que debía imprimir su huella en toda la vida de Sor Josefa, no tardó en instalarse en el hogar, que hasta entonces no lo había conocido. Lo recibieron con paz, como saben hacerlo las almas sencillas y los amigos de Dios, Josefa aprendió a sufrir como había aprendido a amar, y su corazón se abrió a las austeras lecciones del sacrificio y del dolor. Al contacto de la Cruz se dulcificó su carácter, se domeñó su naturaleza, se fortificó su alma y se acrisoló su amor, sin que éste perdiera nada de sus ardores.

En 1907 la muerte entró en la casa. Carmen, una de las hermanas volaba al Cielo cuando sólo contaba 12 años. Poco después, la abuela materna siguió a la niña al sepulcro. El fallecimiento de Carmencita fue un golpe terrible para sus pobres padres. Lucharon con el dolor, pero fue superior a sus fuerzas. Unos meses más tarde enfermaba la madre con fiebres tifoideas, y el padre cayó también con pulmonía. Josefa, fuerte en su fe, se apoyaba en ella, y la vida sobrenatural de su alma se reveló tal cual ya era. Abandonó su trabajo, se constituyó en enfermera de sus amados padres y midió, sin desfallecimiento, el arduo peso que caía sobre sus hombros de niña. Los medicamentos costosos se multiplicaban; era necesario dar abasto a todo y atender a las necesidades de sus hermanitas. Los ahorros se agotaron pronto y la pobreza penetraba en el hogar desolado... Josefa la abrazó con valor. Durante cuarenta días experimentó la angustia de la escasez y de las privaciones, la inquietud del corazón y el peso de la responsabilidad, que no compartía con nadie.

«Las tres hermanas dormíamos en el suelo en el mismo colchón; el médico, muy bondadoso, hubiera deseado llevar a nuestros padres al Hospital, pero yo no lo hubiese consentido nunca, segura de que la Providencia vendría en nuestra ayuda. Y

vino, en efecto, por medio de las Madres del Sagrado Corazón. ¡Qué buenas fueron con nosotras!... ¿Cómo podría yo no amarlas?...» Santa Magdalena Sofía se inclinó también hacia aquella familia, a la sombra de la cual crecía la que había de ser un día su hija privilegiada. Durante una novena a la Santa Fundadora, la enferma, ya sin esperanzas de curación, llamó una noche a sus hijas: «No lloréis —les dijo—; la Bienaventurada Madre ha venido a asegurarme que no me moriré porque os hago falta.» «No supimos nunca lo que había pasado —contaba más tarde Josefa—; lo cierto es que al día siguiente el peligro había desaparecido.» Su padre se curó también, pero sin recobrar las fuerzas, y no pudo ya volver a su trabajo.

En adelante el bienestar desapareció del hogar por completo y Josefa se entregó generosamente al cumplimiento del deber filial que la reclamaba. Las Madres del Sagrado Corazón le regalaron una máquina de coser y le ayudaron a buscar trabajo. Su reputación de costurera le abrió camino y pronto conoció las jornadas laboriosas y las veladas de la vida obrera. Su energía y su abnegación hicieron frente a todo y la sonrisa volvió de nuevo a la casa.

Pero la tregua fue corta. Dos años más tarde el jefe de la familia sucumbía de un ataque al corazón, piadosamente asistido por el Reverendo Padre Rubio, que desde entonces se constituyó en consejero y amigo del afligido hogar. Más que nunca, fue Josefa el apoyo de su madre, y su trabajo el único sostén de la familia.

Su alma vivía continuamente, en medio de sus penas, del Único Amor. El llamamiento que a los doce años la había cautivado y la ofrenda renovada cada día, eran su fuerza y el horizonte de su vida a través de las sombras del camino. Ya, antes de la muerte de su padre, había revelado su secreto solicitando el permiso de ingresar en el Instituto del Sagrada Corazón; mas por primera vez se vio el padre, buen cristiano, sin embargo, enfadarse con su hija Pepa, y ésta, secándose las lágrimas, encerró en su alma el tesoro de su vocación, guardando silencio.

Más tarde se le adelantaron a proponerle la entrada en el Carmelo. Un religioso de esa orden le ofreció obtener su admisión. Pero no era ese su camino. Josefa lo sabía; rehusó, pues, el ofrecimiento agradecida y aprovechó la ocasión para hablar de

nuevo a su madre del llamamiento de Dios. Sin oponerse, ésta le suplicó que no la abandonase, y por segunda vez Josefa esperó; pero su dolor fue grande cuando su hermana obtuvo el consentimiento materno y, precediéndola, se fue, en 1911, al Noviciado de Chamartín (Madrid), Josefa, que la había formado como costurera con la esperanza de encargarla del mantenimiento de la familia, sintió vivamente la decepción. Su fe en la divina Providencia la sostuvo y su virtud la ayudó a olvidarse de sí. Continuó pues, su vida laboriosa, asociando en el trabajo a su hermana menor y entregándose, sin ahorrar tiempo ni fatiga, a su numerosa clientela. Dios, que la conducía a la realización de sus designios por caminos ocultos, pero seguros, iba, sin embargo, una vez más, a desconcertar las previsiones y los planes de su alma para enseñarle la ciencia del abandono y del sacrificio perfecto.

El Reverendo Padre Rubio, su director, hacía doce años, creyó, en febrero de 1912, llegado el momento de ayudarla a realizar sus deseos de vida religiosa. Josefa contaba veintidós años. El reverendo Padre la inclinó a las Reparadoras, que conocía íntimamente, y ella, dócil y sencilla, obedeció, renunciando al atractivo que en el fondo de su alma la arrastraba hacia el «Corazón de Jesús». Entró, pues, en las Reparadoras y empezó con todo su corazón la vida de Postulante, encontrándose feliz en medio de la familia religiosa, cuyo espíritu amó y gustó: Reparar, por medio del Corazón Inmaculado de María, era una idea que respondía a las aspiraciones de su alma. Ninguna tentación turbó la paz de aquellos meses, que transcurrieron entre las ocupaciones materiales, en las que su vida interior podía ser obstáculo, expansionarse; pero aun en medio de esta paz, Josefa no cesaba de oír otro llamamiento. Refería ella, más tarde, que las campanas de la capilla del Sagrado Corazón, que estaba cerca y que se oían desde el Convento, despertaban, a pesar suyo, otros deseos que se esforzaba en sacrificar. La Santísima Virgen iba también a advertirle, con su Corazón de Madre, que no era aquél el lugar de su descanso.

Josefa estaba encargada de la limpieza de un salón en el que había una imagen de Nuestra Señora de los Dolores, vestida a la usanza española y que tenía en sus manos la corona de espinas. ¡Cuál no sería su sorpresa al ver en ella un punto luminoso, sin que pudiera distinguir de dónde procedía la claridad! Durante tres o

cuatro días la corona conservó el resplandor. Josefa, empinándose, llegó a la estatua y vio una de las espinas como incendiada, de donde irradiaba la claridad. Al mismo tiempo, una voz muy dulce le decía: «Coge esta espina, hija mía. Más tarde Jesús te dará otras». Josefa desprendió la espina que aún brillaba, y apretándola sobre su corazón, respondió al don maternal con una ofrenda más total de sí. La respuesta del Señor fue una nueva experiencia del sufrimiento.

Habían transcurrido los seis meses del Postulantado, la fecha de la toma de hábito estaba próxima y su madre rehusó el consentimiento... El Reverendo Padre Rubio aconsejó la salida de Josefa y ésta volvió a inmolarse otra vez. Abandonó con pena el asilo donde había gustado algo de la dulzura de la vida religiosa, en cuyos deseos se consumía. Se llevó consigo la Espina, pero si ya había perdido el resplandor, iba ahora más y más a traspasar su vida toda con dolorosa realidad.

Josefa emprendió de nuevo la empinada cuesta en busca de su Dios. Volvió a su trabajo y a su ruda tarea. La vieron entonces en los Colegios del Sagrado Corazón, de Madrid, trabajando como costurera en la confección de los uniformes de las alumnas. Era el tipo de la obrera sencilla, modesta, concienzuda y fuerte con su profunda piedad. La religiosa que se ocupaba del vestuario de las niñas, no ha podido olvidarla; dice así: «Su natural ardiente iba derecho a su deber; gracias a su abnegación y a su carácter feliz, que sólo se fijaba en el buen lado de personas y cosas, no tuve con ella la menor dificultad; su tacto exquisito, su actividad silenciosa, me prestaban mil pequeños servicios. Era un alma de fe y su devoción a la Eucaristía algo extraordinario. Amaba mucho al Sagrado Corazón y solía repetir: «Cuando entro en esta casa, me encuentro en mi centro».

Josefa no podía decir otro tanto en el contacto con su clientela en el mundo. En más de una ocasión su conciencia delicada y su alma pura se sentían heridas. «¡Si supieran —decía— cuánto sufro cuando me veo obligada a ceder a las exigencias y a vestir a las señoras de un modo poco conforme con la modestia cristiana!» La vista del mundo y de sus costumbres entristecía su corazón, sintiendo más dolorosamente aún el destierro a que se veía sujeta. «¡Ahí —exclamaba—, desde mi niñez pido todos los días al

Corazón de Jesús que me haga Esposa suya, y ahora que conozco mejor lo que es la vida, le suplico que, si no me quiere conceder esta gracia, me lleve de este mundo, porque mi alma no puede vivir más tiempo en él.»

No vivía, en efecto, más que de los deseos ardientes que a diario alimentaba con la Sagrada Eucaristía. Del contacto con el Corazón Divino sacaba para sí misma la fuerza y para los demás la bondad, el afecto y la alegría que derramaba sin cesar en torno suyo, guardando para sí en secreto su Cruz y su Espina.

Tenía pocas amigas, pero arrastraba con su ejemplo y sostenía con sus consejos a un grupo de jóvenes obreras como ella. Su expansión comunicativa las animaba cuando podían reunirse para solazarse un poco del trabajo diario. Las Peregrinaciones a Ávila y al «Cerro de los Ángeles», que su fervor y su entusiasmo hacían deliciosas, dejaban en sus almas rastro profundo.

Entretanto, el tiempo transcurría y Josefa esperaba la señal divina. Creyó verla en 1917 y se decidió a pedir su admisión en la Sociedad del Sagrado Corazón; fue aceptada con bondad, y su madre consintió, fijándose la entrada para el 24 de septiembre, festividad de Nuestra Señora de las Mercedes. Amaneció el día tan deseado, pero, ¡ay!, las lágrimas de la madre hicieron flaquear el corazón de la hija. Josefa cedió ante el dolor maternal. ¡Aquella noche su sitio en el Noviciado permaneció vacío! Josefa lloró largo tiempo lo que ella llamaba la gran debilidad de su vida. Mas aquel que «trabajaba en la oscuridad aun cuando El es la Luz» realizaba, a través de estas dolorosas alternativas, sus planes de Amor.

Por entonces, Francia, después de la tormenta, veía florecer de nuevo la obra del Sagrado Corazón; la llama se reanimaba en los hogares apagados. En Poitiers, la antigua Abadía («des Feuillants») de los Cistercienses, providencialmente conservada para las Hijas de Santa Magdalena Sofía, les devolvía sus claustros embalsamados aún por los santos recuerdos de la Fundadora.

Un Noviciado de Hermanas Coadjutoras estaba en proyecto; en él había señalado el Corazón de Jesús, desde toda la eternidad, el sitio de Josefa; allí iba El a conducirla por su mano, a través de las últimas tempestades.

Era en 1919 Josefa tenía 29 años. Comprendió por secreto llamamiento, que había llegado la hora de Dios, y resolvió solicitar de nuevo en el Sagrado Corazón la admisión que no se atrevía a esperar.

El 27 de julio presentó humildemente su petición. Josefa escribe en sus notas: «La contestación fue una negativa... Pero en el fondo de mi alma sentía la voz de mi Jesús que decía: «¡Pídelo, insiste, confía en Mí que soy tu Dios!» Su insistencia no logró cambiar la decisión que sus vacilaciones anteriores parecían deber hacer irrevocable.

«El 16 de septiembre —prosigue— me arrodillé a los pies de mi Crucifijo y le pedí con toda mi alma que, o me abriese la puerta de su Corazón Divino, es decir, de su Sociedad, o me llevase de este mundo, porque me parecía que ya no podía sufrir más. Entonces creo que me mostró sus Pies Divinos, sus Manos divinas y me dijo: «Mira mis Llagas... Bésalas y dime si no puedes sufrir un poco más... Soy Yo quien te quiero para Mí»... ¡Dios mío!... ¿Qué sentí entonces?... No lo puedo decir bien, pero una vez más prometí no vivir sino para amar y sufrir... ¡Pero soy tan débil, Jesús mío!» Dos meses transcurrieron aún en ferviente súplica hasta el 19 de noviembre. «Ese día, en la Comunión —refiere Josefa—, le supliqué por su Sangre divina y por sus Llagas que me abriese la puerta de la Sociedad, que yo había cerrado por mi culpa. Abríd-mela de nuevo, Jesús mío, os lo suplico; bien sabéis que no pido ni deseo otra cosa que ser Esposa de vuestro Divino Corazón.»

La hora de Dios había llegado. Aquella mañana fue Josefa, como de costumbre, a Chamartín a pedir labor. La esperaban, acababa de llegar una carta de Poitiers; pedían para el Noviciado, apenas fundado, algunas vocaciones seguras. ¿Tendría Josefa valor para solicitar en Francia la admisión tan deseada...? Sin vacilar, contestó el «sí» más generoso y en el mismo momento escribió ofreciéndose. «Me arrojé de nuevo —dice ella en su cuadernito de recuerdos— a sus Pies Divinos, que tanta confianza me dan, y con lágrimas en los ojos y más amor en mi corazón, me ofrecí a aceptar todo, y a pesar de mi debilidad, ¡qué fuerza sentía dentro de mí!»

Su madre, desolada, no opuso esta vez ninguna dificultad; Dios allanaba los obstáculos. Para evitar lo doloroso de las

despedidas, Josefa salió de su casa sin decir nada a nadie y sin llevar nada. La caridad de las Madres del Sagrado Corazón la proveyó de lo necesario. «Jesús me acogió —dice ella— y no sé cómo, pero lo cierto es que me encontré en San Sebastián; no tenía ni fuerzas ni dinero; yo creo que no tenía más que amor; pero estaba en el Sagrado Corazón. Yo siempre la misma, muy débil, pero Jesús siempre sosteniéndome.»

Un mes se detuvo Josefa en la casa del Sagrado Corazón, que la acogió con gran caridad. Agradecida, procuró hacerse útil y se la vio activa y silenciosa, ayudando a todo cuanto podía. Empero las cartas desgarradoras de su madre y de su hermana traspasaban de pena su corazón; medía también lo que iba a ser la dificultad de un idioma desconocido para ella; pero su voluntad permanecía fija en el Corazón que la esperaba.

«Qué hará usted en un país cuya lengua ignora? —le preguntó alguien—. «Dios me conduce» contestó sencillamente. Era verdad.

El 4 de febrero de 1920 dejaba para siempre su Patria para seguir, más allá de sus fronteras, a Aquel cuyo Amor soberano puede pedirlo todo.

A LA SOMBRA «DES FEUILLANTS»

«Te trasplantaré al Jardín de mi Corazón y en él te cultivaré Yo mismo»

Llena de luz, situada en la falda de la colina desde donde Poitiers domina el Valle del Clain, la antigua Abadía «des Feuillants» (Cistercienses) parece uno de esos lugares escogidos para los encuentros de fervores humanos y favores divinos.

En 1618, una colonia de religiosos del Císter se establecía allí. La Revolución la destruyó; mas apenas se disipó la tormenta, Santa Magdalena Sofía reanimaba en sus ruinas la llama del Amor, fundando el primer Noviciado de la Sociedad del Sagrado Corazón. Allí residió ella con frecuencia, recibiendo gracias tan singulares, que la casa, los claustros, el jardín, siguen siendo para su familia religiosa como un relicario y un recuerdo vivo de la Fundadora.

Tras de aquellos benditos muros iba el Corazón de Jesús a esconder a su hija predilecta para cultivarla cual flor escogida, abrirle su corazón y, asociándola a su sed de almas, realizar después en ella y por ella la Obra de su Amor.

Sin embargo, cuando llegó a Poitiers, nadie pudo sospechar el gran Designio Divino. Tal cual se mostró Josefa al empezar el Postulantado, así se la vio durante los cuatro años de su vida religiosa. Sencilla, silenciosa, entregada a su trabajo, perdida en el conjunto. En su exterior nada llamaba la atención; su fisonomía seria, marcada a veces con el sello del sufrimiento, se iluminaba con una sonrisa cuando alguien se le acercaba o le pedía un favor. Sólo sus grandes ojos negros hablaban en ella, sin que lo sospechara; su vida se concentraba en su mirada, reflejando a la vez el ardor de su amor y su profundo recogimiento.

Inteligente, activa, adaptándose a todo, Josefa había recibido verdaderas dotes del Cielo: extraordinario buen sentido, juicio claro y recto, que servían como de salvaguardia al fondo serio y equilibrado sobre el que pudo trabajar la gracia libremente. Su corazón, tierno y generoso, fortalecido por las pruebas pasadas, sabía darse

y guardarse a un tiempo, y como todo el que ha sufrido, era buena, con esa bondad que inspira el olvido de sí.

Su alma llegaba a la vida religiosa templada ya por el espíritu de sacrificio, por la inteligencia sobrenatural de su vocación, con vida interior intensa y un amor ardiente hacia el Corazón de Jesús. Pero todos estos dones de Dios permanecieron ocultos a sus propios ojos y a su alrededor, y desde que ingresó en el Convento, hasta la muerte, pasó inadvertida bajo el velo de una vida perfectamente fiel.

Un grupito de novicias venidas de diferentes casas formaba el Noviciado de Hermanas Coadjutoras. Josefa fue la primera postulante, y pronto pasó a ser la novicia más antigua.

La vida humilde y laboriosa, reproducción de la de Nazaret, le encantó desde el principio. En este ideal concebido por la Santa Fundadora encontraba la respuesta a todas sus aspiraciones y a todos sus atractivos: Trabajo escondido para ayudar a la Obra del Corazón de Jesús en las almas de las niñas, pero trabajo impregnado de amor, de silencio, de oración y cuya fecundidad apostólica y divina riqueza dependen sólo de la unión a este Corazón Sagrado. Josefa abrazó con todo el ardor de su alma esta nueva vida, tan luminosa para su fe y tan querida para su amor.

Unas líneas bastarían para decir lo que fueron su postulante, su noviciado y los dieciocho meses que completaron su carrera en la fiarla. ¿No nos enseñó Jesús de Nazaret con sus ejemplos el sentido de las apreciaciones divinas, tan distintas de las del mundo?... Y ¿no resume el Evangelio treinta años de su vida en la tierra con estas breves palabras: «Les estaba sumiso»?... De la misma manera, la santidad de las Hermanas Coadjutoras en la Sociedad del Sagrado Corazón, parece tanto más auténtica cuanto que hace menos ruido y tanto más profunda cuanto más escondida. Josefa Menéndez fue una de esas almas ignoradas que apenas se ven, no se las oye y cuya historia se escribiría en pocas palabras.

Los recuerdos de las que con ella vivieron en Poitiers y que no sospecharon la misteriosa acción del Corazón de Jesús en su alma, no pueden proporcionarnos más que «vistas tomadas de fuera», según expresión de una religiosa. Pero estas «vistas» son

preciosas, y a su luz es como hay que seguir a Sor Josefa en su vida tan corta y tan llena.

Empleada en la cocina, en la ropería, en la plancha, en los trabajos comunes, siempre se la veía fiel a su deber, cumpliendo la Regla, silenciosa, obediente, sin distinguirse más que por su perfecta fidelidad. Su inclinación a pasar inadvertida no impedía ni su iniciativa ni su inteligente laboriosidad. Era utilísima en todos los empleos, le gustaba trabajar y parecía que todo se lo encontraba hecho. La primera en ofrecerse para ayudar en las tareas extraordinarias, era la última en retirarse, y no lo hacía hasta dejarlo todo en orden. Las ocupaciones más penosas y más humildes parecían ser su lote. Un día que por falta material de tiempo tuvo que rehusar un servicio, lo sintió tanto, y se dio tal maña, que por la noche encontraba la ropera terminadas las composturas que le había pedido.

Multiplicaba esas mil pequeñas atenciones que son la flor de la caridad; una hermana ancianita, que veía poco, encontraba cada día unas cuantas agujas enhebradas. Mucho tiempo ignoró a quién debían sus ojos este favor.

Carácter alegre y expansivo, sufrió al principio por no poderse expresar; y en cuanto poseyó un poco el francés, divertía a sus hermanas con sus frases más o menos correctas, sin el menor respeto humano.

Gozaba con sencillez de niña de los esparcimientos y recreos que la vida religiosa permite; llevaba a ellos la nota alegre, pero siempre sobrenatural, que dejaba traslucir su unión con Dios. Fuera de esas horas, su aire sencillo y grave llamaba la atención; la rodeaba tal atmósfera de recogimiento, que en medio de su constante trabajo se la hubiera creído en oración. Su actitud en la capilla revelaba su viva fe. Un imán irresistible la atraía a las horas de los ejercicios de Regla; de rodillas, los ojos bajos, las manos cruzadas, todo desaparecía para ella.

Dos empleos se llevaron todas sus predilecciones; el cuidado de la Celda de Santa Magdalena Sofía, transformada en Oratorio, y el de la capilla de las Congregaciones, donde habitualmente estaba reservado el Santísimo. ¡Con qué esmero hacía la limpieza, acompañando sus barridos con fervorosos coloquios de su invención! Ningún detalle se escapaba a su cuidadosa vigilancia;

verdad es que en todo cuanto se le confiaba ponía todo su corazón.

Asistía a una venerable religiosa enferma e imposibilitada, la amaba y velaba sobre ella como lo hubiera hecho con su madre, con la más respetuosa ternura; y al contacto de la caritativa hermana, la enfermita olvidaba las privaciones y sufrimientos que su estado le imponía.

Su experiencia de costurera no tardó en designarla para la hechura de los uniformes del Colegio. En cuanto hizo los Votos le confiaron la dirección del taller, con algunas novicias y postulantes para ayudarla. Sin escatimar trabajo las formaba, distribuyéndoles con discernimiento la labor, remediando sus torpezas con bondad. Todo su afán era que se hiciesen aptas para servir mejor a la Sociedad; para esto las acostumbraba a poner en todo lo que hacían interés, cuidado y esmero. «Nunca la vimos impacientarse —dice una novicia de aquel tiempo—, y si notaba negligencia en el trabajo, se limitaba a decirnos: «No hay que hacer así el trabajo por Nuestro Señor». Con autoridad firme y suave se hacía querer y respetar, y su virtud era una lección continua para sus auxiliares. El taller parecía un oratorio; no se interrumpía el silencio más que para rezar; la oración se escapaba del corazón al mismo tiempo que la aguja volaba entre los dedos.

Josefa quería mucho a las niñas, especialmente a las más pequeñas; se notaba esta predilección cuando trabajaba para ellas o les probaba los uniformes. Las niñas se daban cuenta de este afecto, y cuántas veces, al visitar por las noches los dormitorios para asegurarse de que no les faltaba nada, se detenía para componer, a hurtadillas, un desgraciado desgarrón de una falda, o para ayudar a una pequeña a coser un botón, o sacar a otra de un apurillo por el estilo. Todo esto lo hacía como la cosa más natural; pero las Maestras se daban cuenta, con agradecimiento, y las niñas conservaban en la memoria el ideal de vida religiosa y de completa donación que se les mostraba a través de la humilde Hermana.

Enteramente a la disposición de los demás, Sor Josefa, en cuanto estaba sola, se refugiaba dichosa en su amado recogimiento; era la inclinación de su alma. Cuando ya se habían retirado una tarde las novicias, entró en el taller una religiosa a pedirle un favor.

Sor Josefa cosía con afán, pero su actitud revelaba bien dónde tenía su pensamiento: parecía perdida, en Dios. La religiosa la contempló unos instantes con respeto, llamándola después suavemente. Josefa se estremeció; echó sobre su interlocutora una mirada llena de sobrenatural expresión y con su acostumbrada deferencia se levantó para escucharla, pero su alma parecía venir de muy lejos.

Así transcurrieron en lo exterior los días y los meses, marcando algunas fechas las etapas de esta vida uniforme. El 16 de julio de 1920, Josefa vestía el Santo Hábito. Gracias a la caridad de las Madres del Sagrado Corazón, de Madrid, su madre y su hermana Ángela, pudieron acompañarla ese día; para su corazón tierno y amante fue gran consuelo verlas y hacerles compartir su dicha. Volvieron dos años después, el 16 de julio de 1922, día radiante de sus primeros votos. Ni ellas, ni la familia religiosa de Josefa, pudieron traslucir la misteriosa unión que se realizaba entre el Corazón de Jesús y el de su Esposa.

Josefa entró nuevamente en su vida escondida. Dos veces aún debía salir de ella. En mayo de 1923, sus Superiores decidieron seguir la indicación divina que quería alejarla por algún tiempo de la Abadía. Marchó, pues, a Marmoutier³. Un mes de residencia allí, bastó para dejar el recuerdo del que la religiosa encargada de las Hermanas Coadjutoras da cuenta en estos términos: «Sor Josefa Menéndez se ha sabido ganar la estima y el afecto de sus Hermanas por su fidelidad a nuestra Santa Regla, su amor al silencio, la sencillez de su trato; se presentía en ella un alma unida a Dios. En seguida se fundió en el conjunto, atribuyéndose siempre lo más penoso de los empleos generales y buscando las ocasiones de abnegarse y de prestar algún servicio.»

Nuestro Señor le había dicho: «Yo dejaré allí las huellas de mi paso». Un conjunto de circunstancias pusieron efectivamente de relieve la obediencia y el espíritu religioso de Josefa, y o su Superiora de entonces dejó la impresión de una gran virtud. Desde esta época los sufrimientos físicos que la aquejaban hacía tiempo, se agravaron también; el Divino Maestro le había dicho que no tendrían remedio y Josefa guardaba en secreto el anuncio de su muerte próxima. Nada de esto se traslucía; sólo su fisonomía y su

³ Casa Noviciado del Sagrado Corazón cerca de Tours.

agotamiento exterior, dejaban presentir lo que su energía, abnegación y hasta su gozo, trataban de ocultar.

Regresó a Poitiers, mas para ausentarse a los pocos meses. En octubre de 1923, se reunieron en Roma, para seguir los Santos Ejercicios, cierto número de Superiores; Josefa siguió a la suya, para ayudar, según se creía en el trabajo que en la Casa Madre ocasionaban las circunstancias. Otras eran las intenciones de Aquel que había dicho: «Yo lo dispongo todo y sé lo que conviene a mi Obra». Y más tarde añadía: «Así como después de un día oscuro el sol parece más hermoso, así después de estos sufrimientos, mi Obra aparecerá con más claridad».

En el silencio que la envolvía, Josefa conoció, en efecto, en Roma, horas dolorosas, pero encontró también la luz y la paz que acompañan siempre a la fe en la autoridad y a la bendición del Sumo Pontífice. El 26 de octubre volvía a Poitiers para la última etapa de su vida, que debía de ser corta. Ella lo sabía.

Se entregó de nuevo al trabajo en sus empleos hasta que sus fuerzas se agotaron, dando a entender a sus queridas compañeras de taller, que no debían contar con ella mucho tiempo. El 9 de diciembre su sed de la Eucaristía le dio ánimo para arrastrarse aún a la capilla; aquella noche se acostó para no volverse a levantar.

La Profesión hecha el 12 de diciembre al mismo tiempo que recibía la Extremaunción, fue una fiesta del Cielo en la noche de esta vida. El velo se descorría sobre el alma privilegiada de la cual hasta entonces nada sabíamos las que la rodeábamos, escribe una religiosa. Su celda era más bien un santuario que una enfermería, y en su lecho y sin saber aún por qué, se sentía algo grande y sobrenatural. En los días siguientes la vi varias veces y le recomendé los Ejercicios de las niñas. «¡Las quiero tanto —me dijo—. Me encanta oírlas jugar y más aún verlas comulgar... Sí, rezaré aquí y continuaré en el Cielo. Nuestro Señor —continuó como hablando consigo misma— me ha dado un corazón que ama mucho. ¡Amo a la Sociedad; a las Madres, a las Hermanas, a las niñas! ¡Oh! ¡Sí...! ¡Cuánto ama mi corazón!» Sería preciso poder traducir el acento de sinceridad y de caridad profunda que acompañaba estas palabras... «¡Ah! —decía en otra ocasión—. ¡Qué fervorosas y firmes han de ser las novicias en su vocación! He tenido yo tantas luchas que a veces me parecía que no podría perseverar. Entonces

iba a contarlo todo a la Madre Asistente y me quedaba tranquila. Me costó un gran sacrificio salir de España, pero por mi vocación lo hice sin vacilar... ¡hasta con gusto!... Lo que más importa aprender en el Noviciado y no olvidarlo nunca, es la obediencia. ¡Ahí ¡Si comprendieran bien lo que vale obedecer con espíritu de fe!» Y repitió varias veces recogándose y como viendo en su alma la seguridad de su camino: «¡El precio de la obediencia por espíritu de fe!»

Otro día en que parecía sufrir mucho: «Nuestro Señor quiere que suframos —dijo— y de muchas maneras... Yo he sufrido mucho, pero... el sufrimiento se olvida. Sí, se olvida, y ahora, el Señor me va... —aquí se detuvo como escandalizada de lo que iba a decir, y corrigiéndose—: «¡Oh! No me va a recompensar, pues no he hecho nada. Me va a hacer feliz porque es bueno.» Cayó después como en el éxtasis de su felicidad... y añadió con ardor: «Es bueno de veras... ¡Oh, qué bueno!» Y parecía saborear estas palabras, que repitió varias veces.

Obedeciendo a sus Superiores, Josefa tuvo aún fuerzas para escribir una carta de despedida a su madre y a sus hermanas. No pueden leerse sin emoción estos renglones tan sencillos y tan fervorosos. Dice así:

«Miren, queridas mías; yo estoy contenta de morir porque sé que es la Voluntad de Aquel que amo. Además, mi alma tiene deseo de poseerle y verle sin velos, como se le ve aquí en la tierra... No lloren, ni estén tristes. Miren que la muerte es el principio de la vida para el alma que ama y espera. Nuestra separación será corta, porque la vida pasa muy pronto y luego estaremos juntas toda la eternidad. No crean que estoy triste. Estos cuatro años de vida religiosa han sido para mí cuatro años de cielo. Lo único que deseo para mis hermanas, es que gocen como he gozado, pues crean que nada da tanta paz como hacer la Voluntad de Dios. No crean que muero de sufrimiento ni de pena, al contrario. ¿Mi muerte?, creo que es más, ¡de amor! Yo no me siento enferma, pero tengo algo que me hace desear el Cielo porque no puedo pasar sin ver e Jesús y a la Virgen.»

A su hermana, religiosa coadjutora en la Sociedad del Sagrado Corazón, le decía expansionándose con más intimidad: «Muero muy feliz, pero nada me da esta felicidad sino el saber que

he hecho la Voluntad de Dios. El me ha hecho marchar por caminos muy contrarios a mi gusto y a mis deseos, pero me recompensa en estos últimos días de mi vida que me encuentro envuelta en la paz del Cielo». Después de unos cuantos consejos, añadía: «No te entristezcas por tus miserias; Jesús es bueno y nos ama como somos. Yo lo veo por experiencia. Ten confianza en su bondad, en su amor y en su misericordia. La Sociedad ha sido para mí una verdadera y tierna madre. Jesús me ha dado unas Superiores que han tenido para mí grandes delicadezas. En la tierra no se lo puedo pagar, pero desde el Cielo las favoreceré, pues tendré a la Virgen que me dará todo lo que necesite». Terminaba con estas líneas: «Siempre nos hemos querido mucho, querida hermana, y ahora nuestra separación de algunos años nos unirá más íntima y fuertemente. Adiós; en el Cielo te espero, donde nos uniremos con los lazos de hermanas y con el amor de religiosas».

Algunos días más tarde, después de pasar por pruebas misteriosas y que debían completar su corona y consumir su ofrenda, se realizaba para Josefa en la soledad de su último suspiro la palabra del Divino Maestro: «Sufrirás, y abismada en el sufrimiento, morirás»... «No busques alivio ni descanso: no lo encontrarás, puesto que Yo soy el que así lo dispongo»... Era la consumación del más fiel Amor, un sábado 29 de diciembre 1923, a las ocho de la noche.

Al instante, una impresión sobrenatural de gracia y de paz, se esparció por toda la Casa; el Cielo parecía descender a la celda de, la Hermana. Rodeada de azucenas Josefa descansaba... Su rostro reflejaba la estabilidad serena de la eternidad, con una expresión de majestad que impresionaba. Parecía que el Corazón de Jesús, resplandeciendo ya a través de los restos mortales de su pequeño instrumento, oculto hasta entonces de modo tan divino, comenzaba a descubrir a las almas el Llamamiento ardiente de su Amor.

EL SECRETO DEL REY

Te esconderé en mi Corazón y nadie te descubrirá.

El velo iba a descorrerse, en efecto, descubriendo las riquezas divinas de que el Corazón de Jesús se había dignado hacer depositaria a Josefa. Pronto se conoció algo de los Designios de Amor que cada día se habían ido imprimiendo en la trama de aquella vida tan escondida; pero la más discreta reserva continuó guardando el secreto, cual sagrado depósito, en es santuario de su familia religiosa. Este secreto es el que trataremos de revelar aquí reservándole y sometiéndole, total y plenamente, al dictamen de la Iglesia, único juez en estas materias.

Lo que ante todo llama la atención y parece, a priori, una seguridad dada por el mismo Dios, es la sombra y el silencio en que Josefa estuvo como envuelta; sombra y silencio que casi calificaríamos de divinos, de tal manera la vigilancia de Dios, sobrepujó las posibilidades humanas. Este plan de sobrenatural prudencia se cumplió de un modo palpable y realizó prodigios diarios. Únicamente sus directores y superiores siguieron, paso a paso, a Josefa en un camino imprevisto, mientras que en la inmensa Casa «de los Cistercienses» todas ignoraron hasta su muerte las maravillas de que habían sido testigos aquellos muros.

No es tampoco menos digno de notarse el celoso cuidado con que Jesús quiso conservar el frágil instrumento, pequeño a sus propios ojos y a los ojos de los demás. «No te amo por lo que eres, sino por lo que no eres; porque así tengo donde colocar mi grandeza y mi bondad.» —le dirá continuamente el Señor.

«Quince días de deliciosa paz —nota Sor Josefa— siguieron a mi entrada en el postulanteado.» Mas pronto se levantó contra ella el poder infernal, al que la Sabiduría divina iba a dejar omnímoda libertad. Josefa pareció sumergirse en una noche profunda. Tentaciones normales al principio, tomaron de repente una violencia extraordinaria y pronto fue evidente que el demonio pretendía

atacar la vocación de esta alma generosa. Nunca había conocido semejantes asaltos. «La misma muerte —dice ella— no me daría más sufrimiento». Sin embargo, fiel a la Regla, constante en su trabajo, preludiaba en estas luchas, las que había de sostener toda su vida contra el enemigo de las almas. En medio de combates ya excepcionales, repetía sin cansarse la palabra dada por la obediencia: «Ser fiel... sí, quiero ser fiel.»

«Y no salude dudas —escribe— hasta que mi amado Jesús me mostró claramente su Divina Voluntad dándome desde entonces tanta luz como consuelo.»

El 5 de junio de 1920, después de un formidable asalto infernal, Josefa, arrodillada entre sus Hermanas a la hora de la Adoración de la tarde, se sintió sumida en lo que llama con su sencillez: «un sueño muy dulce», y se despertó en la Llaga del Corazón Divino. «No puedo explicar lo que pasó por mí —escribe— ¡Jesús!, sólo una cosa pido: amaros, y ser fiel a mi vocación».

Al resplandor de la divina luz que la inundaba veía los pecados del mundo y se ofrecía a dar su vida para consolar al Corazón de Jesús. Un deseo vehemente de unirse a El la devoraba; y ningún sacrificio le parecía demasiado costoso para perseverar en su vocación. La noche había desaparecido en la claridad de Dios y la desolación se había disipado ante la felicidad insondable.

«Dios lo ha hecho todo —continúa Josefa en las notas escritas por obediencia—, me confunde tanta bondad, quisiera amarle con locura. No le pido más que dos cosas: Amor y gratitud inmensa a su Corazón... Conozco más que nunca mi debilidad, pero también más que nunca espero de El la fuerza. Jamás había descansado en esa Divina Herida. Yo sabré desde ahora dónde puedo refugiarme en los momentos de tribulación. En un lugar de paz y de mucho amor.

El 29 de junio, después de varias apariciones de este Corazón, que se le presentaba siempre como incendiado, el Divino Maestro se mostró a ella con un delicioso resplandor. «En la Santa Misa, poco antes de la Elevación —escribe— ¡mis ojos, estos pobres ojos, han visto a mi amado Jesús... al único deseo de mi alma... a mi Dios y Señor! He visto cómo me tenía dentro de su Corazón, en medio de aquella gran hoguera... Sonreía... Así estaba

anonadada en presencia de tanta luz y tanta hermosura, cuando me ha dicho estas palabras con una voz dulcísima, al mismo tiempo que muy grave: *Así como Yo me inmolo víctima de amor, quiero que tú también seas víctima; el amor nada rehúsa*». El Corazón de Jesús se le había abierto pare no volverse a cerrar.

Y ahora es preciso ya seguir el surco de gracias que va abriéndose cada vez más ancho y más profundo en esta alma, hasta el día en que Nuestro Señor, habiendo terminado su Obra, esconderá para siempre en su Corazón al instrumento formado por El.

Ante todo se constituye en su Maestro interior, encargándose El mismo de su formación religiosa. El la instruye, la dirige, la reprende, la perdona y la sostiene. Sus visitas se suceden, sin que Josefa la prevea. La espera en su empleo, va a encontrarla en su trabajo, o viene a enseñarle a orar. Se le presenta cuando menos lo piensa y se oculta cuando más lo desea. Pasa delante de ella como un relámpago, para advertirla de un descuido en el amor y la detiene a sus plantas para explicarle sus deseos. Le trae su Cruz o su Corona; la reclina sobre su Corazón con divina condescendencia y le recuerda con el poder de su Majestad su dominio sobre ella. Los pormenores de la vida religiosa, las vicisitudes de la vida espiritual, así como sus secretos más profundos son esclarecidos a su hora, por la divina enseñanza. Continuamente insiste el Maestro en el fundamento del amor generoso, con sus consecuencias prácticas, de obediencia, fidelidad, olvido de sí, confianza y valeroso abandono. La Santa Regla es el camino seguro por donde la conduce, la obediencia al baluarte que le exige, su Corazón Sagrado el horizonte que le abre.

De estos divinos encuentros están sembrados días enteros de la vida de Josefa en ciertas épocas; otras veces son menos frecuentes. y, en ocasiones, la ausencia del Amigo Divino se deja sentir largos meses. Nunca se le permiten goces inútiles en medio de estos favores celestiales; su objeto es siempre conforme a la fe. Josefa aprende así la perfección a que su vocación la obliga, y se afianza más y más en el don de sí misma a la Voluntad de Dios.

La Santísima Virgen no tarda en ocupar, al lado de su Divino Hijo, el lugar que le corresponde. «Cuando Jesús fija los ojos en un alma —le dirá Ella cierto día— Yo pongo en ella el Corazón.»

También se presenta a su hija: «¡Tan hermosa... tan Madre!»... que Josefa no encontrará palabras con que poderse expresar. Cumple la Virgen Santísima la misión discreta de compasiva ternura y de fuerte bondad que tan perfectamente le corresponde. Deja a Jesús en el primer plano de esta misteriosa educación y sólo interviene cuando se trata de tranquilizar o de fortalecer a su hija, que duda o que teme.

La advierte, la levanta, la inicia en los caminos de su Hijo y la prepara a su venida. Cuando Josefa vacila la vuelve, como de la mano, a la senda de la Voluntad de Dios. Le enseña a reparar sus caídas y a guardarse de las asechanzas del enemigo. En fin, está a su lado asistiéndola en los peligrosos combates con que la acomete el demonio y la defiende poderosa «como un ejército formado en orden de batalla».

Santa Magdalena Sofía comparte con la Virgen Inmaculada esta acción maternal. En los claustros de la Abadía, que hollaron sus plantas en su celda, a la sombra del Sagrario ante el cual oró, se aparece a su hija, con aquel rostro expresivo y lleno de viveza que le era propio y en el que se han impreso ya los destellos eternos. Josefa le habla como lo hace a sus Madres de la tierra, con sencillez y confianza. Escucha sus recomendaciones, recoge sus consejos, le cuenta sus dificultades, se fía de su palabra y se abandona a su bondad. A su lado se siente segura en la gracia de su vocación.

Estas apariciones celestiales no conmueven su fe; demasiado en contacto con lo sobrenatural para complacerse en un goce, no los desea, no los analiza, no se detiene en ellos; su alma sencilla los deja a un lado y va derecha a la lección del «mayor amor» que le repite la gracia oculta bajo las apariencias sensibles. ¿No mostraba el Señor a través de la misteriosa historia de esta alma a quien El guiaba lo que desea ser, como Maestro interior, para todas las almas que creen en su presencia, se abandonan a su acción, le hablan de todo, y todo lo esperan de El?

Al mismo tiempo, completando y corroborando la acción divina, aparece a través de toda la vida religiosa de Josefa la prueba de la contradicción. Piedra de toque de lo sobrenatural y de la virtud verdadera, esta prueba no podía faltar a Josefa, que anduvo su camino siempre combatida.

En primer lugar, recibió a intervalos órdenes formales dictadas por la prudencia que debía probar la realidad de lo que veía y oía. Estas órdenes, que secundaban los designios de Dios, pusieron de manifiesto la obediencia y el desprendimiento de la humilde religiosa.

Josefa trataba en esas ocasiones, con invariable espíritu de fe y entera generosidad, de cerrar los ojos de su alma y de resistir a la moción divina. ¿No le había dicho desde el principio el Divino Maestro: *Quiero que obedezcas, y Yo también obedeceré?* Pero, ¿qué sufrimiento tan íntimo, sentirse conducir por un camino que no despertaba sino recelos! ¡Qué temor de engañarse y de engañar a los que la dirigían! ¡Qué angustias, hasta el día en que, ahondando en su alma nuevas profundidades de desprendimiento y de humildad la dolorosa incertidumbre, pedía al Maestro Divino le dejasen libre el paso!

Más aún, que en torno suyo, fue en sí misma donde Josefa encontró la oposición. El amor que en alto grado tenía a la vida común y laboriosa, la comprensión sobrenatural, que le permitía apreciar intensamente su rango de Hermana coadjutora en la Obra del Sagrado Corazón, su natural activo y enérgico para el trabajo, fueron sin cesar fuentes de repugnancia y de contradicción frente al camino que el Señor abría ante ella. Sus notas escritas por obediencia con tanta lealtad, atestiguan estas luchas interiores. Unas veces encierra en el secreto de su corazón el temor de que estas vías extraordinarias, la aparten de su querida vida común y sean obstáculo a su vocación. Otras, siente como una invencible oposición, cuando, en medio del trabajo, tiene que responder a las llamadas de Nuestro Señor, dar cuenta de sus visitas, transmitir sus deseos, escribir o simplemente recibir las predilecciones de su Maestro. Y, sin embargo, circunstancia bien digna de notarse, nunca resiste a lo que este camino lleva consigo de doloroso.

A ciertas horas, otras antiguas y ¡cuánto más agudas! se levantan en su alma como oleadas de tempestad. Era el temor de la responsabilidad ante las gracias recibidas, sentimiento que el demonio supo explotar haciéndolo a veces abrumador. Era el miedo de extraviarse en un camino para ella desconocido; miedo que se despertaba con más viveza al recuerdo de ciertas prohibiciones impuestas en el tiempo pasado; turbación ésta,

desconcertante para su fe en la autoridad. Hubiera querido escapar a cualquier precio para librarse de la mentira en que se creía envuelta.

Después que la prueba había pasado, revolviendo hasta el fondo de su alma, Josefa recobraba la luz casi siempre por mediación de su Madre del Cielo. Entonces se volvía hacia su Maestro, con toda la espontaneidad de su amor tan puro y toda la energía de un abandono reconquistado. El perdón divino la esperaba. «Mi Sangre todo lo borra —le decía, y como precio de este perdón Jesús le exigía renovase su ofrenda—. Josefa, dime una vez más que por mi amor quieres llevar la Cruz de mi Voluntad.»

Esta Cruz debía hacerse aun más pesada para sus débiles hombros. La oposición, en efecto, se la hizo, y cuán potente, el enemigo de todo bien, al que Dios dejó tan gran libertad y que pareció confirmar la importancia sobrenatural de las primeras gracias recibidas.

Desde su Postulantado había experimentado Josefa la violencia extraordinaria que el infierno desencadenaba contra ella. En la aparición del 5 de junio, la Omnipotencia del Corazón Divino había defraudado el poder infernal. Se siguió una tregua de paz; quería el Señor fortalecer la fe del frágil instrumento que El había escogido y hacer evidente su divina acción a los ojos de sus directores antes de dejar rienda suelta a Satanás. Cuando llegó se la dio; la medida de las gracias recibidas no pareció demasiado colmada con respecto a la lucha que comenzó a trabarse. Josefa pasó por combates, humillaciones, dolores, ante los cuales nuestras pruebas de orden puramente humano sólo parecen sombras. Estas intervenciones diabólicas, de inusitada violencia, parecían tener un objetivo único: arrancar a Josefa de su vocación, arruinando por el hecho mismo los planes de Amor y Misericordia para los cuales la había escogido Dios como instrumento. Tentaciones, obsesiones, persecuciones sensibles, luchas cuerpo a cuerpo, verdadero martirio, del que sus miembros llevarían las señales al sepulcro. Pronto se dice y se escribe; pero, ¡qué de heroísmo escondido en esta ruda batalla de días y de noches, cuya violencia podían solamente sospechar los testigos que la presenciaban y en la que la generosa hermana defendía a tanta costa su vocación y su fidelidad!

Josefa hacía, sin embargo, la vida común entre sus Hermanas, y únicamente en su fisonomía se podían traslucir sus sufrimientos. Siempre igual de carácter, siempre abnegada, envuelta en el silencio que ocultaba el misterio. Conocía la palabra de su Maestro y la lanzaba sin temor a la faz de su adversario: «No tienes más poder que el que te se ha dado de arriba». En medio de estas luchas, el alma de Josefa se hacía más fuerte. No temía ni las amenazas, ni los golpes; más ¡qué espesas tinieblas obscurecían su espíritu en horas de cruel obsesión! Entonces sentía en ella como dos seres contrarios, pareciéndole que el amor del uno no era bastante para vencer la rebelión del otro; horas de indecible sufrimiento que fueron las de mayor crucifixión de su vida. De ellas salía purificada por la humillación; más unida al Corazón divino, cuya Misericordia conocía mejor, y más afianzada en el abandono de altísimo precio a su Voluntad incomprensible.

Por permisión divina conoció también los misteriosos contactos con el infierno. Descendió al abismo de fuego, pasó allí horas que le parecieron siglos y tuvo clarísima vista de la pérdida de las almas, experimentando el dolor de los dolores: ¡el dolor de no poder amar!

Por medio de estas expiaciones compraba, sin duda, la salvación de muchas almas, y Satanás, que creía triunfar de su víctima, no hacía sino completar en ella el plan divino concebido por el Amor.

Josefa se quedaba, después de estos contactos, como aniquilada por lo que había visto y oído. «Todos los sufrimientos del mundo son nada —escribía— si pueden impedir que una sola alma caiga en el infierno. Comprendo el precio de los sacrificios más pequeños. Jesús los recoge y se sirve de ellos para preservar a muchas almas de tales tormentos.»

La Santísima Virgen subraya también el plan divino: «La vista de ese número, incalculable de almas que están aprisionadas por toda la eternidad —le decía—, de estas almas que no podrán producir un solo acto de amor, debe moverte a ser, ¡tú que puedes amar!, un constante y repetido eco de amor que borre las constantes y repetidas blasfemias.»

Tanto sufrimiento, sólo a Dios del todo manifiesto, seguirá siendo un secreto impenetrable; sin embargo, por poco que en el

se penetre explica bastante sobre qué sólidas bases quiso el Señor establecer su Obra; por qué crisol hizo pasar a Josefa; a qué precio inclinó hacia ella a los que debían guiarla en su nombre, guardando al mismo tiempo así a su hija predilecta en el seguro camino de la humillación.

Con todo, a través de las alternativas más o menos acentuadas de estas luchas, Jesús proseguía sus Designios. El, que parece dormido en la barca azotada por las olas, se despierta a la hora que ha fijado. Con su divina omnipotencia se levanta, manda a los vientos y al mar: «Calla, enmudece», y al instante se sigue una gran bonanza. Se muestra a su Esposa, la reclina sobre su Corazón para abrasarla en sus ardores y hacerle oír sus divinos latidos; aquello mismo que había ella sentido a través de la tempestad desencadenada: ¡El clamor inmenso de las almas!

Este llamamiento de su vocación Sor Josefa lo comprendió desde su niñez. Los grandes horizontes apostólicos dilataron presto su corazón y fueron el objeto preferente de sus plegarias. Pero Nuestro Señor, se reservó también el cultivo de esta primera gracia.

Ya en los comienzos de su Noviciado le revela su sed de almas y las asocia a ella; le enseña lo que significa «salvar almas» y el precio que cuestan. Le infunde el espíritu de Reparación, tan conforme a su vocación religiosa. Un día le muestra una fila interminable de almas —escribe en su lenguaje sencillo—. «Todas estas almas te esperan», le dice el Señor. Desde entonces puede decirse que Josefa trabaja y sufre de continuo por las almas que su Maestro le confía. «Vamos a ocuparnos de las almas», le repite con un ardor que ella no sabe expresar.

Por ellas, le enseña a ser suya la plegaria divina, repitiendo con El la preciosa ofrenda de su sangre y de su Corazón. Josefa se identifica con la gran impetración divina del Santo Sacrificio de la Misa y del Sagrario, uniéndose a Jesús que se ofrece a su Padre por la salvación del mundo.

Por ellas solicita Jesús penitencias y mortificaciones que Josefa multiplica con la aprobación de la obediencia con generoso desprecio de su cuerpo.

Por ellas, en fin, la quiere El víctima y la asocia misteriosa y sensiblemente a los dolores de su Pasión. «¿Quieres mi Cruz?» —

le pregunta a menudo—, y durante largas horas Josefa lleva esta Cruz, cuyo peso la abruma visiblemente. La Corona de espinas se clava en su cabeza, que no puede apoyar en parte alguna, mientras que un agudo dolor de costado la asocia a la lanzada que abrió el del Salvador. Y, no obstante, trabaja de continuo, no descansa nunca; de noche, sobre todo, está de guardia cerca de su Maestro. Una, entre otras muchas, el Señor se aparece a Josefa. Esta se levanta. «Toma mi Cruz, mis clavos, mi corona... son mis tesoros. Como eres mi Esposa no temo dejártelos: sé que me los guardarás. Ahora voy a buscar a las almas porque quiero que todas me conozcan y me amen... Vamos a traer unas cuantas almas aquí, a mis llagas. Yo las iré a buscar. Cuando las encuentre vendré a tomar mi Cruz.»

Pero estos sufrimientos corporales son pequeños comparados con los espirituales. Nuestro Señor hace comprender a Sor Josefa algo de lo que fue su Agonía bajo el peso de los pecados del mundo, y algo del desamparo que le hizo exclamar: «¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¿Por qué me has abandonado?»... Entonces el Señor sostiene su ánimo repitiéndole la gran enseñanza de la Redención: ¡«Valen tanto las almas!»... Le recuerda también el sentido de la divina elección: Es un llamamiento al amor que se inmola. «No olvides que las almas que Yo escojo tienen que ser víctimas.»

Esta colaboración constante a la obra Redentora ocupa los días y las noches de Josefa. El pensamiento de las almas la embarga por completo, y la palabra del Maestro se realiza verdaderamente en ella. «Yo viviré en ti y tú vivirás por las almas.»

Así la condujo el Señor a la realización de sus Designios. Cuando la formó en su escuela y la purificó por el sufrimiento, cuando la asoció a los ardores de su celo y fue toda suya por los vínculos y compromisos religiosos, el Corazón Divino hizo de ella el Instrumento de su Obra.

El 16 de junio de 1922, día bendito de sus Votos, cuando a la faz del cielo y de la tierra, Josefa, victoriosa de los asaltos del enemigo, se ofrecía en la plenitud de su amor y de su fe, Jesús se le apareció. «Vi a Jesús hermosísimo —dice—, su Corazón muy encendido y muy abierta su llaga. Sentí que salía de ésta como un atractivo que me acercaba a El y me hizo llegar y entrar dentro... Y me sentí perdida en su Corazón.» Y me dijo: «Ya te tengo

aprimionada en mi Corazón. Desde toda la eternidad Yo he sido tuyo. Desde ahora para siempre, tú eres mía. Tú trabajarás para Mí... Yo trabajaré para ti. Tus intereses son míos, mis intereses son tuyos». Y añadió con ternura divina: «¡Ves cómo te he sido fiel!» Después, con una voz llena de majestad y de fortaleza, dijo: «Ahora, ¡voy a empezar mi Obra!»

LA SEÑAL DIVINA

La Señal, Yo la daré en ti.

«Por el fruto se conoce el árbol». A la luz de este principio evangélico, salido de los labios de la Sabiduría Divina, es como se mide toda virtud y como se confirma en la tierra toda acción sobrenatural. Respondiendo un día a una instante y secreta oración de los directores de Josefa, inspirada por la duda, decía el Señor a la humilde hermana, que no sospechaba estas perplejidades: «Que no me pidan más señales, Josefa; la Señal la daré en ti.» Respuesta divina que debía, en efecto, realizar día tras día imprimiendo en los cuatro años de esta corta vida religiosa una marca que parece que no puede engañar.

La señal divina fue primero visible en la sencillez de niña que la hizo entrar como naturalmente en el Reino de Dios. Fue una de esas almas muy pequeñas que encantan el Corazón del Rey del Cielo y que son aptas para descubrir sus secretos. Se ignoraba a sí misma; dócil y confiada, su espontaneidad sin rodeos llamaba, a primera vista, la atención. Ni su piedad era rebuscada, ni había complicaciones en su vida espiritual. La base sólida de la fe la preservaba de exageraciones vanas y de entusiasmos pasajeros. Iba a Dios rectamente. Esta sencillez, que la colocaba sin esfuerzo a nivel de las comunicaciones divinas, la hacía atravesar las pruebas sin medir su extraordinario alcance, volviendo sin esfuerzo ni trabajo, cuando cesaban unas y otras, al plano de la vida ordinaria.

La manera de dar cuenta de sí era la de una niña sin pretensiones. Cuando su Excelencia Monseñor de Durfort, obispo de Poitiers, la vio y conversó con ella, siempre le llamó la atención su extremada sencillez, que bajo las formas de un candor ingenuo, pero respetuoso, dejaba traslucir el interior de un alma cuya mirada no buscaba más que a su Dios. Hasta el estilo y caracteres de letra de sus notas son la expresión de un corazón sin repliegues.

La humildad y la caridad, dobles rasgos del Corazón de Jesús y que la Iglesia ha reconocido como sello distintivo de la Santa Fundadora del Instituto, debían ser también señales de seguridad con que Dios marcó la virtud de Josefa.

La *humildad* añadía a su sencillez cierta madurez y seriedad. No era sino el fondo de la vista clara de su pequeñez comprobada en la verdad. Durante mucho tiempo costaron al natural altivo de Josefa las prácticas exteriores de humildad en uso en la vida religiosa y cuyo precio conocía. Nuestro Señor permitía, sin duda, estas repugnancias para ejercitar así su amor en estas cosas pequeñas y para que, palpando de este modo su flaqueza, se considerase Josefa como la última de todas. Límites más extensos alcanzaba esta humildad de la que son consecuencias lógicas y obligadas el olvido de sí, el sacrificio continuo, la convicción de su propia nada, tan efectiva a veces, que en ella se apoyaron en ocasiones las luchas que encontró en su camino, no aceptándolo sino por una sumisión heroica a la Voluntad Divina. De tal manera le era opuesta la suya por juzgarse incapaz de todo bien. La desconfianza de sí misma, el desprendimiento del propio juicio, la humilde confianza en la autoridad, marcaron todos sus pasos.

La humildad de Josefa parecía tanto más auténtica cuanto que se expansionaba la caridad sobrenatural que de día en día dilatava su corazón en el de Jesús.

Una virtud menos segura hubiera podido autorizarse con las gracias recibidas para apartarse de la vida común, singularizándose, complaciéndose en sí misma. Nada de esto sucedió. Cuanto más le descubría el Corazón de Jesús sus secretos y más la llenaba de su vida, más profundas eran las fuentes de caridad que abría en su alma y que brotaban al menor contacto. Ella, tan próxima al Invisible y tan sumergida en lo Divino, aparecía cada día más servicial en medio de sus Hermanas. No ponía límites al don de sí misma, de su interés, de su oración, y bien se daban cuenta de esto a su alrededor. El mundo entero, al cual hubiera ella deseado ganar para Dios, había llegado a ser su horizonte habitual; pero al mismo tiempo su mirada atenta no dejaba escapar una ocasión de complacer a las que vivían a su lado. Además del mundo de las almas y de su familia religiosa, había sitio en su corazón para ese otro mundo, reflejo de la Belleza y de la Bondad

de Dios que llamamos la Naturaleza: los pájaros, los insectos, las flores..., el firmamento y sus estrellas..., todo lo amaba con ese afecto amplio y fuerte, cándido y sencillo que debía encantar al Corazón de su Maestro, porque en Josefa todo esto era sólo la expansión de su amor hacia El.

La *obediencia* será siempre la señal entre las señales; con ella podemos decir que subraya el Señor a los que El elige con divina elección. Esta obediencia que los testigos de la vida diaria de Josefa señalan como característica suya, debía afirmarse más en el plano de acción sobrenatural en que la colocó la Voluntad de Dios. Los que comprobaron el Espíritu que la guiaba pudieron admirar hasta qué punto llegó su perfecta sumisión de juicio y su entera docilidad de corazón. Ni un deseo, ni un apego, ni una reserva; adhesión entera y total a la línea de conducta trazada, un desasimiento completo que no le permite jamás volver sobre las gracias recibidas, con un sentimiento de complacencia. Josefa, que las anotaba por obedecer y con tanta repugnancia, no pidió jamás leer estas notas. Todo lo entregaba y abandonaba a sus Superiores. El 22 de noviembre de 1920 le decía el Señor: «Te he traído a mi Corazón para que no respires más que para obedecer. Has de saber que si Yo te mando una cosa y la Madre otra, quiero que la obedezcas a ella antes que a Mí».

La dirección que recibió exigía que no respondiese una sola vez ni se abandonase sin permiso a las celestiales visitas. Nuestro Señor apoyaba la importancia de esta decisión y velaba para que se cumpliese: «Ve y pide permiso», insistía. El mismo le explicaba hasta qué punto y con qué detalle debía de ser confiada, transparente, dócil y flexible con sus Superiores. Cuántas veces, en una u otra forma, le repetía la misma enseñanza religiosa: «¿Búscame en tu Madre. Recibe sus palabras como si brotaran de mis labios. Estoy en ella para guiarte.» Josefa consideró siempre la obediencia desde este punto de vista que nos muestra la fe, y así fue siempre fiel a ella.

El amor de la Regla y de la vida común debían ser como el marco a las gracias de Dios y la salvaguardia contra los lazos y las ilusiones del demonio. Este culto de la vida común y ordinaria hubiera hecho abandonar fácilmente a Josefa el camino trazado por su Maestro si la voluntad de Dios no se hubiera impuesto más

de una vez, triunfando de las repugnancias de la Hermana; pero estas mismas luchas probaban hasta qué punto quería ella no apartarse de la senda segura de su vida religiosa. La Regla que observó con tan delicado esmero, exigió de Josefa a ciertas horas un valor y una energía no sospechadas a su alrededor. Bajo las amenazas del demonio y en la incertidumbre moral de los furiosos ataques que le preparaba, en cuanto tocaba la campana llamándola a un ejercicio, Josefa se sobreponía al temor natural; todo lo afrontaba por amor y para permanecer fiel.

¿Será aún necesario añadir que la señal divina parece impresa también en la perfecta concordancia entre la Santa Regla, tan amada de Josefa, y las lecciones que el Corazón de Jesús le daba; entre el espíritu que las anima y el que la Santa Fundadora legó a sus hijas? Espíritu de amor y de generosidad, de reparación y de celo que debe distinguir a cada uno de los miembros de la Sociedad, marcándolos con el carácter de Esposa, de Víctima y de Apóstol. Sor Josefa que poseía este espíritu en tal alto grado, fue arraigada en él por su Maestro Divino. A la luz de Dios juzgó que no podía establecerse punto de comparación entre todas las gracias que recibía y las de la vocación, la dirección de la obediencia y la seguridad de la Regla.

La señal prometida la dio, pues, en ella el Señor, día tras día, hora tras hora, en el detalle de su vida religiosa, cuando el silencio se hacía en torno suyo y cuando nadie sospechaba la suma de generoso amor oculta bajo tanta oscuridad.

Mas hubo horas, días y hasta meses en los que su obediencia y espíritu de deber, su valor y su sumisión a la Voluntad de Dios, su fe y su abandono a la conducta divina llegaron hasta el heroísmo, y ¡cuántas veces los testigos de sus luchas y de sus sufrimientos admiraron en aquella criatura tan sencilla, tan ignorante de sí misma y tan fiel, la libertad y la omnipotencia de la gracia, poniendo en el instrumento la marca de una virtud libre de engaño.

La historia de su vida iba a cerrarse, en fin, con el sello de Dios: la muerte como El se la había predicho. Anunciada la primera vez a Josefa por la Santísima Virgen en diciembre de 1921, el tiempo y las circunstancias le fueron reveladas poco a poco por Nuestro Señor en persona. Josefa advirtió a sus Superiores, bajo la afirmación de la palabra divina, que no terminaría en la tierra los

últimos días del año 1923. En efecto, en la época que El había señalado y de la manera fijada por El, el Dueño de la vida y de la muerte vino, como El sólo puede hacerlo, a sellar con su Divina Mano la Obra de su Corazón.

LOS DESIGNIOS DE AMOR

Yo obraré en ti.

Yo hablaré en ti.

Yo Me haré conocer por ti.

En cuanto Josefa Menéndez se ligó por los santos Votos al Corazón Sagrado de Jesús, fue evidente que iba a ser entre sus manos el Instrumento de un gran Designio de Amor. Ya repetidas veces la había advertido el Señor de sus Divinos proyectos. «A pesar de tu indignidad y miseria —le había dicho—, me serviré de ti para realizar mis Designios.» Y concretando su pensamiento: «Te quiero Apóstol de mi Bondad y Misericordia.» Y como Josefa temblase ante esta elección divina: «Ama y nada temas —continuaba—, Yo quiero lo que tú no quieres, pero puedo lo que tú no puedes.» «Recuerda mis palabras y ten fe: El único deseo de mi Corazón es aprisionarte y anegarte en mi amor, hacer de tu pequeñez y flaqueza un canal de misericordia para muchas almas que, por tu medio, se salvarán... Quiero servirme de ti, no por tus méritos, sino para que se vea como mi poder se sirve de instrumentos débiles y miserables.»

El 6 de agosto de 1922, algunas semanas después de pronunciar los primeros Votos, al comenzar la Novena preparatoria a la fiesta de la Asunción, Nuestro Señor se aparecía a Sor Josefa: «Ven —le dijo reclinándola sobre su Corazón—. Ya estás convencida de tu nada, ¿verdad? Pues, desde hoy, las palabras que Yo te diga no se borrarán jamás.» Le dije cuánto temo que ponga en mis manos su Obra de Amor, pues, a pesar de mis buenos deseos, soy capaz de todo lo peor. De su Corazón salió un fuego que me abrasaba. «¡Pequeña mía! ¡Miseria de mi Corazón! —me dijo con inmensa ternura—. Empieza mi obra agarrada de la mano de mi Madre. ¿No te anima esto?»

Entonces, como descorriendo el velo del porvenir ante los ojos de Josefa, postrada a sus pies, añadió: «Nada de lo que te diga se

borrará jamás. Poco importa que seas tan miserable y pequeña: Yo lo haré todo.»

Y después de una larga efusión de caridad terminó diciendo: «Yo te enseñaré mis secretos de amor, y tú serás ejemplo vivo de mi misericordia, pues si por ti, que eres miseria y nada, tengo tanta predilección y te amo tanto, ¿qué haré con otras almas mucho más generosas que tú?»

Desde este momento la Obra del Amor iba a revelarse y desenvolverse. Parece que un doble fin puede resumir el plan y permitir, como decía un día Nuestro Señor, «admirar todos los detalles». Lo que se desprende ante todo de las enseñanzas de su Corazón, de su conducta con Josefa y de las gracias que le concedió, es el sello doctrinal que pone de relieve las bases y los principios que orientan y sostienen nuestra fe. El Señor ha querido recordarlos a las almas como en una divina Lección de Cosas.

En primer lugar, afirma *el soberano Dominio del Creador* sobre su criatura y lo que exige de ella cuando a la dependencia de su Voluntad y al abandono a la dirección de su Providencia: «No te olvides —le dice— que tengo todo derecho sobre ti: Déjame hacer de ti lo que Yo quiero.» Y estas palabras: «Déjame hacer». Déjame obrar... Déjame disponer de ti... Déjame libertad en ti», vienen continuamente a afirmar esta totalidad de sus derechos.

Al mismo tiempo la historia de Josefa es la de la *Providencia*, que no se equivoca en sus caminos. «Deseo utilizar esa pequeñez y que siendo muy pequeña te dejes guiar por mi mano paternal, infinitamente fuerte. Que si hay algo bueno en ti no te lo atribuyas nunca, porque los niños no saben ni pueden nada. Pero si son dóciles y se abandonan, su padre los conduce sabiamente y con prudencia.» Magnífica definición de la Fidelidad divina, que puede decirnos siempre en cada encrucijada de nuestros caminos como le decía a Josefa: «Jamás faltó a mi palabra.»

Es también la *Presencia de gracia* en el interior del alma, fundamento de su incorporación a la Vida divina, lo que el Señor enseña y afirma: Estoy en ella—dice—, vivo en ella.» Me complazco en hacerme Uno con ella.» Pero en cambio pide que no le deje nunca solo, que le consulte en todo, que le pida todo y particularmente que se revista de El y que desaparezca bajo su Vida. «Cuánto más desaparezcas, más seré Yo tu vida.» ¿No es éste el

comentario a la palabra de San Pablo: «Vivo Yo... mas no yo, sino Cristo es quien vive en mí»?

Luego insiste sobre el *Valor de esta unión vital con El*, que transforma las menores acciones y actividades humanas, revistiéndolas del «oro sobrenatural» de sus méritos. ¡Cuántas veces Jesús mostró a Josefa de un modo evidente lo que el Amor realizaba por medio de sus acciones unidas a El! Así pretendía el Señor reanimar en las almas la fe en esta verdad tan consoladora, pues pone esta divina riqueza al alcance de todas. «Cuánto se animarán las almas —le decía— viendo el fruto divino de su vida ordinaria.»

Y aquí tocamos el dogma que parece ser el nudo de estas magníficas enseñanzas: el de la *Participación de los méritos infinitos de Jesucristo*. Nuestro Señor recuerda sin cesar a Josefa el poder concedido al alma bautizada sobre los tesoros de su Redención. Si le pide que complete en ella lo que falta a su Pasión, que repare por el mundo, que satisfaga a la Justicia del Eterno Padre, es siempre con El, por El, en El. «Mi Corazón es vuestro, tomadlo y reparad por El.» Entonces brotan de sus divinos labios aquellas ofrendas todopoderosas sobre el Corazón de su Eterno Padre, que Josefa recogía y que nos ha transmitido. «¡Padre eterno! ¡Padre misericordioso! ¡Recibid la Sangre de vuestro Hijo! ¡Tomad sus llagas, recibid su Corazón por estas almas! Mirad su cabeza traspasada de espinas. No permitáis que una vez más esta Sangre sea inútil...»

«¡Oh, Padre eterno! Tened piedad de las almas y no olvidéis que aún no ha llegado el tiempo de la Justicia, sino el de la Misericordia.»

La gran realidad de la *Comunión de los Santos* aparece, en fin, como la trama de la vocación sobrenatural de Josefa y como el fondo del cuadro sobre el que se desarrolla su vida. La Santísima Virgen, Medianera de toda gracia y Madre de Misericordia, tiene su sitio reservado en el centro de este intercambio de gracias y de méritos entre los Santos del Cielo, las Almas del Purgatorio y las que aun militan sobre la tierra. Josefa, miembro pequeñísimo del Cuerpo Místico de Jesucristo, aprende de El la repercusión en el mundo de las almas, de la fidelidad, del sacrificio, del sufrimiento y de la oración.

Tan sólo un lugar queda excluido de la corriente de Amor que brota del Corazón de Jesús: el Infierno. El dogma del Infierno, tantas veces combatido o simplemente pasado en silencio e ignorado de muchos de nuestros tiempos de fe deficiente, es sacado divinamente a luz con claridad sobrenatural. ¿Quién podrá dudar, por ejemplo, de la furia infernal contra Cristo y su Reino, frente a las huellas de fuego impresas sobre los miembros y en los vestidos de la débil criatura que Dios quiso oponer a las violencias del Infierno?...

Pero sobre todas estas enseñanzas doctrinales que parecen ya de gran valor, el Mensaje directo del Corazón de Jesús es un *Llamamiento de Amor y de Misericordia*. Un día preguntaba Sor Josefa a su Maestro: «Señor: No entiendo cuál es esta Obra que me decís siempre.» «¿No sabes cuál es mi Obra? Pues, ¡es de amor!... Quiero servirme de ti para dar a conocer más todavía la misericordia y el amor de mi Corazón. Las palabras y deseos que doy a conocer por tu medio excitarán el celo de muchas almas e impedirán la pérdida de un gran número y comprenderán cada vez más que la misericordia y el amor de mi Corazón son inagotables. De cuando en cuando —decía en otra ocasión— necesito hacer una llamada de amor. Sí, es verdad que no necesito de ti, pero déjame, Esposa de mi Corazón, que por ti me manifieste una vez más a las almas.»

Este gran designio de Amor, fue, en efecto, confiado a Josefa a través de las comunicaciones celestiales que se sucedieron en los dos últimos años de su vida. Las recibía generalmente en la celdita a donde el Señor la llamaba. Allí, de rodillas, junto a la Imagen de María Inmaculada, después de renovar sus Votos (acto de obediencia que la preservó a menudo de los lazos del espíritu de tinieblas), Josefa escribía, mientras El hablaba, los secretos de su Maestro. Las páginas que siguen llevan a las almas algo de estos secretos. Pero antes de abrirlas, una mirada de conjunto hará comprender mejor el Plan divino de esta manifestación del Corazón de Jesús.

Quiere reinar por un conocimiento más cierto de su Bondad, de su Amor, de su Misericordia. Es el testimonio que El vino a rendir a su Padre aquí en la tierra. *Deus caritas est*. Es lo que quiere que los suyos sepan y digan de El.

Quiere por esta nueva efusión de su Corazón obtener, no sólo la reciprocidad del Amor, sino también la respuesta de la Confianza, que estima aun más porque es prueba del Amor más tierno y fuente del Amor más generoso.

Quiere atraer y regenerar las almas por la fe en la Misericordiosa Bondad, que el mundo no comprende suficientemente, y, sobre todo, en la que no cree bastante.

Quiere que sus almas escogidas vuelvan a una seguridad más estable en su Amor por el conocimiento profundo de su Sagrado Corazón, cuyos rasgos quiere que revelen ellas a aquellos que los desconocen o que los conocen poco.

Quiere que este Llamamiento vaya a despertar a las almas dormidas, a levantar a las caídas, a saciar a las hambrientas..., y todo esto hasta los últimos confines de la tierra... Y se expresa de modo tan positivo, con tan ardiente deseo, que no se puede permanecer insensible ante este abrasado Llamamiento del Amor.

Al mismo tiempo, recuerda a los suyos que en el orden constante de la Providencia, sus planes dependen, en parte, de la libre cooperación de las almas. Pide esta cooperación a todas aquellas que comprenden el alcance de los Designios y el ardor de sus Anhelos. «Así quiero que trabajen las almas escogidas cuando conozcan mis deseos —decía el Señor—, con celo y con ardor, sin perdonar trabajo ni retroceder ante el sufrimiento, con tal de aumentar mi gloria y de reparar las ofensas del mundo.» Así es como Josefa había comprendido esta Sed y esta Hambre divinas, que consumieron su vida en tan poco tiempo.

El 19 de junio de 1923, durante la acción de gracias de la Comunión, Nuestro Señor se había aparecido a su Esposa. Ardientes llamas brotaban de su Corazón y respondiendo a la súplica que le pedía se diese a conocer al mundo: «¡Josefa —le dijo Jesús—, no temas! ¿No sabes lo que sucede cuando se abre un volcán? La fuerza de este fuego es tan grande que arranca las montañas y las destruye, y se conoce que una fuerza irresistible ha pasado por allí. Así, mis Palabras tendrán tal fuerza y mi gracia las acompañará de tal manera, que las almas más obstinadas en el mal serán vencidas por el amor.»

¡Ojala que esta Divina Promesa se realice ahora que, una vez más, se abre el Corazón Sagrado de Jesús!

SEGUNDA PARTE

EL MENSAJE DEL CORAZON DE JESUS

Las páginas que siguen están sacadas de los escritos en que Sor Josefa Menéndez anotaba en su lengua nativa castellana las palabras recibidas de su Divino Maestro.

«QUE EL MUNDO ESCUCHE Y LEA...»⁴

Vengo a decirte Yo mismo quién soy.

Quiero que el mundo conozca mi Corazón. Quiero que conozcan mi amor. ¿Saben los hombres lo que he hecho por ellos?... Quiero decirles que en vano buscan su felicidad fuera de Mí: no la encontrarán...

Dirigiré mis llamadas a todos: religiosos y seculares, justos y pecadores, sabios e ignorantes, gobernantes y súbditos. A todos vengo a decirles: si buscáis felicidad, Yo lo soy. Si queréis riqueza, Yo soy riqueza infinita. Si deseáis paz, Yo soy la Paz, Yo soy la misericordia y el amor.

Quiero que mi amor sea el sol que ilumine y el calor que caliente a todas las almas.

Quiero que el mundo entero me conozca como Dios de amor, de perdón y de misericordia.

Quiero que el mundo lea que deseo perdonar y salvar. ¡Que los más miserables no teman!... ¡Que los pecadores no huyan de Mí... Que vengan todos, porque estoy siempre esperándolos como un Padre, con los brazos abiertos para darles vida y felicidad.

* * *

Que el mundo escuche y lea estas palabras: Un padre tenía un hijo único.

Ricos, poderosos, vivían rodeados de servidores, de bienestar; perfectamente dichosos, de nada ni de nadie necesitaban para acrecentar su felicidad, el padre era la felicidad de su hijo y éste la de su padre.

Ambos tenían corazón noble, caritativos sentimientos, la menor miseria les movía a compasión.

⁴ Estas páginas las anoté Sor Josefa en los días 13,14,16, 17 y 19 de junio de 1923.

Entre los servidores de este bondadoso señor, uno enfermó gravemente, y estaba a punto de morir si no se le atendía con remedios enérgicos y con asiduos cuidados.

Mas el servidor era pobre y vivía solo.

¿Qué hacer? ¿Dejarle morir? La nobleza de sentimientos del señor no puede consentirlo.

¿Enviaré para cuidarle a otro de sus criados? Tampoco estaría tranquilo, porque cuidándole más por interés que por afecto, le faltarían tal vez mil detalles y atenciones que el enfermo necesita.

Compadecido el padre confía a su hijo su inquietud respecto del pobre enfermo, le dice que con asidua asistencia podría curarse y vivir muchos años aún. El hijo, que ama a su padre y comparte su compasión, se ofrece a cuidar al servidor con esmero, sin perdonar trabajo, cansancio, ni solicitud, con tal de conseguir su curación.

El padre acepta; sacrifica la compañía de su hijo y éste las caricias de su padre y convirtiéndose en siervo, se consagra a la asistencia del que es verdaderamente su servidor. Prodígale mil cuidados y atenciones, le provee de cuanto necesita, no sólo para su curación, sino para su bienestar, de suerte que, al cabo de algún tiempo, el enfermo recobra la salud

Penetrado de admiración por cuanto su señor ha hecho por él, el servidor pregunta de qué manera podría demostrarle su agradecimiento.

El hijo le aconseja se presente a su padre, y ya que está curado se ofrezca de nuevo a él como uno de sus más fieles servidores.

Así lo hace, y reconociéndose su deudor, emplea cuantos medios están a su alcance, para publicar la caridad de su señor; más aún, se ofrece a servirles sin interés, pues sabe que no necesita ser retribuido como criado el que es atendido y tratado como hijo.

Esta parábola es pálida figura del amor que mi Corazón siente por las almas y de la correspondencia que espero de ellas. La explicaré poco a poco, pues quiero que conozcan los sentimientos de mi Corazón.

* * *

Dios creó al hombre por amor, y le colocó en tal condición, que nada podía faltar a su bienestar en la tierra, hasta que llegase a alcanzar la felicidad eterna en la otra vida; para esto había de someterse a la divina voluntad, observando las leyes sabias y suaves impuestas por su Creador.

Mas el hombre, infiel a la ley de Dios, cometió el primer pecado y contrajo así la grave enfermedad que había de conducirle a la muerte.

El hombre, es decir, el padre y la madre de toda la humanidad fueron los que pecaron; por consiguiente toda su posteridad se manchó con la misma culpa. El género humano perdió así el derecho que el mismo Dios le había concedido de poseer la felicidad perfecta en el cielo; en adelante, el hombre padecerá, sufrirá, morirá.

Dios no necesita para ser feliz, ni del hombre, ni de sus servicios; se basta a sí mismo; su gloria es infinita; nada ni nadie puede menoscabarla. Pero infinitamente poderoso es también infinitamente bueno. ¿Dejará padecer y al fin morir al hombre creado sólo por amor?

Esto no es propio de un Dios; antes al contrario, le dará otra prueba de amor y frente a un mal de tanta gravedad pondrá un remedio infinito. Una de las tres personas de la Santísima Trinidad tomará la naturaleza humana y reparará divinamente el mal ocasionado por el pecado.

El Padre entrega a su Hijo; Este sacrifica su gloria y la compañía de su Peche, descendiendo a la tierra, no en calidad de señor rico, de poderoso, sino en la condición de siervo, de pobre, de niño.

La vida que llevó sobre la tierra todos le conocéis.

* * *

Bien sabéis que desde el primer instante de mi Encarnación me sometí a todas las miserias de la naturaleza humana.

Pasé por toda clase de trabajos y de sufrimientos; desde niño sentí el frío, el hambre, el dolor, el cansancio, el peso del trabajo, de la persecución, de la pobreza.

El amor me hizo escoger una vida oscura, como un pobre obrero; más de una vez fui humillado, despreciado, tratado con desdén como hijo de un carpintero. ¡Cuántos días, después de soportar mi Padre adoptivo y Yo una jornada de rudo trabajo apenas teníamos por la noche lo necesario para el sustento! ¡Y así pasé treinta años!

Más tarde, renunciando a los cuidados de mi Madre, me dediqué a dar a conocer a mi Padre Celestial. A todos enseñé que Dios es caridad.

Pasaba haciendo bien a los cuerpos y a las almas.

A los enfermos devolvía la salud, a los muertos la vida, a las almas... ¡Oh, a las almas...! Les daba la libertad que habían perdido por el pecado y les abría las puertas de su verdadera y eterna patria, pues se acercaba el momento en que para rescatarlas el Hijo de Dios iba a dar por ellas su sangre y su vida.

Y, ¿cómo iba a morir?... ¿Rodeado de sus discípulos?... ¿Aclamado como bienhechor?... No, almas queridas; ya sabéis que el Hijo de Dios no quiso morir así. El que venía a derramar amor fue víctima del odio. El que venía a dar libertad a los hombres fue preso, maltratado, calumniado. El que venía a traerles la paz, es blanco de la guerra más encarnizada. Sólo predicó la mutua caridad y muere en la cruz entre ladrones. ¡Miradle pobre, despreciado, despojado de todo!

¡Todo lo ha dado por la salud del hombre!

Así cumplió el fin por el cual dejó voluntariamente la bienaventuranza que gozaba al lado de su Padre. El hombre estaba enfermo y el Hijo de Dios bajó hasta él, y no sólo le devolvió la vida por su muerte, sino que le dio también fuerzas y medios con qué trabajar y adquirir la fortuna de su eterna felicidad.

* * *

¿Cómo ha correspondido el hombre a semejante favor? ¿Se ofrece, a ejemplo del servidor, a trabajar por su dueño con fidelidad y sin interés de retribución?

Preciso es distinguir las diferentes respuestas del hombre a Dios.

* * *

Unos me han conocido verdaderamente, y movidos a impulsos del amor, sienten vivos deseos de entregarse por completo al servicio de mi Padre, sin ningún interés personal.

Preguntando qué podrían hacer para trabajar por su Señor con más fruto, mi Padre les ha respondido: «Deja tu casa, tus bienes, déjate a ti mismo y ven; haz cuanto yo te pida.»

Otros sintieron conmoverse su corazón ante lo que el Hijo de Dios ha hecho por salvarlos y, llenos de buena voluntad se presentan a El, buscando cómo podrán publicar la bondad de su Señor y, sin abandonar sus propios intereses, trabajar por los de Jesucristo.

A éstos mi Padre les ha dicho: Guardad la Ley que os ha dado vuestro Dios y Señor. Guardad mis Mandamientos y, sin desviaros a derecha ni a izquierda, vivid en la paz de mis fieles servidores.

Otros no han comprendido el amor con que su Dios los ama: no les falta buena voluntad; viven bajo la ley, pero sin amor; siguen la inclinación natural hacia el bien, que la gracia depositó en el fondo de su corazón.

No son servidores voluntarios, pues que no se presentaron nunca a recibir las órdenes de su Señor; pero como no tienen mala voluntad, les basta, a veces, una invitación para prestarse gustosos a los servicios que se les pide.

Otros, en fin, movidos más por interés que por amor, ejecutan lo estrictamente necesario para merecer, al fin de la vida, la recompensa de sus trabajos.

Pero... ¿Se han presentado todos los hombres para ofrecerse al servicio de su Dios y Señor?... ¿Han conocido todos el amor inmenso que tiene hacia ellos? ¿Saben agradecer cuanto Jesucristo les ha dado? ¡Ah!, muchos lo ignoran; muchos, conociéndolo, lo desprecian.

A todos Jesucristo va a decirles una palabra de amor.

* * *

Hablaré primero a los que no me conocen: Sí; a vosotros, hijos queridos, que desde vuestra tierna infancia habéis vivido lejos

de vuestro Padre. ¡Venid! Voy a deciros por qué no le conocéis y, cuando sepáis quién es y qué Corazón tan amoroso tiene, no podréis resistir a su amor.

Con frecuencia sucede que hijos que han vivido lejos de sus padres, no los aman; mas cuando conocen la dulzura que encierra el amor paterno y sus desvelos, llegan a amarlos con más ternura aún que aquellos que nunca han salido de su hogar.

A las almas que no sólo no me aman, sino que me aborrecen y me persiguen, preguntaré: ¿Por qué me odiáis así?... ¿Qué os he hecho Yo, para que me persigáis de ese modo?...

¡Cuántas almas hay que nunca se han hecho esta pregunta Y hoy, que se la hago Yo tendrán que responder: «No lo sé».

Yo responderé por ellas.

* * *

No me conociste cuando niño porque nadie te enseñó a conocerme, y a medida que ibas creciendo en edad, crecían en ti también las inclinaciones de la naturaleza viciada, el amor de los placeres, el deseo de goces, de libertad, de riquezas.

Un día oíste decir que para vivir bajo mi Ley es preciso soportar al prójimo, amarle, respetar sus derechos, sus bienes; que es necesario someter las propias pasiones... y como vivías entregado a tus caprichos, a tus malos hábitos, ignorando de qué ley se trataba, protestaste diciendo:

¡No quiero más ley que mi gusto! ¡Quiero gozar! ¡Quiero ser libre!

Así es como empezaste a odiarme, a perseguirme.

Pero Yo, que soy tu Padre, te amo con amor infinito y, mientras te rebelabas ciegamente y persistías en el afán de destruirme, mi Corazón se llenaba más y más de ternura hacia ti.

Así transcurrieron un año, dos, tres, tantos cuantos sabes que has vivido de ese modo.

Hoy no puedo contener por más tiempo el impulso de mi amor y, al ver que vives en continua guerra contra quien tanto te ama; vengo a decirte Yo mismo quién soy.

* * *

Hijo querido: Yo soy Jesús, y este nombre quiere decir Salvador. Por eso mis manos están traspasadas por los clavos que me sujetaron a la cruz, en la cual he muerto por tu amor. Mis pies llevan las mismas señales y mi Corazón está abierto por la lanza, que introdujeron en él después de mi muerte.

Así vengo a ti, para enseñarte quién soy y cuál es mi ley.

Soy tu Dios y tu Padre. ¡Tu Creador y tu Salvador!... Tú eres mi criatura, mi hijo y mi redimido, porque al precio de mi Sangre y de mi vida te rescaté de la tiranía de la esclavitud del pecado.

Tienes un alma grande, inmortal, creada para gozar eternamente; posees una voluntad capaz de obrar el bien y un corazón que necesita amar y ser amado.

Si buscas alimentar este amor de cosas terrenas y pasajeras, nunca lo saciarás. Tendrás siempre, hambre, vivirás en perpetua guerra contigo mismo, triste, inquieto, turbado.

Si eres pobre y tienes que trabajar para ganar el sustento, las miserias de la vida te llenarán de amargura. Sentirás odio contra tus amos y quizá, si pudieras, destruirías sus bienes, para reducirlos a vivir como tú, sujetos a la ley del trabajo. Experimentarás cansancio, rebeldía y desesperación, pues la vida es triste y al fin has de morir.

Sí, mirando naturalmente, todo eso es triste. Pero Yo vengo a mostrarte la vida como es en realidad, no como tú la ves.

Aunque seas pobre y tengas que ganarte tu sustento y el de tu familia, aunque te veas sujeto a un amo, no eres esclavo. Fuiste creado para ser libre.

Si vas buscando amor y no logras satisfacer tus ansias, es porque fuiste creado para amar no lo temporal, sino lo eterno.

Esa familia que amas, por la que te afanas en procurar su subsistencia, su bienestar y su felicidad en la tierra, debes amarla sin olvidar que un día tendrás que separarte de ella, aunque no para siempre.

Ese dueño a quien sirves y para quien trabajas, debes amarle, respetarle, cuidar de sus intereses y procurar aumentárselos con tu trabajo y con tu fidelidad; mas ten presente que sólo será tu señor

por unos cuantos años, pues esta vida pasa pronto y conduce a la otra que no acabará jamás y que será feliz.

Tu alma, creada por un padre que te ama, no con un amor cualquiera sino con un amor eterno e infinito, irá al lugar de eterna dicha que este, Padre te prepara.

Allí encontrarás el amor que responderá a tus anhelos.

Allí vivirás la verdadera vida, de la que no es más que una sombra que pasa esta de la tierra: el cielo no pasará jamás.

Allí el trabajo que hiciste y soportaste en la tierra será recompensado

Allí encontrarás a la familia que tanto amabas y por la que derramaste el sudor de tu frente: Allí te unirás con tu Padre, con tu Dios. ¡Si supieras qué felicidad te espera!...

* * *

Quizá al oír esto dirás: —¡Yo no tengo fe! No creo en la otra vida.

¿No tienes fe?... ¿No crees en Mí?... Pues si no crees en Mí, ¿por qué me persigues?... ¿Por qué declaras la guerra a los míos? ¿Por qué te rebelas contra mis leyes?... Y puesto que reclamas libertad para ti, ¿por qué no la dejas a los demás?...

¿No crees en la vida eterna?... Dime, ¿vives feliz aquí abajo?... Bien sabes que necesitas algo que no encuentras en la tierra.

Si encuentras el placer que buscas, no te satisface.

Si alcanzas las riquezas que deseas, no bastan.

El cariño que anhelas, al fin, te causa hastío.

¡No! Lo que necesitas, no lo encontrarás acá... Necesitas paz; no la paz del mundo, si no la de los hijos de Dios. Y, ¿cómo la hallarás en la rebelión?

Yo te diré dónde serás feliz, dónde hallarás la paz, dónde apagarás esa sed que hace tanto tiempo te devora... No te asustes al oírme decir que la encontrarás en el cumplimiento de mi ley.

Ni te rebeles al oír hablar de ley, pues no es ley de tiranía sino de amor.

Si, mi ley es de amor, porque soy tu Padre.

* * *

Ya sabes que en el ejército debe haber disciplina y en toda familia bien ordenada, un reglamento. Así, en la gran familia de Jesucristo hay también una ley, pero llena de suavidad y de amor.

Vengo a enseñarte lo que es mi ley y lo que es mi Corazón que te la da, este Corazón al que no conoces y al que tantas veces persigues. Tú me buscas para darme la muerte y Yo te busco para darte la vida. ¿Cuál de los dos triunfará? ¿Será tu corazón tan duro que resista al que ha dado su propia vida y su amor.

En la familia los hijos llevan el apellido de su padre; así se les reconoce.

Del mismo modo mis hijos llevan el nombre de cristianos, que se les da al administrarles el Bautismo. Has recibido este nombre, eres hijo mío y como tal tienes derecho a todos los bienes de tu Padre.

Sé que no me conoces, que no me amas, antes por el contrario, me odias y me persigues. Pero Yo, te amo con amor infinito y quiero darte parte en la herencia a la que tienes derecho.

Escucha, pues, lo que debes hacer para adquirirla: creer en mi amor y en mi misericordia. Tú me has ofendido, Yo te perdono.

Tú me has perseguido, Yo te amo.

Tú me has herido de palabra y de obra, Yo quiero hacerte bien y abrirte mis tesoros.

No creas que ignoro cómo has vivido hasta aquí; sé que has despreciado mis gracias, y tal vez profanado mis Sacramentos. Pero te perdono.

* * *

Y desde ahora si quieres vivir feliz en la tierra y asegurar tu eternidad, haz lo que voy a decirte.

¿Eres pobre? Cumple con sumisión el trabajo a que estás obligado sabiendo que Yo viví treinta años sometido a la misma ley que tú, porque era también pobre, muy pobre.

No veas en tus amos unos tiranos. No alimentes sentimientos de odio hacia ellos; no les desees mal; haz cuanto puedas para acrecentar sus intereses y sé fiel.

¿Eres rico? ¿Tienes a tu cargo obreros, servidores? No los explotes. Remunera justamente su trabajo; ámalos, trátalos con dulzura y con bondad. Si tú tienes un alma inmortal, ellos también. No olvides que los bienes que se te han dado no son únicamente para tu bienestar y recreo, sino para que, administrándolos con prudencia, puedas ejercer la caridad con el prójimo.

Cuando ricos y pobres hayáis acatado la ley del trabajo, reconoced con humildad la existencia de un Ser que está sobre todo lo creado y que es al mismo tiempo vuestro Padre y vuestro Dios.

Como Dios, exige que cumpláis su divina ley.

Como padre os pide que os sometáis a sus mandamientos. Así, cuando hayáis consagrado toda la semana al trabajo, a los negocios y aun a lícitos recreos, pide que le deis siquiera media hora, para cumplir «su precepto». ¿Es exigir demasiado?

Id, pues, a su casa, a la Iglesia, donde El os espera de día y de noche: el domingo y los días festivos dadle media hora asistiendo al misterio de amor y de misericordia, a la Santa Misa.

Allí habladle de todo cuanto os interesa, de vuestros hijos, de la familia, de los negocios, de vuestros deseos, dificultades y sufrimientos. ¿Si supierais con cuánto amor os escucha!

Me dirás, quizá: —Yo no sé oír Misa, ¡hace tantos años que no he pisado la iglesia!— No te apures por esto. Ven; pasa esa media hora a mis pies, sencillamente. Deja que tu conciencia te diga lo que debes hacer; no cierres los oídos a su voz. Abre con humildad tu alma a la gracia, ella te hablará y obrará en ti, indicándote cómo debes portarte en cada momento, en cada circunstancia de tu vida; con la familia, en los negocios; de qué modo tienes que educar a tus hijos, amar a tus inferiores, respetar a tus superiores. Te dirá, tal vez, que es preciso abandonar tal empresa, tal negocio, que rompas aquella amistad... Que te alejes con energía de aquella reunión peligrosa... Te indicará que a tal persona, la odias sin motivo, y, en cambio, debe dejar el trato de otra que amas y cuyos consejos no debes seguir.

Comienza a hacerlo así, y verás, cómo, poco a poco, la cadena de mis gracias se va extendiendo; pues en el bien como en el mal, una vez que se empiezan las obras se suceden unas a otras, como los eslabones de una cadena. Si hoy dejas que la gracia te hable y obre en ti, mañana la oirás mejor; después mejor; después mejor aún, y así de día en día la luz irá creciendo: tendrás paz y te prepararás tu felicidad eterna.

* * *

Porque el hombre no ha sido creado para permanecer en la tierra; está hecho para el cielo. Siendo inmortal, debe vivir no para lo que muere, sino para lo que durará siempre.

Juventud, riqueza, sabiduría, gloria humana, todo esto pasa, se acaba... Sólo Dios subsiste eternamente..., y las buenas obras hechas por El es lo único que perdura y que te seguirá a la otra vida.

El mundo y la sociedad, están llenos de odio y viven en continuas luchas, un pueblo contra otro pueblo, unas naciones contra otras, y los individuos entre sí, porque el fundamento sólido de la fe ha desaparecido de la tierra casi por completo.

Si la fe se reanima el mundo recobrará la paz y reinará la caridad.

La fe no perjudica ni se opone a la civilización ni al progreso, antes al contrario, cuando más arraigada está en los hombres y en los pueblos, más se acrecienta en ellos la ciencia y el saber, porque Dios es la sabiduría infinita. Mas donde no existe la fe desaparece la paz, y con ella la civilización y el verdadero progreso, introduciéndose en su lugar la confusión de ideas, la división de partidos, la lucha de clases, y en los individuos, la rebeldía de las pasiones contra el deber, perdiendo así el hombre la dignidad, que constituye su verdadera nobleza.

Dejaos convencer por la fe y seréis grandes; dejaos dominar por la fe y seréis libres. Vivid según la fe y no moriréis eternamente.

* * *

Que todos los hombres sepan cómo mi amor los busca, los desea, los espera para colmarlos de felicidad.

Yo voy tras los pecadores, como la Justicia tras los criminales; pero la Justicia los busca para castigarlos, y Yo para perdonarlos.

Quiero perdonar. Quiero reinar.

Quiero perdonar a las almas, y a las naciones; quiero reinar en las almas, en las naciones, en el mundo entero.

Para borrar la ingratitud, derramaré un torrente de misericordias.

Para reinar, empezaré por hacer misericordia, porque mi reino es de paz y de amor. Yo soy la sabiduría y la felicidad.

Yo soy el Amor y la Misericordia.

UNA LLAMADA A LAS ALMAS⁵

Quiero que las almas crean en mi Misericordia, que lo esperen todo de mi Bondad, que no duden nunca de mi Perdón.

Yo soy el amor. Mi Corazón no puede contener la llama que constantemente le devora.

Yo amo a las almas hasta tal punto, que he dado la vida por ellas.

Por su amor he querido quedarme prisionero en el Sagrario, y hace veinte siglos que permanezco allí noche y día, oculto bajo las especies de pan, escondido en la hostia, soportando, por amor, el olvido, la soledad, los desprecios, blasfemias, ultrajes y sacrilegios.

El amor a las almas me impulsó a dejarles el sacramento de la Penitencia, para perdonarles, no una vez ni dos, sino cuantas veces necesiten recobrar la gracia. Allí las estoy esperando; allí deseo que vengan a lavarse de sus culpas, no con agua sino con mi propia Sangre.

En el transcurso de los siglos, he revelado de diferentes modos mi amor a los hombres y el deseo que me consume de su salvación. Les he dado conocer mi propio Corazón. Esta devoción ha sido como una luz que ha iluminado al mundo y hoy es el medio de que se valen para mover los corazones la mayor parte de los que trabajan por extender mi Reino.

* * *

Ahora quiero algo más; sí, en retorno del amor que tengo a las almas, les pido que ellas me devuelvan amor; pero no es éste mi único deseo; quiero que crean en mi misericordia, que lo esperen todo de mi bondad, que no duden nunca de mi perdón.

⁵ Este Mensaje está sacado de las comunicaciones que Sor Josefa recibió en varias veces, durante los últimos meses de los años 1922 y 1923.

Soy Dios, pero Dios de Amor. Soy Padre, pero Padre que ama con ternura, no con severidad. Mi Corazón es infinitamente santo, pero también infinitamente sabio; conoce la fragilidad y miseria humana, y se inclina hacia los pobres pecadores con misericordia infinita.

Sí, amo a las almas después que han cometido el primer pecado si vienen a pedirme humildemente perdón... Las amo después de llorar el segundo pecado, ¡y si esto se repite no un millar de veces, sino un millón de millares, las amo, las perdono, y lavo con mi misma Sangre el último pecado como el primero!

No me canso de las almas y mi Corazón está siempre esperando que vengan a refugiarse en Mí. Tanto más cuanto más miserables sean.

¿Acaso no tiene un padre más cuidado del hijo enfermo que de los que gozan de buena salud? ¿No es verdad que para aquél es mucho mayor su ternura y solicitud? De la misma manera, mi Corazón derrama con más largueza su ternura y compasión sobre los pecadores que sobre los justos.

Esto es lo que quiero explicar a las almas; Yo enseñaré a los pecadores que la misericordia de mi Corazón es inagotable; a las almas frías e indiferentes, que mi Corazón es fuego y fuego que desea abrasarlas porque las ama; a las almas piadosas y buenas, que mi Corazón es el camino para avanzar en la perfección y por él llegarán con seguridad al término de la bienaventuranza. Por último, a las almas que me están consagradas, a los sacerdotes, a los religiosos, mis almas escogidas y preferidas, les pediré una vez más, que me den su amor y no duden nunca del mío; pero, sobre todo, que me den su confianza y no duden de mi misericordia. ¡Es tan fácil esperarlo todo de mi Corazón!

Yo daré a conocer que mi obra se funda sobre la nada y la miseria; éste es el primer eslabón de la cadena de amor que preparo a las almas desde toda la eternidad.

Haré que las almas conozcan hasta qué punto las ama y perdona mi Corazón. Penetro el fondo de las almas, sus deseos de darme gusto, de consolarme y de glorificarme: y el acto de humildad que sus faltas les obligan a hacer, viéndose tan débiles, es precisamente lo que consuela y glorifica mi Corazón. No importa que las almas sean débiles, Yo suplo lo que les falta.

Les daré a conocer cómo su misma debilidad puede servirme para dar vida a muchas almas que la han perdido.

Daré a conocer que la medida de mi amor y de mi misericordia para con las almas caídas, no tiene límites... Deseo perdonar... Descanso perdonando... Siempre estoy esperándolas con amor...

* * *

¡Que no se desanimen!... ¡Que vengan!... ¡Que se echen sin temor en mi brazos!... ¡Soy su Padre!...

Muchas almas no comprenden cuánto pueden hacer para atraer a mi Corazón a las otras almas que están sumidas en un abismo de ignorancia y no saben cómo deseo que se acerquen a Mí para darles vida... La verdadera vida.

Yo te enseñaré mis secretos de amor y tú serás ejemplo vivo de mi misericordia, pues si por ti, que eres miseria y nada, tengo tanta predilección y te amo tanto, ¿que haré por otras almas mucho más generosas que tú?

Como no eres nada, ven..., entra en mi Corazón...; a la nada le es fácil entrar y perderse en este abismo de amor... Así iré consumiéndote tu pequeñez y tu miseria... Yo obraré en ti... Hablaré por ti... Me haré conocer por ti...

¡Cuántas almas encontrarán la vida en mis palabras! ¡Cuántas cobrarán ánimo al ver el fruto de sus trabajos! Un actito de generosidad, de paciencia, de pobreza, puede ser un tesoro que gane para mi Corazón gran número de almas. Yo no miro la acción, miro la intención. El acto más pequeño hecho por amor, ¡adquiere tanto mérito y puede darme tanto consuelo!... Mi Corazón da valor divino a esas cosas tan pequeñas. Lo que Yo quiero es amor. No busco más que amor. No pido más que amor. El alma que sabe hacer de su vida una continua unión con la mía, me glorifica mucho y trabaja útilmente en bien de las almas. Está por ejemplo, ejecutando una acción que en sí misma no vale mucho, pero la empapa en mi Sangre o la une a aquella acción hecha por Mí durante mi vida mortal, el fruto que logra para las almas es tan grande o mayor quizá que si hubiera predicado al universo entero, y esto, sea que estudie o que hable, que escriba, ore, barra, cosa o descanse; con tal que la acción reúna dos condiciones: primera, que esté

ordenada por la obediencia o por el deber no por el capricho; segunda, que se haga en íntima unión conmigo, cubriéndola con mi Sangre y con gran pureza de intención.

¡Cuánto deseo que las almas comprendan esto! ¡Que no es la acción lo que tiene en sí valor, sino la intención y el grado de unión con que se hace! Barriendo y trabajando en el taller de Nazaret, di tanta gloria a mi Eterno Padre como cuando prediqué durante mi vida pública.

Hay muchas almas que a los ojos del mundo tienen un cargo elevado, y en él dan grande gloria a mi Corazón, es cierto, pero tengo muchas otras que, escondidas y en humildes trabajos, son obreras muy útiles a mi viña, porque es el amor el que las mueve y saben envolver en oro sobrenatural las acciones más pequeñas, empapándolas en mi Sangre.

Si desde por la mañana se unen a Mí y ofrecen el día con ardiente deseo de que mi Corazón se sirva de sus acciones para provecho de las almas, y van, hora por hora y momento por momento, cumpliendo por amor con su deber, ¡qué tesoros adquieren en un día!... ¡Yo les iré descubriendo más y más mi amor!... ¡Es inagotable!... ¡Y es tan fácil al alma que ama dejarse guiar por el amor!

* * *

Escribe aún para las almas que amo:

Quiero que entiendan bien el deseo que me consume de su perfección y cómo esta perfección consiste en hacer en íntima unión conmigo las acciones comunes y ordinarias. Si mis almas lo comprenden bien, pueden divinizar sus obras y su vida, y ¡cuánto vale un día de vida divina!

Cuando un alma arde en deseos de amar, no hay para ella cosa difícil; mas cuando se encuentra fría y desalentada, todo se le hace arduo y penoso... Que venga entonces a cobrar fuerzas en mi Corazón... Que me ofrezca su abatimiento, que lo una al ardor que me consume y que tenga la seguridad de que un día así empleado, será de incomparable precio para las almas. ¡Mi Corazón conoce todas las miserias humanas y tiene gran compasión de ellas!

No deseo tan sólo que las almas se unan a Mí de una manera general, quiero que esta unión sea constante, íntima como es la unión de los que se aman y viven juntos; que aun cuando siempre no están hablando, se miran y se guardan mutuas delicadezas y atenciones de amor.

Si el alma está en paz y en consuelo, le es fácil pensar en Mí, pero si está en desolación o angustia, que no tema. ¡Me basta una mirada!... La entiendo, y con sólo esta mirada alcanzará que mi Corazón la colme de las más tiernas delicadezas.

Yo iré diciendo a las almas cómo las ama mi Corazón: quiero que me conozcan bien y así me hagan conocer aquellas que mi amor les confíe.

Deseo con ardor que todas las almas fijen en Mí los ojos para no apartarlos ya más, que no haya entre ellas medianías cuyo origen, la mayor parte de las veces, es una falsa comprensión de mi amor. No; amar a mi Corazón no es difícil ni duro; es fácil y suave. Para llegar a un alto grado de amor no hay que hacer cosas extraordinarias; pureza de intención en la acción más pequeña como en la más grande; unión íntima con mi Corazón y el amor hará lo demás.

Mi Corazón no es solamente un abismo de amor, es también un abismo de misericordia; y conociendo todas las miserias del corazón humano, de las que no están exentas las almas que más amo, he querido que sus acciones, por pequeñas que sean en sí, puedan por Mí alcanzar un valor infinito, en provecho de los pecadores y de las almas que necesitan ayuda.

No todas pueden predicar ni ir a evangelizar en países salvajes. Pero todas, sí, todas pueden hacer conocer y amar a mi Corazón, todas pueden ayudarse mutuamente y aumentar el número de los escogidos, evitando que muchísimas almas se pierdan eternamente, y todo esto por efecto de mi amor y de mi misericordia; cuando un alma tiene generosidad bastante para darme gusto en todo lo que le pido, recoge un gran tesoro para sí y para las almas, y aparta a muchas del camino de la perdición.

Las almas que mi Corazón escoge están encargadas de distribuir al mundo mis gracias por medio de su amor y de sus sacrificios. Sí, el mundo está lleno de peligros... ¡Cuántas almas arrastradas al mal, necesitan de una ayuda constante, ya visible ya

invisible. ¡Ay!, lo repito: ¿Se dan cuenta mis almas escogidas de cuánto bien se privan y privan a las almas, por falta de generosidad? Ofrece tu vida, aunque sea imperfecta, para que todas entiendan qué misión tan hermosa pueden realizar, con sus obras ordinarias, con su trabajo cotidiano.

Que sepan a qué grado de intimidad las llamo, y cómo quiero que sean celadoras de mi gloria y de mis intereses; hay muchas que lo comprenden, pero otras no lo saben bastante...

Mi amor transforma sus menores acciones dándoles un valor infinito. Pero va todavía más lejos: mi Corazón ama tan tiernamente a las almas, que se sirve aun de sus miserias y debilidades y muchas veces hasta de sus mismas faltas para la salvación de otras almas.

Efectivamente, el alma que se ve llena de miserias, no se atribuye a sí misma nada bueno y sus flaquezas la obligan a revestirse de cierta humildad que no tendría si se encontrase menos imperfecta.

Así, cuando en su trabajo o en su cargo apostólico se siente incapaz y hasta experimenta repugnancia para dirigir a las almas hacia una perfección que ella no tiene, se ve como forzada a anonadarse; y si conociéndose a sí misma recurre a Mí, me pide perdón de su poco esfuerzo e implora de mi Corazón valor y fortaleza... ¡Ah!, entonces, ¡no sabe esta alma con cuánto amor se fijan en ella mis ojos, y cuán fecundos hago sus trabajos!...

Hay otras almas que son poco generosas para realizar con constancia los esfuerzos y sacrificios cotidianos. Pasan su vida haciendo promesas, sin llegar nunca a cumplirlas.

Aquí hay que distinguir; si esas almas se acostumbran a prometer, pero no se imponen la menor violencia ni hacen nada que pruebe su abnegación ni su amor, les diré esta palabra: ¡Cuidado; no prenda el fuego de toda esa paja que habéis amontonado en los graneros o que el viento no se la lleve en un instante!...

Hay otras almas, y a ellas me refiero, que al empezar el día llenas de buena voluntad, y con gran deseo de mostrarme su amor, me prometen abnegación y generosidad en esta o aquella circunstancia, y cuando llega la ocasión su carácter, su salud, el amor propio, les impide realizar lo que con tanta sinceridad prometieron

horas antes. Sin embargo, reconocen su falta, se humillan, piden perdón, vuelven a prometer. ¡Ay!, que estas almas sepan que me han agradado tanto como si nunca me hubiesen ofendido⁶.

No me importan las miserias, lo que quiero es amor. No me importan las flaquezas, lo que quiero es confianza.

El amor todo lo transforma y diviniza y la misericordia todo lo perdona. Mi Corazón es todo amor y el fuego que me abrasa consume todas las miserias.

¡Quiero perdonar! ¡Quiero reinar!...

Deseo derramar mi paz por todas las partes del mundo. Este es el fin que quiero realizar, esta es mi Obra de Amor.

Para reparar las ofensas de los hombres, elegiré víctimas que alcancen el perdón...; sí, el mundo está lleno de almas que desean complacerme... Aun hay almas generosas que me dan cuanto tienen, para que me sirva de ello según mi deseo y voluntad.

* * *

Quiero conquistar los corazones por la fuerza de mi amor.

Quiero que las almas se dejen penetrar por la verdadera luz.

Quiero que los niños, esos corazones inocentes, que no me conocen y crecen en el hielo de la indiferencia, ignorando lo que vale su alma... Sí, quiero que esas almitas que son mis delicias, encuentren un asilo donde les enseñen a conocerme y donde crezcan en el temor de mi ley y en el amor de mi Corazón.

Mi deseo es el que seáis el combustible de este fuego que quiero derramar sobre la tierra, porque de nada sirve encender la llama si no hay con qué alimentarla. Por eso quiero formar una cadena de almas encendidas en el amor, en ese amor que se confía y lo espera todo de mi Corazón, a fin de que, inflamadas ellas, lo comuniquen al mundo entero.

⁶ Nuestro Señor distingue aquí bien claramente entre las faltas veniales de costumbre consentidas o no combatidas, y las que son solo faltas de fragilidad, pero reparadas.

Expresa por estas palabras que la reacción voluntaria le consuela más que lo que el alma le ofendió por su fragilidad. Efectivamente, el acto de humildad, de confianza y de generosidad que supone la reparación exige una voluntad constante y plena que no existe, sino parcialmente, en la falta de fragilidad.

* * *

No penséis que voy a hablaros de otra cosa que de la Cruz.

Por ella he salvado a los hombres, por ella quiero atraerlos ahora a la verdad de la fe y al camino del amor.

Os manifestaré mis deseos: He salvado al mundo desde la Cruz, o sea, por medio del sufrimiento.

Ya sabéis que el pecado es una ofensa infinita; por eso os pido que ofrezcáis vuestros trabajos y sufrimientos, unidos a los méritos infinitos de mi Corazón.

Inculcad a las almas, con quienes estéis en contacto, el amor y la confianza... Empapadlas en amor, en confianza, en la bondad y misericordia de mi Corazón. Y cuando tengáis ocasión de darme a conocer decidles que no me teman porque soy Dios de Amor.

* * *

Tres cosas especiales os pido:

1ª El ejercicio de la Hora Santa; por él se hace a Dios Padre reparación infinita, en unión y por medio de Jesucristo su Divino Hijo.

2ª La devoción de los Cinco Padrenuestros a mis llagas, pues por ellas ha recibido el mundo la salvación.

3ª En fin, la unión constante, o sea, el ofrecimiento cotidiano de los méritos de mi Corazón, porque así lograréis que vuestras acciones tengan valor infinito.

Valerse continuamente de mi Sangre, de mi vida, de mi Corazón; confiar incesantemente y sin temor en mi Corazón; he aquí un secreto desconocido para muchas almas... Quiero lo conozcáis y que sepáis aprovecharlo.

* * *

Ahora quiero hablar a mis almas consagradas, para que puedan darme a conocer a los pecadores y al mundo entero.

Muchas no saben aún penetrar mis sentimientos, me tratan como a alguien con quien no se tienen confianza y que vive lejos

de ellas. Quiero que aviven su fe y su amor y que su vida sea de confianza y de intimidad con Aquel a quien aman y que las ama.

De ordinario el hijo mayor es el que mejor conoce los sentimientos y los secretos de su padre; en él deposita su confianza más que en los otros que siendo más pequeños, no son capaces de interesarse en las cosas serias y no fijan la atención sino en las superficiales; si el padre muere, es el hijo mayor el que transmite a sus hermanos menores los deseos y la última voluntad del padre...

En mi iglesia hay también hijos mayores; son las almas que yo me he escogido. Consagradas por el sacerdocio o por los votos religiosos, viven más cerca de Mí y Yo les confío mis secretos... Ellas, son, por su ministerio o por su vocación, las encargadas de velar sobre mis hijos más pequeños, sus hermanos; y unas veces directa, otras indirectamente, de guiarlos, instruirlos y comunicarle mis deseos.

Si esas almas escogidas me conocen bien, fácilmente podrán darme a conocer, y si me aman podrán hacerme amar... Pero, ¿cómo enseñarán a las demás si ellas me conocen poco...? Ahora bien; Yo pregunto: ¿es posible amar de veras a quien apenas se conoce?... ¿Se puede hablar íntimamente con aquel de quien vivimos alejados o en quien no confiamos bastante?...

Esto es, precisamente, lo que quiero recordar mis almas escogidas..., nada nuevo, sin duda, pe ¿no necesitan reanimar la fe, el amor, la confianza?

Quiero que me traten con más intimidad, que me busquen en ellas, dentro de ellas mismas, pues ya saben que el alma en gracia es morada del Espíritu Santo; y, allí, que me vean como soy, es decir, como Dios, pero Dios de amor... Que tengan más amor que temor, que sepan que Yo las amo y que no lo duden; pues hay muchas que saben que las escogí porque las amo, pero cuando sus miserias y sus faltas las agobian, se entristecen creyendo no les tengo ya el mismo amor que antes.

Estas almas no me conocen; no han comprendido lo que es mi Divino Corazón..., porque precisamente sus miserias y sus faltas son las que inclinan hacia ellas mi bondad. Si reconocen su impotencia y su debilidad, y se humillan y vienen a Mí llenas de confianza, me glorifican mucho más que antes de haber caído.

Lo mismo sucede cuando me piden algo para sí o para los demás..., si vacilan, si dudan de Mí, no honran a mi Corazón.

Cuando el Centurión vino a pedirme que curase a su criado, me dijo con gran humildad: «Yo no soy digno de que Vos vengáis a mi casa»; mas, lleno de fe y de confianza, añadió: «Pero Señor, decid sólo una palabra y mi criado quedará curado...» Este hombre conocía mi Corazón, sabía que no puedo resistir a las súplicas del alma que todo lo espera de Mí. Este hombre me glorificó mucho, porque a la humildad añadió firme y entera confianza. Sí, este hombre conocía mi Corazón y, sin embargo, no me había manifestado a él como me manifiesto a mis almas escogidas.

Por medio de la confianza, obtendrán copiosísimas gracias para sí mismas y para otras almas. Quiero que profundicen esta verdad porque deseo que revelen los caracteres de mi Corazón a las pobres almas que no me conocen.

Entre las almas que me están consagradas hay pocas que tengan verdadera fe y confianza en Mí, porque son pocas las que viven en unión íntima conmigo.

Quiero que sepan cuándo deseo que cobren nuevo aliento y se renueven en esta vida de unión y de intimidad... Que no se contenten con hablarme en la iglesia; ante el Sagrario —es verdad, que allí estoy—, pero también vivo en ellas, dentro de ellas y me deleito en identificarme con ellas.

Que me hablen de todo: que todo me lo consulten; que me lo pidan todo. Vivo en ellas para ser su vida y habito en ellas para ser su fuerza. Allí en el interior de su alma, las veo, las oigo y las amo, ¡y espero correspondencia al amor que les tengo!

Hay muchas almas que por la mañana hacen oración, pero es más una fórmula que una entrevista de amor. Luego oyen o celebran Misa, me reciben en la Comunión y, cuando salen de la Iglesia, se absorben en sus quehaceres, hasta tal punto, que apenas me vuelven a dirigir una palabra.

En esta alma estoy como en un desierto. No me habla, no me pide nada y ocurre, muchas veces, que si necesita consuelo, antes lo pedirá a una criatura, a quien tiene que ir a buscar, que a Mí que soy su Creador, que vivo y estoy en ella. ¿No es esto falta de unión, falta de vida interior, o lo que es lo mismo, falta de amor?

* * *

También quiero recordar a las almas consagradas, que las escogí de un modo especial para que, viviendo en íntima unión conmigo me consuelen y reparen por los que me ofenden. Quiero recordarles que están obligadas a estudiar mi Corazón para participar de sus sentimientos y poner por obra sus deseos en cuanto les sea posible.

Cuando un hombre trabaja en campo propio, pone empeño en arrancar todas las malas hierbas que brotan en él y no ahorra trabajo ni fatiga hasta conseguirlo. Así quiero que trabajen las almas escogidas cuando conozcan mis deseos; con celo y con ardor, sin perdonar trabajo ni retroceder ante el sufrimiento, con tal de aumentar mi gloria y de reparar las ofensas del mundo.

* * *

Escribe, pues, para mis almas consagradas, mis sacerdotes, mis religiosos y religiosas; todos están llamados a una íntima unión conmigo, a vivir a mi lado, a conocer mis deseos, a participar de mis alegrías, de mis tristezas.

Ellas están obligadas a trabajar en mis intereses, sin perdonar esfuerzo ni sufrimiento.

Ellas, sabiendo que tantas almas me ofenden, deben reparar con sus oraciones, trabajos y penitencias.

Ellas, sobre todo, deben estrechar su unión conmigo y no dejarme solo. Esto no lo entienden muchas almas. Olvidan que a ellas corresponde hacerme compañía y consolarme.

Ellas han de formar una liga de amor que, reuniéndose en torno de mi Corazón, implore para las almas luz y perdón.

Y cuando, penetradas de dolor por las ofensas que recibo de todas partes, ellas, mis almas escogidas, me pidan perdón y se ofrezcan para reparar y para trabajar en mi Obra, que tengan entera confianza, pues no puedo resistir a sus súplicas, y las despacharé del modo más favorable.

Que todas se apliquen a estudiar mi Corazón..., que profundicen mis sentimientos, que se esfuercen en vivir unidas a Mí, en hablarme, en consultarme... Que cubran sus acciones con

mis méritos y con mi Sangre, empleando su vida en trabajar por la salvación de las almas y en acrecentar mi gloria.

Que no se empequeñezcan considerándose a sí mismas, sino que dilaten su corazón al verse revestidas del poder de mi Sangre y de mis méritos. Si trabajan solas, no podrán hacer gran cosa; mas si trabajan conmigo, a mi lado, en mi nombre y por mi gloria, entonces serán poderosas.

Que mis almas consagradas reanimen sus deseos de reparar y pidan con gran confianza que llegue el día del Divino Rey, el día de mi reinado universal.

Que no teman, que esperen en Mí, que confíen en Mí.

Que las devore el celo y la caridad hacia los pecadores. Que les tengan compasión, que rueguen por ellos y los traten con dulzura.

Que publiquen en el mundo entero mi bondad, mi amor y mi misericordia.

Que en sus trabajos apostólicos, se armen de oración, de penitencia y, sobre todo, de confianza, no en sus esfuerzos personales, sino en el poder y en la bondad de mi Corazón que las acompaña.

En vuestro nombre, Señor, obraré y sé que seré poderoso. Esta es la oración que hicieron mis apóstoles, pobres e ignorantes, pero ricos y sabios, con la riqueza y la sabiduría divinas.

PIDO A MIS ALMAS TRES COSAS: Reparación, Amor, Confianza

Reparación

Es decir, vida de unión con el Reparador divino: trabajar por El, con El, en El, en espíritu de reparación y en íntima unión a sus sentimientos y a sus deseos.

«Vengo a descansar en ti: ¡Soy tan poco amado de los hombres! ¡Siempre buscando amor, no encuentro más que ingratitud! ¡Qué pocas son las almas que me aman de verdad!

Quiero que estés dispuesta a consolar mi Corazón siempre que te lo pida, pues el consuelo que me da un alma fiel compensa la amargura de que me colman las almas frías e indiferentes. A veces sentirás la angustia de mi Corazón en el tuyo, pero de este modo me aliviarás. No temas; Yo estoy contigo.

Cuando te dejo tan fría, tomo tu ardor para calentar otras almas.

Cuando te hago sentir tanta angustia es para no descargar mi cólera sobre las almas...

Cuando estás insensible y me dices que me amas, es cuando más consuelas mi Corazón.

Un solo acto de amor, cuando té sientas desamparada, repara muchas ingratitudes de otras almas. Mi Corazón los cuenta y los recibe como bálsamo precioso.

Quiero que me des almas.

Y para ello no te pido más que amor en todos tus actos.

Hazlo todo por amor: sufre por amor, trabaja por amor, sobre todo, abandónate al amor.

Cuando te hago sentir angustia y soledad, recíbelo por amor.

Quiero valerme de ti como una persona cansada se sirve de un báculo para apoyarse.

Quiero poseerte, rodearte, consumirte toda.

Escucha esta palabra: el oro se purifica en el fuego, así tu alma se purifica y fortalece en la tribulación y el tiempo de la tentación es de gran provecho para ti y para otras almas.

Entra en mi Corazón y estudia el celo que lo devora por la gloria de mi Padre.

No temas sufrir si con el sufrimiento, en algún modo, puedes aumentar mi gloria y salvar almas. ¡Valen tanto las almas!...

Por un alma hay que sufrir mucho.

¿No sabes que la Cruz y Yo somos inseparables? Si me ves a Mí verás la Cruz, y cuando encuentres mi Cruz me encontrarás a Mí.

El alma que me ama, ama la Cruz, y el que ama la Cruz, me ama a Mí. Nadie poseerá la vida eterna sin amar la Cruz y abrazarla de buena voluntad por mi amor.

El camino de la virtud y de la santidad se compone de abnegación y de sufrimiento; el alma que generosamente acepta y abraza la Cruz, camina guiada por la verdadera luz y sigue la senda recta y segura, sin temor de resbalar en las pendientes, porque no las hay...

La Cruz es la puerta de la verdadera vida y el alma que la acepta y la ama tal cual Yo se la he dado, entrará por ella en los resplandores de la vida eterna.

¿Comprendes ahora cuán preciosa es mi Cruz? No la temas... Soy Yo quien te la doy y no te dejaré sin las fuerzas necesarias para llevarla.

¿No ves cómo la llevé Yo por tu amor? Llévala tú con amor por Mí.

Este Corazón es el que da vida al mundo, pero se la da desde la Cruz. Así es necesario que las almas escogidas como víctimas para ayudarme a dar luz y vida al mundo se dejen clavar en esta Cruz, con gran sumisión, a ejemplo de su Salvador y Maestro.

La mayor recompensa que puedo dar a un alma es hacerla víctima de mi amor, de mi misericordia, porque la hago semejante a Mí que soy Víctima Divina por los pecadores.

¿Sabes cómo me puedes consolar? Amándome, sufriendo por las almas, no rehusándome nada.

No me rehúses nada, recuerda que necesito almas que continúen mi Pasión, para contener la ira divina. Yo te sostendré.

Cuando un alma ruega por un pecador con deseo ardiente de que se convierta, mi Corazón encuentra en esta súplica reparación por la ofensa recibida, y la mayor parte de las veces esta alma obtiene lo que pide aunque sea en el último momento.

De todos modos, la oración nunca se pierde, porque repara la injuria que me causa el pecador, y si no éste, otros mejor dispuestos alcanzarán misericordia y recibirán el fruto de esta oración.

Hay almas que durante su vida y también por toda la eternidad están llamadas a darme la gloria que les pertenece darme y la que me hubieran debido dar otras almas que se han perdido...; de este modo mi gloria no sufre mengua, pues un alma justa puede reparar los pecados de otras muchas.

Es tan grande el amor que tengo a las almas, que sufro como un martirio cuando se alejan de Mí, no por la gloria que me quitan, sino por la desgracia que se atraen sobre sí mismas.

Muchas almas corren a su perdición y mi Sangre es inútil para ellas; pero las almas que aman, y se inmolan y se consumen como víctimas de reparación atraen la misericordia de Dios. Esto es lo que salva al mundo.

Busco almas que reparen tantas ofensas, pues mi Corazón se consume en deseos de perdonar. ¡Pobres pecadores! ¡Qué ciegos están!

Yo no deseo más que perdonarlos y ellos no piensan más que en ofenderme... Yo voy tras los pecadores, como la Justicia tras los criminales; pero la Justicia los busca para castigarlos, y Yo, para perdonarlos.

El mundo corre precipitadamente a abismarse en los placeres, y es tanta la multitud de los pecados que se cometen, que mi Corazón está anegado en un torrente de amargura y de tristeza.

¿Dónde encontraré alivio a mi dolor?

Ofrece todo tu ser para reparar tantas ofensas y satisfacer a la Divina Justicia. Si tu indignidad y tus pecados son grandes, ven a sumergirte en el torrente de Sangre de mi Corazón y deja que ella te purifique. Después, acepta generosamente todos los sufrimientos que mi Voluntad te envía para ofrecerlos a mi Padre Celestial. Deja que tu alma se abra en deseos de desagraviar a un Dios ultrajado y toma mis méritos para reparar tantos pecados.

Dime: ¿Dónde hay un corazón que ame más que el mío y que sea menos correspondido? ¿Qué corazón hay que se consuma en mayores deseos de perdonar? Y en pago de tanto amor, recibo las mayores ofensas.

¡Pobres almas! Vamos a pedir perdón y reparar por ellas: ¡Oh, Padre mío, tened piedad de las almas, no las castigues como merecen, sino tened misericordia con ellas como lo pide vuestro Hijo!

* * *

Vengo a descansar entre las almas que Yo mismo he escogido. ¡Ojala sepan, por su fidelidad, cicatrizar las heridas que recibo de los pecadores! ¡Ahí ¡Cuán necesario es que haya víctimas para compensar la amargura de mi Corazón y para aliviar el dolor que me causa la maldad de los hombres!

¡Cuántos pecados!... ¡Cómo se pierden las almas! La obstinación de un alma que me ofende hiere profundamente mi Corazón, pero la ternura de un alma que me ama, no solamente cierra la herida sino que aplaca la justicia de mi Padre.

Cuando te envío sufrimientos no creas que por eso te amo menos... Es que necesito remedios para curar las llagas del mundo.

Yo reparo por ti..., tú repara por las almas.

Sí, son muchas las almas que me afligen..., y muchas se pierden... Pero las que más hieren mi Corazón, son éstas que tanto amo y que no se entregan del todo a Mí. Siempre se reservan algo. ¿No les doy Yo mi Corazón entero?

* * *

Consuélame..., ámame..., glorifícame con mi propio Corazón...

Repara con El y satisface con El a la justicia divina...; preséntalo a mi Padre como víctima de amor por las almas..., pero de un modo especial por estas almas que me están consagradas. Vive conmigo... Yo viviré, contigo... Escóndete en Mí, Yo me esconderé en ti... Los dos nos consolaremos mutuamente porque tus penas serán mías y mis penas serán tuyas.

* * *

Hoy me vas a consolar. Entrarás en mi Corazón y te presentarás a mi Padre revestida con todos los méritos de tu Esposo. Le pedirás perdón por tantas almas ingratas y le dirás, que, con tu pequeñez, estás dispuesta a reparar las ofensas que recibe. Que aunque eres una víctima muy miserable, te cubre la Sangre de mi Corazón.

Pasarás así el día, pidiendo perdón y reparando, uniendo tus sentimientos al cielo y al ardor que me devora.

No quiero que las almas se aparten de Mí. ¡Las amo tanto!

Y quiero que sepan que Yo deseo ser su recompensa y su felicidad.

* * *

Estas llagas son las que me hicieron en la Cruz para redimir al mundo de la muerte eterna y darle la vida. Ahora obtienen misericordia y perdón a tantas almas que irritan la cólera del Padre. Y, en adelante les darán luz, fuerza y amor.

Esta llaga (la del Corazón) es el volcán divino donde quiero que se abrasen mis almas escogidas. Es suya, y todas las gracias que encierra son suyas, para que ellas las hagan caer sobre el mundo, sobre tantas y tantas almas que no saben venir a buscarlas y sobre muchas que las desprecian.

Les daré toda la luz necesaria para que sepan aprovechar este tesoro y para que no solamente me hagan conocer y amar, sino también para que reparen las ofensas que continuamente

recibo de los pecadores. Sí, el mundo me ofende, pero se salvará por la reparación de mis almas escogidas.

Ama, porque el amor es reparación y la reparación es amor.

Amor

O sea, intimidad con Aquél que es todo Amor y que se pone al nivel de sus criaturas para pedirles que no le dejen sólo y que le den su amor.

Lo único que quiero es amor. Amor dócil que se deja conducir por Aquel a quien ama... Amor desinteresado que no busca ni su gusto ni su interés, sino los de su Amado... Amor celoso, ardiente, devorador que vence todos los obstáculos que el amor propio le pone delante; éste es el verdadero amor, el que aparta a tantas almas del abismo de perdición en que se precipitan.

Contempla mi Corazón, estúdialo y aprenderás a amar. El verdadero amor es humilde, generoso y desinteresado...; por tanto, si quieres que te enseñe a amarme, como me pides, empieza por olvidarte de ti misma. No cuentes los sacrificios. No mires lo que te cuestan. No examines si una cosa te cuesta o no. Hazlo todo por amor.

Muchas almas creen que el amor sólo consiste en decir: os amo, Jesús mío; pero, no; el amor es suave, trabaja porque ama y todo lo hace amando Así quiero que me ames tú, en todo y siempre; en el trabajo y en el descanso; en la oración y en la acción; en el consuelo, en la tristeza y en la humillación; siempre amando y demostrando el amor en las obras. Esto es amor; si las almas lo entendieran, ¡cuánto adelantarían en la perfección y qué consuelo darían a mi Corazón!

Dime que me amas; es lo que más me consuela.

Quiero que ardas en deseos de verme amado y que tu corazón no se alimente más que de este deseo.

Mira mi Corazón y el fuego que lo consume: es el amor que tengo a las almas, pero, sobre todo, a mis almas escogidas. A ellas reserva mi Corazón un sitio de preferencia..., pero, ¡cuántas no lo saben!

Entra en mi Corazón, gusta su dulzura, embriégate de su paz; deja que tu corazón se embriague al contacto de esta divina llama.

Comparte mis penas, mis tristezas, mis horas de soledad, hazme compañía. Ámame con tantas almas que me dejan solo y me desprecian.

* * *

El amor todo lo hace fácil.

El alma que ama desea sufrir, y el sufrimiento aumenta el amor.

El amor y el sufrimiento unen el alma estrechamente con Dios hasta hacerla una misma cosa con El.

Muchas me reciben bien cuando las visito con la consolación. Muchas me reciben con gusto en la comunión. Pero hay pocas que me reciban bien cuando las visito con mi cruz.

El alma que se ve tendida en la cruz y en ella se abandona, esta alma me glorifica... Esta alma me consuela. Es la que está más cerca de Mí.

¡Pobres almas! Sí, es verdad que hay muchas almas que no me conocen, pero es mayor el número de las que, conociéndome, me han despreciado para seguir una vida de placer. ¡Hay tantas almas sensuales! Y así se pierden porque mi camino es de sufrimiento y de cruz. Lo único que da fuerza para seguirlo es el amor.

Cuando dos almas se aman, la menor falta de delicadeza lastima el corazón. Si tú eres fiel en buscar delicadezas de amor, Yo no me dejaré vencer en generosidad. Tu alma se inundará de paz. Jamás te dejaré sola y serás grande en tu pequeñez, porque Yo mismo viviré en ti.

* * *

Mi Corazón no puede contener el ansia ardiente que le consume, de darse, de entregarse, de quedarse para siempre con los hombres. ¡Ah! ¡cómo deseo que me abran su corazón y que me encierren en él para que este fuego que devora el mío los abra y fortalezca!

Me entrego a las almas y soy para ellas lo que quieren que sea. Si me quieren por Padre seré Padre... Esposo, si me desean por Esposo... Si necesitan fortaleza seré su fortaleza y si desean consolarme me dejaré consolar.

El único anhelo es darme y derramar sobre ellas todas las gracias que mi Corazón les prepara y que no puede contener.

* * *

Déjame dilatarme en ti. Mi grandeza suplirá tu pequeñez. Desde ahora trabajaremos siempre unidos. Yo viviré en ti, tú vivirás para las almas. Mi Corazón lo hará todo, mi misericordia obrará en ti y mi amor anonadará todo tu ser. Cuanto más desaparezcas, más seré Yo tu vida y tú serás mi cielo donde descansaré.

Háblame porque estoy contigo. No estás sola aún cuando no me ves; Yo te veo..., te sigo..., te oigo. Háblame, sonríeme... porque soy tu Esposo, tu compañero inseparable.

Si me agradas es por tu pequeñez. No te pido más que amor y abandono. Quiero que seas como un vaso vacío que Yo me encargaré de llenar. Deja a tu Criador, que El cuidará de su criatura. En cuanto al amor no tengas medida.

Si eres pobre Yo soy rico. Si eres débil Yo soy fuerte. Lo que te pido es que no resistas; Yo te defenderé; si caes, te levantaré y no te dejaré jamás. Tú abandónate: Yo lo haré todo.

Quiero que me lo ofrezcas todo, aun lo más pequeño, para compensar el dolor que me causan las ofensas de las almas, sobre todo de aquellas que me están consagradas.

Quiero que descanses sin miedo en mi Corazón. Míralo y verás que ese fuego es capaz de consumir todo lo imperfecto que hay en ti.

Abandónate a mi Corazón y no pienses más que en darme gusto. Recuerda que soy tu Padre, tu Esposo y tu Dios.

Entra en mi Corazón..., a la nada le es fácil entrar y perderse en este abismo de amor.

No te pido que merezcas las gracias que te concedo, lo que quiero es que las recibas. Yo te enseñaré la escuela donde se aprende esta ciencia. Déjame obrar en ti.

¡Mis ojos están fijos en ti! Tú fíjalos en Mí y abandónate.

No me importa tu nada, ni tu debilidad, ni aun tus caídas. Mi sangre todo lo borra; bástate a ti saber que te amo. Abandónate.

Es tanto lo que me agrada un alma cuando se abandona a Mí de verdad, que aunque esté llena de imperfecciones y miserias hago de ella un cielo donde me deleito en morar.

Si todo me lo abandonas, todo lo encontrarás en mi Corazón.

Necesito corazones que me amen, almas que reparen, víctimas que se inmolen..., pero, sobre todo, almas que se abandonen.

Déjate llevar con los ojos cerrados que Yo soy tu Padre y los tengo abiertos para conducirte y guiarte.

Cuando pronuncias esta palabra: ¡Padre!, mi Corazón se obliga a cuidar de ti... No sabes cómo se alegran los padres cuando su hijito empieza a hablar y pronuncia el nombre tan tierno de ¡padre!...; al oírlo le abren los brazos y lo estrechan contra su corazón con tanta ternura y amor que experimentan un goce muy superior a todos los placeres de este mundo. Pues si esto sucede a un padre, a una madre, de la tierra, ¿cuál será el deleite de Aquel que es a la vez Padre, Madre, Dios, Creador, Salvador y Esposo? ¿Qué corazón puede igualar al mío en ternura y amor?

Sí, alma querida, cuando estés oprimida y angustiada, ven, acude a Mí, dime «Padre» y descansa en mi Corazón.

Si no puedes postrarte a mis pies como quisieras, en medio de tu trabajo, repite esta palabra: ¡Padre! Y Yo te ayudaré, te sostendré, te guiaré y te consolaré.

* * *

Mira mi Corazón. Este es el libro en que debes meditar. El te enseñará todas las virtudes, y, sobre todo el celo de mi gloria y de la salvación de las almas.

Mira bien mi Corazón. Es el asilo de los miserables, y, por consiguiente, el tuyo, porque, ¿quien más miserable que tú?

Mira el fondo de mi Corazón. Es el crisol donde se purifican los corazones más manchados y después son inflamados en el amor. Ven, acércate a este horno; deja aquí tus miserias y tus pecados. Ten confianza y cree en Mí, que soy tu Salvador.

Mira aun más mi Corazón. Es el manantial de agua viva. Arrójate en él y bebe hasta apagar tu sed. Deseo y quiero que todas las almas acudan a este manantial para que encuentren en él su refrigerio.

En cuanto a ti, te he colocado muy adentro de mi Corazón, porque como eres tan pequeña, tú sola no hubieras podido venir... Aprovecha y bebe las gracias que te doy. Deja que mi amor trabaje en ti y sigue siendo muy pequeña.

Si dices bien que soy bueno, para conocerlo no hace falta más que una cosa: unión y vida interior.

Si mis almas vivieran más unidas a Mí, me conocerían mejor.

Este será nuestro trabajo en el Cielo: enseñar a las almas a vivir unidas a Mí, no como si estuviera lejos, sino que me consideren en su alma, pues por gracia vivo dentro de ellas.

Si mis almas escogidas viven unidas a Mí y me conocen de verdad, ¡cuánto bien podrán hacer a tantas otras, que viven lejos de Mí y no me conocen!

Cuando mis almas se unen estrechamente a mi Corazón, saben cuán ofendido soy..., conocen mis sentimientos... Entonces, me consuelan y, llenas de confianza en mi bondad, piden perdón y obtienen gracia para el mundo.

Yo te amo porque eres pequeña y porque tu pequeñez me la has dado a Mí.

Confianza

Es decir, estar segura de Aquel que es Bondad y Misericordia y que llama a las almas de un, modo especial, para que vivan con El, y, conociéndole, todo lo esperen de El.

¿Tus pecados? ¡Yo los borro!... ¿Tus miserias? ¡Yo las consumo!... ¿Tu debilidad? ¡Yo la sostengo!... Vivamos unidos los dos.

Cuanto mayor sea tu miseria, más te levantará mi poder. Te enriqueceré con mis dones. Si me eres fiel tendré en tu alma una morada donde guarecerme cuando las almas me arrojen de sí por el pecado. Yo descansaré en ti y tú hallarás en Mí la vida.

Si tú eres un abismo de miseria, Yo soy un abismo de bondad y misericordia. Todo lo que necesites ven a buscarlo en mi Corazón, incluso lo que Yo te pido. Ten confianza y amor.

No mires tu poquedad, mira la omnipotencia de mi Corazón que te sostiene. Soy tu fortaleza y el reparador de tu miseria.

Si estás en mis manos, ¿qué puedes temer? No dudes de la bondad y del amor de mi Corazón. Tu miseria me atrae... Sin Mí, ¿qué serías?... Cuando más pequeña seas, más cerca estaré de ti.

No te aflijas demasiado por tus caídas, pues nada necesito para hacer de ti una santa. Pero no me resistas, déjame obrar, humíllate, que Yo te buscaré en tu nada para unirte a Mí. Recuerda que tu nada y tu miseria son el imán que atraen mis miradas. No te desalientes porque en tu fragilidad resplandece más mi misericordia.

Mi Corazón encuentra consuelo perdonando. No tengo más deseo que perdonar ni mayor alegría que perdonar.

Cuando, después de una caída, un alma vuelve a Mí, es tan grande el consuelo que me da que casi resulta para ella un beneficio, porque la miro con particular amor. Nada me importa su

miseria, si su único deseo es darme gloria y consuelo. A pesar de su pequeñez, alcanza muchas gracias para otras almas...

Cuando un alma desea ser fiel, Yo la sostengo en su debilidad, y sus mismas caídas mueven a obrar, con mayor eficacia, mi bondad y mi misericordia. Pero es preciso que el alma se humille y se esfuerce, no para hallar su propia satisfacción, sino para darme gloria.

No puedes figurarte cómo agrada a mi Corazón perdonar faltas que son de pura fragilidad. Estate tranquila. Porque eres así de frágil he fijado en ti mis ojos.⁷

* * *

Yo deseo aprisionarte de todo en mi Corazón porque mi amor hacia ti es sin medida. Y a pesar de todas tus faltas y todas tus miserias quiero servirme de ti para dar a conocer a las almas mi amor y mi misericordia.

¡Son tantas las que desconocen la bondad de mi Corazón! Y es mi único deseo, que estas almas que tanto amo se pierdan en el abismo sin fondo de mi Corazón.

No tengas miedo: soy tu Salvador... Soy tu Esposo...; ¡qué poco conocen las almas estos dos nombres! Esta es la obra que quiero hacer en ti: el deseo más ardiente de mi Corazón es que las almas se salven, y quiero que mis esposas conozcan con qué facilidad pueden ganarme almas. Yo haré conocer por tu medio el tesoro que muchas veces dejan perder, porque no profundizan bastante estos dos nombres: Salvador y Esposo.

Mi Corazón te ama y tu pequeñez no me asusta; antes por ella he fijado en ti mis ojos y te amo con la locura de un Dios.

Yo soy el sol que te da a conocer tu miseria. Cuanto más grande la veas más debes aumentar hacia Mí tu ternura y amor. No temas.

Tu corazón es una tierra viciada que no puede producir fruto bueno. Pero Yo soy el Jardinero que cultivará esa partecita de tierra. Enviaré un rayo de sol que la purifique, y mi mano sembrará...

⁷ Para todo esto párrafo léase la nota del opúsculo UN MENSAJE DEL CORAZON DE JESUS.

* * *

Mi Cruz se apoyará sobre tu miseria y Yo descansaré en tu pequeñez. Mi Cruz te fortalecerá, y Yo te sostendré. Toma mi Cruz y no tengas miedo; nunca será mayor que tus fuerzas, porque está medida y pesada en la balanza del amor.

Cuanto más miserable es una cosa, con tanta más facilidad se la mueve. Como no eres nada me sirvo de ti como quiero.

No creas que a causa de tus miserias voy a dejar de amarte, no; mi Corazón te ama y no te abandonará. Ya sabes que la propiedad del fuego es destruir y abrasar..., así la propiedad de mi Corazón es perdonar, purificar y amar.

Ya sé que no tienes sino miseria y debilidades, pero como soy fuego que purifica, te abrasaré en la llama de mi Corazón y te destruiré. ¿No te he dicho varias veces que mi único deseo es que las almas me den sus miserias? Si no te atreves a acercarte a Mí, Yo me acercaré a ti.

Cuantas más miserias encuentro en ti, más amor encontrarás tú en Mí. Tu miseria no me importa; ya verás lo que Yo, que soy Todo, hago con tu miseria.

Tu pequeñez ha dado lugar a mi grandeza..., tu miseria y aun tus pecados, a mi misericordia..., y tu confianza a mi amor y a mi bondad.

Ven..., apóyate en mi Corazón y descansa en El.

* * *

Cuando un rey o un príncipe toma por esposa a la hija de uno de sus cortesanos, se obliga a darle cuanto es necesario para el rango a que la quiere elevar. Yo soy el que os he escogido. Por lo tanto, estoy obligado a proveeros de todo cuanto necesitáis. .

No os pido más de lo que tenéis. Dadme el corazón vacío que Yo lo llenaré... Dádmelo desnudo de todo, que Yo lo revestiré... Dádmelo con vuestras miserias que Yo las consumiré... Yo soy el suplemento. Yo soy la luz. Lo que no veis os lo mostraré. Lo que no tenéis Yo lo supliré...

* * *

Hay muchas almas que creen en Mí, pero pocas que creen en mi amor. Y todavía son menos las que conocen mi misericordia... Muchas me conocen como Dios, pero pocas confían en Mí como Padre.

Yo me daré a conocer.., y haré ver a mis almas predilectas que no les pido lo que no tienen. Lo que exijo es que me den todo lo que poseen, pues todo me pertenece.

Si no tienen más que miserias y debilidades, Yo las deseo... Si pecados, los pido también; dádmelos, os lo suplico, pero dádmelos todos, y quedaos solamente con esta confianza en mi Corazón: os perdonaré, os amaré y os santificaré.

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

*Josefa,
Esposa y víctima de mi Corazón,
voy a hablarte de mi Pasión,
para que sea el objeto constante de tu
pensamiento y de mis confidencias
con las almas.*

En la Cuaresma de 1923, Nuestro Señor reveló a sor Josefa Menéndez los sentimientos de su corazón durante su Sagrada Pasión.

Sor Josefa recibía de rodillas las confidencias de su Maestro y mientras El hablaba, las escribía.

Estas páginas contienen, en parte, esas divinas confidencias.

22 de febrero de 1923.

Lavatorio de los pies

Voy a empezar por descubrirte los sentimientos que embargaban mi Corazón cuando lavé los pies a mis apóstoles.

Fíjate bien que reuní a los doce. No quise excluir a ninguno. Allí se encontraban Juan, el discípulo Amado, y Judas, el que dentro de poco había de entregarme a mis enemigos.

Te diré por qué quise reunirlos a todos, y por qué empecé por lavarles los pies.

* * *

Los reuní a todos, porque era el momento en que mi Iglesia iba a presentarse en el mundo, y pronto no habría más que un sólo Pastor para todas las ovejas.

Quería también enseñar a las almas, que aún cuando estén cargadas de los pecados más atroces, no las excluyo de las gracias, ni las separo de mis almas más amadas; es decir, que a unas y a otras las reúno en mi Corazón y les doy las gracias que necesitan.

¡Qué congoja sentí en aquel momento, sabiendo que en el infortunado Judas estaban representadas tantas almas que reunidas a mis pies y lavadas muchas veces con mi Sangre habían de perderse!...

Sí, en aquel momento quise enseñar a los pecadores, que no porque estén en pecado deben alejarse de Mí, pensando que ya no tienen remedio y que nunca serán amados como antes de pecar. No, ¡pobres almas! ¡No son estos los sentimientos de un Dios, que ha derramado toda su Sangre por vosotras!...

¡Venid a Mí todos!, y no temáis porque os amo; os lavaré con mi Sangre y quedaréis tan blancos como la nieve. Anegaré

vuestros pecados en el agua de mi misericordia y nada será capaz de arrancar de mi Corazón el amor que os tengo...

* * *

Josefa, déjate penetrar del más ardiente deseo de que todas las almas y sobre todo los pecadores vengan a purificarse en el agua de la penitencia..., que se penetren de sentimientos de confianza y no de temor, porque soy Dios de misericordia y siempre estoy dispuesto a recibirlas en mi Corazón.

25 de febrero.

El Cenáculo

Vamos a proseguir nuestros secretos de amor.

Hoy te diré una de las razones que me indujeron a lavar los pies a mis apóstoles antes de la cena.

* * *

Fue, primeramente, para mostrar a las almas cuánto deseo que estén limpias y blancas cuando me reciben en el Sacramento de mi Amor.

Fue también para representar el Sacramento de la Penitencia, en el que las almas que han tenido la desdicha de caer en el pecado, pueden lavarse y recobrar su perdida blancura.

Quise lavarles Yo mismo los pies, para enseñar a las almas que se dedican a los trabajos apostólicos, a humillarse y tratar con dulzura a los pecadores y a todas las almas que les están confiadas.

Quiero ceñirme con un lienzo para indicarles que para obtener buen éxito con las almas, hay que ceñirse con la mortificación y la propia abnegación. También quise enseñarles la mutua caridad y cómo se deben lavar las faltas que se observan en el prójimo, disimulándolas y excusándolas siempre, sin divulgar jamás los defectos ajenos.

En fin, el agua que derramé sobre los pies de mis apóstoles, era imagen del cielo que consumía mi Corazón, en deseos de la salvación de los hombres.

* * *

En aquel momento, próxima ya la Redención del género humano, mi Corazón no podía contener sus ardores, y como era infinito el Amor que sentía por los hombres, no quise dejarlos huérfanos.

Para vivir con ellos hasta la consumación de los siglos y demostrarles mi Amor, quise ser su aliento, su sostén, su vida, su todo...

¡Ah! ¡Cómo quisiera hacer conocer los sentimientos de mi Corazón a todas las almas! ¡Cuánto deseo que se penetren del amor que sentía por ellas, cuando en el Cenáculo instituí la Eucaristía!

En aquel momento vi a todas las almas, que en el transcurso de los siglos habían de alimentarse de mi Cuerpo y de mi Sangre y los efectos divinos producidos en muchísimas...

* * *

¡En cuántas almas esa Sangre inmaculada engendraría la pureza y la virginidad! ¡En cuántas encendería la llama del amor y del cielo! ¡Cuántos mártires de amor se agrupaban en aquella hora ante mis ojos y en mi Corazón!.. ¡Cuántas otras almas, después de haber cometido muchos y graves pecados, debilitadas por la fuerza de la pasión vendrían a Mí para renovar su vigor con el Pan de los fuertes!

¡Ahí ¡Quién podrá penetrar los sentimientos de mi Corazón en aquellos momentos! Sentimientos de Amor, de gozo, de ternura... Mas..., ¡cuánta fue también la amargura que embargó mi Corazón!

* * *

Continuaré, Josefa. Vete en paz. Consuélame y no temas; porque mi Sangre no se ha agotado, y ella purifica tu alma...

La Eucaristía Y los pecadores

Quiero manifestar a mis almas la amargura de que estaba poseído mi Corazón durante la última Cena. Pues si era grande mi alegría de hacerme compañero de los hombres hasta el fin de los siglos, y alimento divino de las almas y veía cuántas me rendirían homenaje de adoración, de reparación y de amor..., no fue menor la tristeza que me causó el ver cuántas habían de abandonarme en el Sagrario, y cuántas no creerían en la presencia real.

¡En cuántos corazones manchados por el pecado tendría que entrar y cómo mi Carne y mi Sangre, así profanadas, habían de convertirse en causa de condenación para muchas almas!...

¡Ah! ¡Cómo vi en aquel momento todos los sacrilegios y ultrajes y las tremendas abominaciones que habían de cometerse contra Mí. ¡Cuántas horas habría de pasar solo en el Sagrario!... ¡Cuántas noches!... ¡Cuántas almas rechazarían los llamamientos amorosos que desde esa morada les dirigiría!...

Por amor a las almas, me quedo prisionero en la Eucaristía para que en todas sus penas y aflicciones puedan venir a consolarse con el más tierno de los corazones, con el mejor de los padres, con el amigo más fiel. Más. ¡Ese Amor que se deshace y se consume por el bien de las almas, no ha de ser correspondido!...

Habito en medio de los pecadores para ser su salvación y su vida, su médico y su medicina en todas las enfermedades de su naturaleza corrompida, y ellos, en cambio, se alejan de Mí, me ultrajan y me desprecian...

¡Pobres pecadores! No os alejéis de Mí... Os espero día y noche en el Sagrario... No os reprenderé vuestros crímenes..., no os echaré en cara vuestros pecados... Lo que haré será lavaros con la Sangre de mis Llagas; no temáis... Venid a Mí... ¡No sabéis cuánto os amo!...

Y vosotras, almas queridas..., ¿por qué estáis frías e indiferentes a mi Amor? Sé que tenéis que atender a las necesidades de vuestra familia, de vuestra casa, y que el mundo os solicita sin

censar...; pero, ¿no tendréis un momento para venir a darme una prueba de amor y de agradecimiento?... No os dejéis llevar de tantas preocupaciones inútiles, y reservad un momento al Prisionero de Amor.

Si vuestro cuerpo está débil y enfermo, ¿no procuráis hallar un momento para ir a buscar al médico que debe curaros? Venid al que puede haceros recobrar las fuerzas y la salud del alma... Dad una limosna de amor a este Mendigo Divino que os espera, os llama, y os desea.

6 de marzo.

La Eucaristía y las almas consagradas

Josefa, voy a hablarte del mayor Misterio de Amor hacia mis almas escogidas y consagradas.

* * *

En el momento de instituir la Eucaristía vi presentes a todas las almas privilegiadas que habían de alimentarse con mi Cuerpo y con mi Sangre y los diferentes efectos producidos en ellas. Para unas, sería remedio a su debilidad; para otras, fuego que consumiría sus miserias y las inflamaría en amor.

¡Ah!... Esas almas reunidas ante Mí serán como un inmenso jardín en el que cada planta produce diferente flor; pero todas me recrean con su perfume. Mi Sagrado Cuerpo será el sol que las reanime. Me acercaré a unas para consolarme, a otras para ocultarme, en otras descansaré. Si supierais, almas amadísimas, cuán fácil es consolar, ocultar y descansar a todo un Dios!

Este Dios que os ama con amor infinito, después de libraros de la esclavitud del pecado, ha sembrado en vosotros la gracia incomparable de la vocación religiosa, os ha traído de un modo misterioso al jardín de sus delicias. Este Dios Redentor vuestro se ha hecho vuestro Esposo.

El mismo os alimenta con su Cuerpo purísimo, y con su Sangre apaga vuestra sed. En El encontraréis el descanso y la felicidad.

* * *

Qué amargura sentí en mi Corazón cuando vi a tantas almas que, después de haberlas colmado de bienes y de caricias, habían de ser motivo de tristeza para mi Corazón. ¿No soy siempre el mismo?... ¿Acaso he cambiado para vosotras?... No, Yo no cambiaré jamás, y hasta el fin de los siglos os amaré con predilección y con ternura.

Sé que estáis llenas de miserias, pero esto no me hará apartar de vosotras mis miradas más tiernas, y con ansia os estoy ESPERANDO, no sólo para aliviar vuestras miserias, sino también para colmaros de nuevos beneficios.

Si os pido amor, no me lo neguéis; es muy fácil amar al que es el Amor mismo.

Si os pido algo costoso a vuestra naturaleza, os doy juntamente la gracia y la fuerza necesaria para vencerlos.

Os he escogido para que seáis mi consuelo. Dejadme entrar en vuestra alma, y si no encontráis en ella nada que sea digno de Mí, decidme con humildad y confianza: Señor, ya veis los frutos y las flores que produce mi jardín. Venid y decidme qué debo hacer para que desde hoy empiece a brotar la flor que deseáis.

Si el alma me dice esto con verdadero deseo de probarme su amor le responderé: Alma querida, para que tu jardín produzca hermosas flores, deja que Yo mismo las cultive; deja que Yo labre la tierra; empezaré por arrancar hoy esta raíz que me estorba y que tus fuerzas no alcanzan a quitar. No te turbes si te pido el sacrificio de tus gustos, de tu carácter..., tal acto de caridad, de paciencia, de abnegación..., de celo, de mortificación, de obediencia. Este es el abono que mejorará la tierra y la hará producir flores y frutos. La victoria sobre tu carácter, en tal ocasión, obtendrá luz para un pecador; con esta contrariedad soportada con alegría, cicatrizarás las heridas que me hizo con su pecado, repararás la ofensa y expiarás su falta... Si no te turbas al recibir esta advertencia y la

aceptas con cierto gozo alcanzarás que las almas a quienes ciega la soberbia abran los ojos a la luz y pidan humildemente perdón.

Esto haré Yo en tu alma si me dejas trabajar libremente: en ella no sólo brotarán flores en seguida, sino que darás gran consuelo a mi Corazón...

Señor, ya veis que estaba dispuesta a dejaros hacer de mí lo que quisierais y no sé cómo he caído y os he disgustado. ¿Me perdonaréis? ¡Soy tan miserable!... ¡No sirvo para nada!...

Sí, alma querida, sirves para consolarme. No te desanimes, porque si no hubieses caído tal vez no hubieras hecho este acto de humildad y de amor que la falta te obliga a hacer y que tanto me consuela. Animo y adelante. Déjame trabajar en ti.

Todo esto se me puso delante al instituir la Eucaristía: El Amor me encendía en deseos de ser el alimento de las almas. No me quedaba entre los hombres para vivir solamente con los perfectos, sino para sostener a los débiles y alimentar a los pequeños. Yo los haré crecer y robusteceré sus almas. Descansaré en sus miserias y sus buenos deseos me consolarán.

* * *

«Pero, ¡ay, Josefa! Entre las almas escogidas, ¿no habrá algunas que me causen pena?... ¿Perseverarán todas?... Este es el grito de dolor que se escapa de mi Corazón. Este es el gemido que quiero oigan las almas.»

* * *

«Basta por hoy. Adiós. No sabes cuánto me consuelas cuando te entregas a Mí con entero abandono... No todos los días puedo hablar a las almas. Deja que paré ellas, te diga mis secretos... Déjame aprovechar los días de tu vida»...

La Eucaristía, maravilla del Amor desconocido

«Escribe lo que sufrió mi Corazón en aquella hora, cuando no pudiendo contener el fuego que me consume, inventé esta maravilla de amor: la Eucaristía.

Al contemplar entonces a todas las almas que habían de alimentarse de este Pan Divino, vi también las ingratitudes y frialdades de muchas de ellas en particular de tantas almas escogidas..., de tantas almas consagradas..., de tantos sacerdotes... ¡Cuánto sufrió mi Corazón! Vi cómo se irían enfriando, entrando la rutina, el cansancio, el disgusto, caerían poco a poco en la tibieza.

* * *

¡Y estoy en el Sagrario por ellas! ¡Y espero! Deseo que esa alma venga a recibirme, que me hable con confianza de esposa, que me cuente sus penas..., que me pida consejo y solicite mis gracias...

Ven, le digo..., dímelo todo con entera confianza... Pregúntame por los pecadores.... Ofrécete para reparar... Prométeme que hoy no me dejarás solo... Mira si mi Corazón desea algo de ti que le pueda consolar...

Esto esperaba Yo de aquella alma, ¡y de tantas! Mas cuando se acerca a recibirme apenas me dice una palabra, porque está distraída, cansada o contrariada. Su salud la tiene intranquila, sus ocupaciones la desazonan y la familia le preocupa... — «No sé qué decir..., estoy fría..., me aburro —y pasa el rato deseando salir de la capilla— ¡No se me ocurre nada!...» — ¿Y así vas a recibirme, alma a quien escogí y a quien he esperado con impaciencia toda la noche?...

Sí, la esperaba para descansar en ella, le tenía preparado alivio para todas sus inquietudes; la aguardaba con nuevas gracias, pero..., como no me las pide..., no me pide consejo ni fuerza..., tan sólo se queja y apenas se dirige a Mí. Parece que ha venido por cumplimiento..., porque es costumbre y porque no tiene pecado

mortal que se lo impida. Pero no por amor, no por verdadero deseo de unirse íntimamente a Mí. ¡Qué lejos está esa alma de aquellas delicadezas de amor que Yo esperaba de ella!...

* * *

¿Y aquel sacerdote?... ¿Cómo diré todo lo que espera mi Corazón de mis sacerdotes?... Los he revestido de mi poder para absolver los pecados. Obedezco a una palabra de sus labios y bajo del Cielo a la tierra; y estoy a su disposición y me dejo llevar de sus manos; ya para colocarme en el Sagrario, ya para darme a las almas en la Comunión...

He confiado a cada uno de ellos cierto número de almas para que con su predicación, sus consejos y, sobre todo, su ejemplo, las guíen y las encaminen por el camino de la virtud y del bien.

¿Cómo responden a este llamamiento?... ¿Cómo cumplen esta misión de amor?... Hoy, al celebrar el santo sacrificio, al recibirme en su corazón, ¿me confiará aquel sacerdote las almas que tiene a su cargo?... ¿Reparará las ofensas que sabe que recibo de tal pecador?... ¿Me pedirá fuerza para desempeñar su ministerio, celo para trabajar en la salvación de las almas?... ¿Recibiré el amor que de él espero?... ¿Podré descansar en él como en un discípulo amado?...

¡Ahí ¡Qué dolor tan agudo siente mi Corazón!... ¡Los mundanos hieren mis manos y mis pies, manchan mi rostro, pero las almas escogidas, mis esposas, mis ministros, desgarran y destrozan mi Corazón.

Este fue el más terrible dolor que sentí en la Cena cuando vi entre los doce al primer Apóstol infiel, representando a tantos otros que en el transcurso de los siglos habían de seguir su ejemplo.

La Eucaristía es invención del Amor, es vida y fuerza de las almas, remedio para todas las enfermedades, viático para el paso del tiempo a la eternidad.

Los pecadores encuentran en ella la vida del alma; las almas tibias, el verdadero calor; las almas puras, suave y dulcísimo néctar; las fervorosas, su descanso y el remedio para calmar todas sus ansias; las perfectas almas, para elevarse a mayor perfección.

En fin, las almas religiosas hallan en ella su nido, su amor, y, por último, la imagen de los benditos y sagrados votos que las unen íntima e inseparablemente al Esposo Divino.

12 de marzo.

Getsemaní

Josefa, ven Conmigo, vamos a Getsemaní... Deja que tu alma se penetre de los mismos sentimientos de tristeza y amargura que inundaron la mía en aquella hora.

* * *

Después de haber predicado a las turbas, curado los enfermos, dado vista a los ciegos, resucitado a los muertos... después de haber vivido tres años en medio de mis Apóstoles para instruirlos y confiarles mi doctrina... les había enseñado, con mi ejemplo, a amarse, a soportarse mutuamente, a practicar la caridad lavándoles los pies y haciéndome su alimento.

Se acercaba la hora para la que el Hijo de Dios se había hecho hombre... Redentor del género humano, iba a derramar su Sangre y dar su vida por el mundo...

En esa hora quise ponerme en oración y entregarme a la Voluntad de mi Padre.

¡Almas queridas! Aprended de vuestro modelo que la única cosa necesaria, aunque la naturaleza se rebele, es someterse con humildad y entregarse a la voluntad de Dios.

También quise enseñar a las almas que toda acción importante debe ir prevenida y vivificada por la oración, porque en la oración se fortifica el alma para lo más difícil y Dios se comunica a ella, y la aconseja e inspira, aun cuando el alma no lo sienta.

Me retiré al huerto con tres de mis discípulos para enseñaros, almas amadas de mi Corazón, que las tres potencias de vuestra alma deben acompañaros y ayudaros en la oración.

Recordad con la memoria los beneficios divinos, las perfecciones de Dios; su bondad, su poder, su misericordia, el amor que os

tiene. Buscad después con el entendimiento cómo podréis corresponder a las maravillas que ha hecho por vosotras...

Dejad que se mueva vuestra voluntad, a hacer por Dios lo más y lo mejor, a consagraros a la salvación de las almas, ya por medio de vuestros trabajos apostólicos, ya por vuestra vida humilde y oculta, o en el retiro o silencio por medio de la oración. Postraros humildemente, como criaturas en presencia de su creador, y adorad sus designios sobre vosotras, sean cuales fueren, sometiendo vuestra voluntad a la divina.

Así me ofrecí Yo para realizar la obra de la Redención del mundo.

¡Ahí ¡Qué momento aquel en que sentí venir sobre Mí todos los tormentos que había de sufrir en mi Pasión: las calumnias, los insultos, los azotes, la corona de espinas, la sed, la Cruz!... Todo se agolpó ante mis ojos y dentro de mi Corazón. Al mismo tiempo vi las ofensas; los pecados y las abominaciones que se cometerían en el transcurso de los siglos, y no solamente los vi, sino que me sentí revestido de todos esos horrores y así me presenté a mi Padre Celestial para implorar misericordia.

Me ofrecía como fiador para calmar su cólera y aplacar su ira.

Pero viendo tanto pecado y tantos crímenes, mi naturaleza humana experimentó terrible angustia y mortal agonía, hasta tal punto, que sudé sangre.

¡Oh! Almas que me hacéis sufrir de esta manera, ¿será esta sangre salud y vida para vosotras?... ¿Será posible que esta angustia, esta agonía y esta sangre sean inútiles para tantas y tantas almas?...

Aquí nos quedaremos hoy, Josefa. Permanece a mi lado en Getsemaní y deja que mi Sangre riegue y fortifique la raíz de tu pequeñez.

Sueño de los Apóstoles

Josefa, vamos a continuar nuestra oración en Getsemaní. Colócate a mi lado, y cuando me veas sumergido en un mar de tristeza, ven conmigo a buscar a los tres discípulos que se han quedado a cierta distancia.

Los había traído para que me ayudasen, compartiendo mi angustia... para que hiciesen oración conmigo... para descansar en ellos... pero ¿cómo expresar lo que experimentó mi Corazón cuando fui a buscarlos y los encontré dormidos?... ¡Cuán triste es verse solo sin poder confiarse a los suyos!...

¡Cuántas veces sufre mi Corazón la misma angustia... y queriendo hallar alivio en mis almas las encuentro dormidas!...

Más de una vez quiero despertarlas y sacarlas de sí mismas, de sus vanos e inútiles entretenimientos; contestan, sino con palabras con obras: Ahora no puedo, estoy demasiado cansada, tengo mucho que hacer... Esto perjudica a mi salud; necesito un poco de paz...

Insisto y digo suavísimamente a esa alma: No temas: Si dejas por Mí ese descanso, Yo te recompensaré. Ven a orar Conmigo tan sólo una hora. Mira que en este momento es cuando te necesito. ¡Si te detienes ya será tarde!... Y ¡cuántas veces oigo la misma respuesta!

¡Pobre alma! ¡No has podido velar una hora Conmigo! Dentro de poco vendré y no me oirás, porque estarás dormida... Desearé concederte una gracia y no podrás recibirla... Y ¡quién sabe si después tendrás fuerzas para despertar!... Mira que si vas perdiendo alimento, se debilitará tu alma y no podrás salir de este letargo...

A muchas almas las ha sorprendido la muerte en medio de un profundo sueño y, ¿dónde y cómo se han despertado?

¡Almas queridas!, quise enseñaros aquí cuán inútil y vano es buscar alivio en las criaturas. ¡Cuántas veces están dormidas y en vez de hallar el descanso que buscáis se llena vuestro corazón de

amargura, porque no corresponden a nuestros deseos, ni a nuestro cariño!

* * *

Volviendo en seguida a la oración me prosterné de nuevo, adoré al Padre y le pedí ayuda, diciéndole: «Padre Mio.» Pedidle alivio, exponedle vuestros sufrimientos, vuestros temores y con gemidos recordadle que sois sus hijos; que vuestro corazón se ve tan oprimido, que parece a punto de perder la vida... Que vuestro cuerpo sufre tanto que ya no tiene fuerza para más... Pedid con confianza de hijas y esperad, que vuestro Padre os aliviará y os dará la fuerza necesaria para pasar esta tribulación vuestra o de las almas que os están confiadas.

* * *

¡Mi alma triste y desamparada padecía angustias de muerte! Me sentí agobiado con el peso de las más negras ingratitudes.

La sangre que brotaba de todos los poros de mi Cuerpo, y que dentro de poco saldría de todas mis heridas, sería inútil para gran número de almas. ¡Muchas se perderían... Muchísimas me ofenderían y otras no me conocerían siquiera...!

Derramaría mi Sangre por todas y mis méritos serían aplicados a cada una de ellas... ¡Sangre Divina!... ¡Méritos infinitos...! Y, sin embargo, ¡inútiles para tantas y tantas almas...!

¡Acepté el cáliz para apurarlo hasta las heces...!

Todo para enseñaros, almas queridas, a no volver atrás a la vista de los sufrimientos y a no creerlos inútiles aun cuando no veáis el resultado. Someted vuestro juicio y dejad que la Voluntad Divina se cumpla en vosotras.

Yo no retrocedí, antes al contrario, sabiendo que era en el huerto donde habían de prenderme, permanecí allí... No quise huir de mis enemigos...

* * *

Lo dejaremos para mañana... Hoy quédate a mi disposición para que te encuentre despierta si te necesito.

Traición de Judas

Después que fui confortado por el enviado de mi Padre, vi que Judas, uno de mis doce Apóstoles, se acercaba a Mí, y tras él venían todos los que me habían de prender...; llevaban en las manos cuerdas, palos, y toda clase de instrumentos para sujetarme.

Me levanté y acercándome a ellos les dije: ¿A quien buscáis?

Entretanto, Judas, poniendo las manos sobre mis hombros me besó. ¡Ahí, ¿qué haces Judas?... ¿Qué significa este beso?

También puedo decir a muchas almas: ¿Qué hacéis?... ¿Por qué me entregáis con un beso?...

¡Alma a quien amo!..., dime tú que vienes a Mí, que me recibes en tu pecho..., que me dirás más de una vez que me amas..., ¿no me entregarás a mis enemigos cuando salgas de aquí?... Ya sabes que en esa reunión que frecuentas hay piedras que me hieren fuertemente, es decir, conversaciones que me ofenden... tú que me has recibido hoy y que me vas a recibir mañana, pierdes ahí la blancura preciosa de mi gracia!...

¿Seguirás con ese asunto que te ensucie las manos?... ¿No sabes que no es lícito el modo como adquieres ese dinero, alcanzas esa posición, te procuras ese bienestar?...

Mira que obras como Judas...; ahora me recibes y me besas; dentro de unos instantes o de unas horas me prenderán los enemigos y tú mismo les darás la señal para que me conozcan...

Con esa amistad peligrosa, no sólo me atas y me apedreas, sino que eres causa de que tal persona me ate y apedree también...

¿Por qué me entregas así, alma que me conoces y que en más de una ocasión te has gloriado de ser piadosa y de ejercer la caridad?... Cosas todas que en verdad podían hacerte adquirir grandes méritos, mas, ¿qué vienen a ser para ti, sino un velo que cubre tu delito?...

¡Alma querida!, ¿por qué te dejas llevar de esa pasión?...; no te pido que te libres de ella, pues eso no está en tu mano; pero sí pido que trabajes, que luches, que no te dejes dominar. Mira que el placer momentáneo que te proporciona es como los treinta denarios en que me vendió Judas, los cuales no le sirvieron sino para su perdición.

¡Cuántas almas me han vendido y me venderá!, por el vil precio de un deleite, de un placer momentáneo y pasajero! ¡Ah, pobres almas! ¿A quién buscáis?... ¿Es a Mí?.. ¿Es a Jesús a quien conocéis, a quien habéis amado y con quien habéis hecho alianza eterna?

Dejad que os diga una palabra: Velad y orad. Luchad sin descanso y no dejéis que vuestras malas inclinaciones y defectos lleguen a ser habituales...

Mirad que hay que segar la hierba todos los años y quizá en las cuatro estaciones, que la tierra hay que labrarla, y limpiarla, hay que mejorarla y cuidar de arrancar las malezas que en ella brotan.

El alma también hay que cuidarla con mucho esmero, y las tendencias torcidas hay que enderezarlas.

No creáis que el alma que me vende y se entrega a los mayores desórdenes empezó por una falta grave. Esto puede suceder, pero no es lo corriente. En general, las grandes caídas empezaron por poca cosa; un gustillo, una debilidad, un consentimiento quizá lícito, pero poco mortificado; un placer no prohibido, pero poco conveniente... El alma se va cegando, disminuye la gracia, se robustece la pasión y, por último, vence.

¡Ah, cuán triste es para el corazón de un Dios que ama infinitamente a las almas ver tantas que se precipitan insensiblemente en el abismo!...

Traiciones de las almas escogidas

Josefa, te he dicho cómo las almas que pecan gravemente me entregan a mis enemigos y el arma con que me hieren es el pecado...

Pero no siempre se trata de grandes pecados...; hay almas, y aun almas escogidas, que me traicionan y me entregan con sus defectos habituales, con sus malas inclinaciones, no combatidas, con concesiones a la naturaleza inmortificada, con faltas de caridad, de obediencia, de silencio... Y si es triste recibir una ofensa o una ingratitud de cualquier alma, mucho más cuando viene de almas escogidas y las más amadas de mi Corazón.

Otras, sin embargo, pueden reparar y consolarme.

Sí, almas que he escogido para que seáis mi descanso y el jardín de mis delicias; espero de vosotras mucha mayor ternura, mucha mayor delicadeza, mucho más amor...

De vosotras espero que seáis el bálsamo que cicatrice mis heridas, que limpie mi rostro, afeado y manchado..., que me ayudéis a dar luz a tantas almas ciegas que en la oscuridad de la noche me prenden y me atan para darme muerte.

* * *

No me dejéis solo... Despertad y venid..., porque ya llegan mis enemigos...

Cuando se acercaron a Mí los soldados para prenderme, les dije: «Yo Soy». Lo mismo repito al alma que se acerca al peligro y e la tentación: «Yo Soy, Yo Soy.» Si tú quieres estás a tiempo todavía, te perdonaré, y en vez de atarme tú con las cuerdas del pecado, Yo te ataré a ti con ligaduras de amor.

¡Ven! Yo soy... Soy el que te ama y ha derramado toda su Sangre por ti, y el que tiene tal compasión de tu debilidad, que está esperándote con ansia para estrecharte en sus brazos.

¡Qué triste es para Mí cuando, después de haber llamado con tanto amor a las almas, ellas, ingratas y ciegas, me atan y me llevan a la muerte!...

* * *

Mas... había llegado mi hora., y dando libertad a los soldados, me entregué con la docilidad de un cordero... En seguida me condujeron a casa de Caifás, donde me recibieron con burlas e insultos y donde uno de los criados me dio la primera bofetada.

¡Ah Josefa!... ¡Entiende esto!... ¡La primera bofetada!... ¿Me hizo sufrir más que los azotes de la flagelación?... No; pero en esta primera bofetada vi el primer pecado mortal de tantas almas que después de vivir en gracia, cometerían ese primer pecado... Y tras él..., ¡cuántos otros!..., siendo causa con su ejemplo de que otras almas los cometieran también..., y teniendo tal vez la misma desgracia: ¡morir en pecado!...

* * *

Mañana seguiremos... Pasa hoy el día reparando y pidiendo que muchas almas conozcan a dónde las conduce el camino que llevan...

16 de marzo

Negación de San Pedro

Escribe para las almas:

¡Mis Apóstoles me habían abandonado!... Pedro, movido de curiosidad, pero lleno de temor, se quedó oculto entre la servidumbre. A mi alrededor sólo había acusadores que buscaban cómo acumular contra Mí delitos que pudieran encender más la cólera de jueces tan inicuos. Me llaman perturbador, profanador del sábado, falso profeta. La soldadesca, excitada por las calumnias, profiere contra Mí gritos y amenazas.

* * *

¿Dónde estáis vosotros, apóstoles y discípulos que habéis sido testigos de mi vida, de mi doctrina, de mis milagros?... ¡Ah!, de todos aquellos de quienes esperaba alguna prueba de amor, no queda ninguno para defenderme; me encuentro solo y rodeado de soldados, que, como lobos, quieren devorarme.

Mirad cómo me maltratan: uno descarga sobre mi rostro una bofetada, otro me arroja su inmunda saliva; otro me tuerce el rostro en son de burla.

Mientras mi Corazón se ofrece a sufrir todos estos suplicios, Pedro, a quien había constituido Jefe y Cabeza de la Iglesia y que algunas horas antes había prometido seguirme hasta la muerte..., a una simple pregunta, que podía haberle servido para dar testimonio de Mí, ¡me niega! Y como el temor se apodera más y más de él y la pregunta se reitera, jura que jamás me ha conocido ni ha sido mi discípulo...

¡Ah! ¡Pedro! ¡Juras que no conoces a tu Maestro!... No sólo juras, sino que, interrogado por tercera vez, respondes con horribles imprecaciones.

* * *

¡Almas escogidas!... Cuando el mundo clama contra Mí, ¡qué tristeza, qué inmensa amargura para mi Corazón si, volviéndose entonces a los amigos, se encuentra sólo y abandonado de ellos!

Os diré como a Pedro: ¡Alma a quien tanto amo!... ¿No te acuerdas ya de las pruebas de amor que te he dado? ¿Te olvidas de los lazos que te unen a Mí?... ¿Olvidas cuántas veces me has prometido ser fiel y defenderme?

No confíes en ti misma porque entonces estás perdida. Pero si recurres a Mí con la humildad y firme confianza, no tengas miedo: Yo te sostendré.

Y vosotras, almas que vivís en el mundo rodeadas de tantos peligros..., huid de las ocasiones...

En cuanto a las que trabajáis en mi viña..., si os sentís movidas por curiosidad o por alguna satisfacción humana, también os diré que huyáis; pero si trabajáis puramente por obediencia o

impulsadas por el celo de las almas y de mi gloria, no temáis... Yo os defenderé y saldréis victoriosas...

* * *

Cuando los soldados me conducían a la prisión, al pasar por uno de los patios vi a Pedro, que estaba entre la turba... Le miré... El también me miró... Y lloró amargamente su pecado.

¡Cuántas veces miro así al alma que ha pecado!... Pero, ¿me mira ella también? ¡Ah!... Que no siempre se encuentran estas dos miradas... ¡Cuántas veces miro al alma y ella no me mire a Mí!... No me ve... Está ciega... La llamo por su nombre y no me responde... Le envío una tribulación para que salga de su sueño, pero no quiere despertar...

¡Almas queridas! Si no miráis al cielo viviréis como los seres privados de la razón... Levantad la cabeza y ved la patria que os espera. Buscad a vuestro Dios y siempre le encontraréis con los ojos fijos en vosotras, y en su mirada hallaréis la paz y le vide.

17 de marzo

La Prisión

Contéplame en la prisión, donde pasé gran parte de la noche. Los soldados venían a insultarme de palabra y de obra, empujándome, golpeándome.

Al fin, hartos de Mí, me dejaron solo, atado, en una habitación oscura y húmeda, sin más asiento que una piedra, donde mi cuerpo dolorido se quedó al poco rato aterido de frío...

* * *

Vamos ahora a comparar la prisión con el Sagrario, y, sobre todo, con los corazones de los que me reciben.

En la prisión, pasé una noche no entera...; pero en el Sagrario, ¡cuántas noches y días paso!

En la prisión me ultrajaron los soldados, que eran mis enemigos... Pero en el Sagrario me maltratan y me insultan almas que me llaman Padre... En la prisión pasé frío y sueño, hambre y sed, vergüenza, dolores, soledad y desamparo..., y desde allí veía, en el transcurso de los siglos, tantos Sagrarios en los que me faltaría el abrigo del amor... Cuántos corazones helados serían para mi cuerpo frío y herido como la piedra de la prisión!

¡Cuántas veces tendría sed de amor, sed de almas!...

¡Cuántos días espero que tal alma venga a visitarme en el Sagrario y a recibirme en su corazón!

¡Cuántas noches me paso solo... y pensando en ella!... ¡Qué de veces siento hambre de mis almas!... de su fidelidad generosa: ¿Sabrán calmarla con aquella ocasión de vencerse .., con esta ligera mortificación?... ¿Sabrán, cuando llegue la hora del dolor..., cuando hayan de pasar por una humillación..., una contrariedad..., una pena de familia o un momento de soledad y desolación, decirme desde el fondo del alma: «Os lo ofrezco para aliviar vuestra tristeza, para acompañaros en vuestra soledad?»

¡Ah! Si de este modo supieran unirse a Mí. ¡Con cuánta paz pasarían por aquella tribulación! Su alma saldría de ella fortalecida y habrían aliviado mi Corazón.

En la prisión sentí vergüenza al oír las horribles palabras que se proferían contra Mí..., y esta vergüenza creció al ver que más tarde esas mismas palabras serían repetidas por almas muy amadas.

Cuando aquellas manos sucias y repugnantes descargaban sobre Mí golpes y bofetadas, vi cómo sería muchas veces golpeado y abofeteado por tantas almas que, sin purificarse de sus pecados, me recibirán en sus corazones, y con sus pecados habituales descargarían sobre Mí repetidos golpes.

Cuando en la prisión me empujaban, y Yo, atado y falto de fuerzas, caía en tierra, vi cómo tantas almas, por no renunciar a una vana satisfacción me despreciarían, y atándome con las cadenas de su ingratitud me arrojarían de su corazón y me dejarían caer en tierra renovando mi vergüenza y prolongando mi soledad.

«¡Almas escogidas! Mirad a vuestro Esposo en la prisión; contempladle en esta noche de tanto dolor... Y considerad que este

dolor se prolonga en la soledad de tantos Sagrarios, en la frialdad de tantos corazones...

Si queréis darme una prueba de vuestro amor, abridme vuestro pecho para que haga de él mi prisión.

Atadme con las cadenas de vuestro amor... Cubridme con vuestras delicadezas... Alimentadme con vuestra generosidad... Apagad mi sed con vuestro celo...

Consolad mi tristeza y desamparo con vuestra fiel compañía.

Haced desaparecer mi dolorosa vergüenza con vuestra pureza y rectitud de intención.

Si queréis que descanse en vosotras, evitad el tumulto de pasiones, y en el silencio de vuestra alma dormiré tranquilo; de vez en cuando oiréis mi voz que os dice suavemente: Esposa mía, que ahora eres mi descanso, Yo seré el tuyo en la eternidad; a ti, que con tanto desvelo y amor me procuras la prisión de tu corazón, Yo te prometo que mi recompensa no tendrá límites y no te pesarán los sacrificios que hayas hecho por Mí durante tu vida».

* * *

20 de marzo

Imitación del divino Prisionero

«¡Escucha los deseos que entonces sentía mi Corazón!...

Me consumía de amor el pensamiento de tantas y tantas almas a quienes este ejemplo había de inspirar el deseo de seguir mis huellas.

Las veía fieles imitadoras de mi Corazón, aprendiendo de Mí mansedumbre, paciencia, serenidad, no sólo para aceptar los sufrimientos y desprecios, sino aun para amar a los que las persiguen y, si fuera preciso, sacrificarse por ellos como Yo me sacrificué.

El amor me encendía más y más en deseos de cumplir la Voluntad de mi Padre, y mi Corazón, más fuertemente unido a El en éstas horas de soledad y dolor, se ofrecía a reparar su gloria ultrajada...»

* * *

Así vosotras, almas religiosas que os halláis en prisión voluntaria por amor; que más de una vez pasáis a los ojos de las criaturas por inútiles y quizá por perjudiciales: ¡No temáis! Dejad que griten contra vosotras, y en estas horas de soledad y de dolor, que vuestro corazón se una íntimamente a Dios, único objeto de vuestro amor. ¡Reparad su gloria ultrajada por tantos pecados!...»

El mismo día

«Mi reino no es de este mundo»

«Al amanecer del día siguiente, Caifás ordenó que me condujeran a Pilatos para que pronunciara la sentencia de muerte.

Este me interrogó con gran sagacidad, deseoso de hallar causa de condenación; pero al mismo tiempo su conciencia le remordía y sentía gran temor ante la injusticia que contra Mí iba a cometer; al fin encontró un medio para desentenderse de Mí, y mandó me condujeran a Herodes.

En Pilatos están fielmente representadas las almas que, sintiendo la lucha entre la gracia y sus pasiones, se dejan dominar por el respeto humano y por su excesivo amor propio.»

«A todas las preguntas que Pilatos me hizo, nada respondí; mas cuando me dijo: «Eres tú el Rey de los Judíos?» Entonces, con gravedad y entereza, le dije: «Tú lo has dicho. Yo soy Rey, pero mi Reino no es de este mundo.»

Con estas palabras quise enseñar a muchas almas cómo cuando se presenta la ocasión de soportar el sufrimiento, una humillación que podrían fácilmente evitar, deben contestar con generosidad.

«Mi reino no es de este mundo»; es decir: no busco las alabanzas de los hombres; mi patria no es ésta; ya descansaré en la que lo es verdaderamente; ahora, ánimo para cumplir mi deber, sin tener en cuenta la opinión del mundo... No retrocederé, escucharé la voz de la gracia, ahogando los gritos de la naturaleza. Y si no soy capaz de vencer sola, pediré fuerzas y consejos, pues

en muchas ocasiones las pasiones y el excesivo amor propio ciegan al alma y la impulsan a obrar, el mal.»

El mismo día

En casa de Herodes

«Pilatos mandó que me llevaran a la presencia de Herodes. Era éste un hombre corrompido, que no buscaba más que el placer, dejándose arrastrar de sus pasiones desordenadas. Se alegró de verme comparecer ante su tribunal, pues esperaba divertirse con mis discursos y milagros.»

* * *

«Considerad, almas queridas, la repulsión que experimenté al verme ante aquel hombre vicioso, cuyas palabras, gestos y movimientos me cubrían de confusión.

¡Almas queridas y virginales! Venid a rodear y a defender a vuestro Esposo...

Herodes esperaba que Yo contestaría a sus preguntas sarcásticas, pero no quise desplegar mis labios; guardé en su presencia el más profundo silencio.

No contestar, era la mayor prueba que podía darle de mi dignidad. Sus palabras, obscenas, no merecían cruzarse con las mías, purísimas.

Entretanto, mi Corazón estaba íntimamente unido a mi Padre Celestial. Me consumía en deseos de dar por las almas hasta la última gota de mi Sangre. El pensamiento de todas las que, más tarde, habían de seguirme, conquistadas por mis ejemplos y por mi liberalidad, me encendían en amor, y no sólo gozaba en aquel terrible interrogatorio, sino que deseaba soportar el suplicio de la Cruz.

Dejé que me trataran de loco y me cubrieran con una vestidura blanca en señal de burla; después, en medio de gritos furiosos, me llevaron de nuevo a la presencia de Pilatos.»

La Flagelación

«Mira cómo este hombre, confundido y enredado en sus propios lazos, no sabe qué hacer de Mí, y para apaciguar el furor del populacho manda que me hagan azotar.»

* * *

Así son las almas cobardes, que faltas de generosidad para romper enérgicamente con las exigencias del mundo o de sus propias pasiones, en vez de cortar de raíz aquello que la conciencia les reprende, ceden a un capricho, se conceden una ligera satisfacción, capitulan en parte con lo que la pasión exige.

Y para acallar los remordimientos, se dicen a sí mismas:

— Ya me he privado de esto, —sin ver que es sólo la mitad de lo que la gracia les pide.

Sólo diré una palabra... Alma querida, como Pilatos me haces flagelar. Ya has dado un paso... Mañana darás otro... ¿Crees Satisfacer así tu pasión? No...; pronto te pedirá más, y como no has tenido valor para luchar con tu propia naturaleza en esta pequeñez, mucho menos la tendrás después cuando la tentación sea mayor.

* * *

Miradme, almas tan amadas de mi Corazón, dejándome conducir con la mansedumbre de un cordero al terrible y afrentoso suplicio de la flagelación...

Sobre mi cuerpo ya cubierto de golpes y agobiado de cansancio, los verdugos descargan cruelmente, con cuerdas embreadas y con varas, terribles azotes. Y es tanta la violencia con que me hieren, que no quedó en Mí un solo hueso que no fuese quebrantado por el más terrible dolor... La fuerza de los golpes me produjo innumerables heridas... Las varas arrancaban pedazos de piel y carne divina... La Sangre brotaba de todos los miembros de mi Cuerpo, que estaba en tal estado, que más parecía monstruo que hombre.

¡Ah! ¿Cómo podéis contemplarme en este mar de dolor y de amargura sin que vuestro corazón se mueva a compasión?

Pero no son los verdugos los que me han de consolar, sino vosotras, almas escogidas, aliviad mi dolor...

¡Contemplad mis heridas y ved si hay quien haya sufrido tanto para probaros su amor!...

22 de marzo

Jesús coronado de espinas y tratado como Rey de burla

Cuando los brazos de aquellos hombres crueles quedaron rendidos a fuerza de descargar golpes sobre mi Cuerpo, colocaron sobre mi cabeza una corona tejida con ramas de espinas, y Delfinando por delante de Mí me decían: ¿Conque eres Rey? ¡Te saludamos!...

Unos me escupían, otros me insultaban..., otros descargaban nuevos golpes sobre mi cabeza; cada uno añadía un nuevo dolor a mi Cuerpo maltratado y deshecho.

* * *

No rehúyo la humillación, antes me abrazo con ella, para expiar los pecados de soberbia y atraer a las almas a imitar mi ejemplo.

Permití que me coronasen de espinas y que mi cabeza sufriera cruelmente para expiar la soberbia de muchas almas que rehúsan aceptar aquello que las rebaja a los ojos de las criaturas.

Consentí que pusieran sobre mis hombros un manto de escarnio y que me llamasen loco; para que las almas no se desdeñen de seguirme por un camino que a los mundanos parece bajo y vil y quizá a ellas mismas indigno de su condición.

No, almas queridas, no hay camino, estado ni condición humillante cuando se trata de cumplir la Voluntad Divina...; no

queráis resistir, buscando con vanos y soberbios pensamientos el modo de seguir la voluntad de Dios haciendo la vuestra.

Ni creáis que hallaréis la verdadera paz y alegría en una condición más o menos brillante a los ojos de las criaturas... No; sólo la encontraréis en el exacto cumplimiento de la Voluntad Divina y en la entera sumisión para aceptar todo lo que ella os pida.

* * *

Hay en el mundo muchas jóvenes que cuando llega el momento de decidirse para contraer matrimonio, se sienten atraídas hacia aquel en quien descubren cualidades de honradez, vida cristiana y piadosa, fiel cumplimiento del deber, así en el trabajo como en el seno de la familia; todo, en fin, lo que puede llenar las aspiraciones de su corazón.

Pero en aquella cabeza germinan pensamientos de soberbia; y empiezan a discurrir así. Tal vez éste satisfaría los anhelos de mi corazón, pero en cambio no podré figurar ni lucir en el mundo. Entonces se ingenian para buscar otro, en el cual pasarán por más nobles, más ricas, llamarán la atención y se granjearán la estima y los halagos de las criaturas.

¡Ay! ¡Cuán neciamente se ciegan estas pobres almas! Óyeme, hija mía; no encontrarás la verdadera felicidad en este mundo, y... quizá no la encuentres tampoco en el otro. ¡Mira que te pones en gran peligro!

¿Y qué diré a tantas almas a quienes llamo a la vida perfecta, a una vida de amor, y que se hacen sordas a mi voz?

¡Cuántas ilusiones, cuánto engaño hay en almas que aseguran están dispuestas a hacer mi Voluntad, a seguirme, a unirse y consagrarse a Mí, y, sin embargo, clavan en mi cabeza la corona de espinas!

Hay almas a quienes quiero por esposas y, conociendo como conozco los más ocultos repliegues de su corazón, amándolas como las amo, con delicadeza infinita, deseo colocarlas allí donde en mi sabiduría veo que encontrarán todo cuanto necesitan para llegar a una encumbrada santidad. Allí donde mi Corazón se manifestará a ellas y donde me darán más gloria..., más consuelo..., más amor y más almas.

¡Pero cuántas resistencias!... ¡Y cuántas decepciones sufre mi Corazón! ¡Cuántas almas ciegas por el orgullo, la sed de fama y de honra, el deseo de contentar sus vanos apetitos, y una baja y mezquina ambición de ser tenidas en algo..., se niegan a seguir el camino que les traza mi amor!

Almas por Mí escogidas con tanto cariño, ¿creéis darme la gloria que Yo esperaba de vosotras haciendo vuestro gusto? ¿Creéis cumplir mi Voluntad resistiendo a la voz de la gracia que os llama y encamina por esa senda que vuestro orgullo rechaza?

23 de marzo

Barrabás preferido a Jesús

Vamos a seguir hablando de estas pobres almas que se dejan engañar por el orgullo y la soberbia.

* * *

Coronado de espinas y cubierto con un manto de púrpura, los soldados me presentaron de nuevo a Pilatos.

No encontrando en Mí delito para castigarme, Pilatos me hizo varias preguntas, diciéndome que por qué no le contestaba siendo así que él tenía todo poder sobre Mí...

Entonces, rompiendo mi silencio, le dije: No tendrías ese poder si no se te hubiese dado de arriba; pero es preciso que se cumplan las Escrituras.

Y cerrando de nuevo los labios me entregué...

Pilatos, perturbado por el aviso de su mujer y perplejo entre los remordimientos de su conciencia y el temor de que el pueblo se amotinase contra él, buscaba medios para libertarme..., y me expuso a la vista del populacho en el lastimoso estado en que me hallaba, proponiéndoles darme la libertad y condenar en mi lugar a Barrabás, que era un ladrón y criminal famoso... A una voz, contestó el pueblo:

— ¡Que muera y que Barrabás sea puesto en libertad!

* * *

Almas que me amáis, ved cómo me han comparado a un criminal y ved cómo me han rebajado más que al más perverso de los hombres... ¡Oíd qué furiosos gritos lanzan contra Mí!... ¡Ved con qué rabia piden mi muerte! ¿Rehusé, acaso, pasar por tan penosa afrenta? No, antes al contrario, me abracé con ella por amor a las almas y para mostraros que este amor no me llevó tan sólo a la muerte, sino al desprecio, a la ignominia, al odio de los mismos por quienes iba a derramar mi Sangre con tanta profusión.

No creáis, sin embargo, que mi naturaleza humana no sintió repugnancia ni dolor...; antes, al contrario, quise sentir todas vuestras repugnancias y estar sujeto a vuestra misma condición, dejándoos un ejemplo que os fortalezca en todas las circunstancias de la vida.

* * *

Ahora quiero volver a tratar de las almas de quienes hablaba ayer. De esas almas a quienes llamo al estado perfecto, pero vacilan, diciendo entre sí: «No puedo resignarme a esta vida de oscuridad..., no estoy acostumbrada a estos quehaceres tan bajos...; ¿qué dirán mi familia, mis amistades? Y se persuaden de que con la capacidad que tienen o creen tener, serán más útiles en otro lugar.

Voy a responder a estas almas: «Dime, ¿rehusé Yo o vacilé siquiera cuando me vi nacer de familia pobre y humilde..., en un establo, lejos de mi casa y de mi patria..., de noche..., en la más cruda estación del año?...

Después viví treinta años de trabajo oscuro y rudo en un taller de carpintero; pasé humillaciones y desprecios de parte de los que encargaban trabajo a mi Padre San José..., no me desdeñé de ayudar a mi Madre en las faenas de la casa..., y, sin embargo, ¿no tenía más talento que el que se requiere para ejercer el tosco oficio de carpintero, Yo que a la edad de doce años enseñé a los Doctores en el Templo?

Pero era la Voluntad de mi Padre Celestial y así le glorificaba. Cuando dejé Nazaret y empecé mi vida pública, habría podido darme a conocer por Mesías e Hijo de Dios, para que los hombres

escuchasen mis enseñanzas con veneración; pero no lo hice porque mi único deseo era cumplir la voluntad de mi Padre...

Y cuando llegó la hora de mi Pasión, a través de la crueldad de los unos y de las afrentas de los otros, del abandono de los míos y de la ingratitud de las turbas..., a través del indecible martirio de mi Cuerpo y de las vivísimas repugnancias de mi naturaleza humana, mi alma, con mayor amor aún, se abrazaba con la Voluntad de mi Padre Celestial... Cuando, después de haber pasado por encima de las repugnancias y sutilezas de amor propio, que os sugiere vuestra naturaleza..., abracéis con generosidad la Voluntad Divina, sólo entonces llegaréis a gozar de las más inefables dulzuras, en una íntima unión de voluntades, entra el Divino Esposo y vuestra alma.

* * *

Esto que he dicho a las almas que sienten honor a la vida humilde y oscura, lo repito a las que, por el contrario, son llamadas a trabajar en continuo contacto con el mundo, cuando su atractivo sería la completa soledad y los trabajos humildes y ocultos...

¡Almas escogidas! Vuestra felicidad y vuestra perfección no consiste en ser conocidas o desconocidas de las criaturas, ni en emplear u ocultar el talento que poseéis... Lo único que os procurará felicidad cumplida es hacer la voluntad de Dios, abrazarla con amor y por amor unirse y conformarse con entera sumisión a todo lo que por su gloria y vuestra santificación os pida.

* * *

Basta por hoy, Josefa; mañana continuaré. Ama y abraza mi Voluntad alegremente: ya sabes que está en todo trazada por el amor.

Jesús condenado a muerte

Medita por un momento el indecible martirio de mi Corazón, tan tierno y delicado al verse pospuesto a Barrabás...

¡Cómo recordaba entonces las ternuras de mi Madre, cuando me estrechaba sobre su Corazón! ¡Cuán presente tenía los desvelos y fatigas que para mostrarme su amor sufrió mi Padre adoptivo! ¡Cuán vivamente se presentaban a mi memoria los beneficios que con tanta liberalidad derramé sobre aquel pueblo ingrato!... ¡Dando vista a los ciegos, devolviendo la salud a los enfermos, el uso de sus miembros a los que lo habían perdido!... ¡Dando de comer a las turbas y resucitando a los muertos! Y ahora, ¡vedme reducido al estado más despreciable! ¡Soy el más odiado de los hombres y se me condena a muerte como a un ladrón infame!... ¡Pilatos ha pronunciado la sentencia! ¡Almas queridas! ¡Considerad atentamente cuánto sufrió mi Corazón!

El mismo día

Desesperación de Judas

Desde que Judas me entregó en el Huerto de los Olivos, anduvo errante y fugitivo, sin poder acallar los gritos de su conciencia, que le acusaba del más horrible sacrilegio. Cuando llegó a sus oídos la sentencia de muerte pronunciada contra Mí, se entregó a la más terrible desesperación y se ahorcó.

¿Quién podrá comprender el dolor intenso de mi Corazón cuando vi lanzarse a la perdición eterna esa alma que había pasado tres años en la escuela de mi amor, aprendiendo mi doctrina, recibiendo mis enseñanzas, oyendo tantas veces cómo perdonaban mis labios a los más grandes pecadores?

¡Ah! ¡Judas! ¿Por qué no vienes a arrojarte a mis pies para que te perdone? Si no te atreves a acercarte a Mí por temor a los

que me rodean, maltratándome con tanto furor, mírame al menos, ¡verás cuán pronto se fijan en ti mis ojos!...

«Almas que estáis enredadas en los mayores pecados... si por más o menos tiempo habéis vivido errantes y fugitivas a causa de vuestros delitos, si los pecados de que sois culpables os han cegado y endurecido el corazón, si por seguir alguna pasión habéis caído en los mayores desórdenes, ¡ah!, no dejéis que se apodere de vosotras la desesperación, cuando os abandonen los cómplices de vuestro pecado o cuando vuestra alma se dé cuenta de su culpa... ¡Mientras el hombre cuenta con un instante de vida, aun tiene tiempo de recurrir a la misericordia y de implorar el perdón!

Si sois jóvenes y los escándalos de vuestra vida pasada os han degradado ante los hombres, ¡no temáis! Aun cuando el mundo os desprecie, os trate de malvados, os insulte, os abandone, estad seguros de que vuestro Dios no quiere que vuestra alma sea pasto de las llamas del infierno. Desea que os acerquéis a El para perdonaros. Si no os atrevéis a hablarle, dirigidle miradas y suspiros del corazón y pronto seréis que su mano bondadosa y paternal os conduce a la fuente del perdón y de la vida.

Si por malicia habéis pasado quizá gran parte de vuestra vida en el desorden o en la indiferencia, y cerca ya de la eternidad, la desesperación quiere poner os una venda en los ojos, no os dejéis engañar; aun es tiempo de perdón, y ¡oídllo bien!; si os queda un segundo de vida, aprovechadlo, porque en él podéis ganar la vida eterna...

Si ha transcurrido vuestra existencia en la ignorancia y el error, si habéis sido causa de grandes daños para los hombres, para la sociedad, y hasta para la Religión y por cualquier circunstancia conocéis vuestro error, no os dejéis abatir por el peso de las faltas ni por el daño de que habéis sido instrumento, sino por el contrario, dejando que vuestra alma se penetre del más vivo pesar, abismaos en la confianza y recurrid al que siempre os está ESPERANDO para perdonaros todos los yerros de vuestra vida.»

* * *

Lo mismo sucede, si se trata de un alma que ha pasado los primeros años de su vida en la fiel observancia de mis Man-

damientos, pero que ha decaído poco a poco del fervor, pasando a una vida tibia y cómoda...

Pero un día recibe una fuerte sacudida que la despierta; entonces aparece su vida inútil, vacía, sin méritos para la eternidad. El demonio, con infernal envidia, la ataca de mil maneras, le inspira desaliento y tristeza, abultándole sus faltas, acaba por llevarla al temor y a la desesperación.

¡Almas que tanto amo, no escuchéis este cruel enemigo!... En cuanto sientas la emoción de la gracia y antes de que sea más fuerte la lucha, acude a mi Corazón, pídele que vierta una gota de su Sangre sobre tu alma. ¡Ven a Mí! Ya sabes dónde me encuentro, en los brazos paternales de tus Superiores. Allí estoy bajo el velo de la fe. Levanta ese velo y dime con entera confianza tus penas, tus miserias, tus caídas... Escucha con respeto mis palabras y no temas por lo pasado. Mi Corazón lo ha sumergido en el abismo de mi misericordia y mi amor te prepara nuevas gracias. Tu vida pasada te dará la humildad que te llenará de méritos, y si quieres darme la mejor prueba de amor, ten confianza y cuenta con mi perdón. Cree que nunca llegarán a ser mayores tus pecados que mi misericordia, pues es infinita.

* * *

«¡Josefa! Permanece sumergida en el abismo de mi amor y pide que las almas se dejen penetrar de esos sentimientos!»

26 de marzo, Lunes Santo

Camino del Calvario

«Vamos a continuar, Josefa; sígueme en el camino del Calvario, agobiado bajo el peso de la Cruz.

En tanto que mi Corazón estaba profundamente abismado en la tristeza por la eterna perdición de Judas, los crueles verdugos, insensibles a mi dolor, cargaron sobre mis hombros llagados la

dura y pesada Cruz en que había de consumir el misterio de la Redención del mundo.

¡Contempladme, ángeles del cielo!... ¡Ved al Creador de todas las maravillas, al Dios a quien rinden adoración los espíritus celestiales, caminando hacia el Calvario y llevando sobre sus hombros el leño santo y bendito que va a recibir su último suspiro!...

Vedme también vosotras, almas que deseáis ser mis fieles imitadoras. Mi Cuerpo, destrozado por tanto tormento, camina sin fuerzas, bañado de sudor y de sangre... ¡Sufro... sin que nadie se compadezca de mi dolor!... La multitud me acompaña y no hay una sola persona que tenga piedad de Mí!... ¡Todos me rodean como lobos hambrientos, deseosos de devorar su presa!

¡La fatiga que siento es tan grande y la Cruz tan pesada, que a mitad del camino caigo desfallecido!... Ved cómo me levantan aquellos hombres inhumanos del modo más brutal: uno me agarra de un brazo, otro tira de mis vestidos, que estaban pegados a mis heridas!...; éste me coge por el cuello, otro por los cabellos, otros descargan terribles golpes en todo mi Cuerpo, con los puños y hasta con los pies. La Cruz cae encima de Mí y su peso me causa nuevas heridas. Mi rostro roza con las piedras del camino, y con la sangre que por él corre, se pegan a mis ojos y a toda mi Sagrada Faz el polvo y el lodo, y quedo convertido en el objeto más repugnante.

El mismo día.

Encuentro con la Santísima Virgen

Seguid conmigo unos momentos y a los pocos pasos me veréis en presencia de mi Madre Santísima, que con el Corazón traspasado de dolor sale a mi encuentro para dos fines: cobrar nueva fuerza para sufrir a la vista de su Dios..., y dar a su Hijo con su actitud heroica aliento para continuar la obra de la Redención.

* * *

Considerad el martirio de estos dos Corazones:

Lo que más ama mi Madre es su Hijo..., y no puede darme ningún alivio, y sabe que su vista aumentará mis sufrimientos.

Para Mí lo más grande es mi Madre, y no solamente no la puedo consolar, sino que el lamentable estado en que me ve procura a su Corazón un sufrimiento semejante al mío. ¡La muerte que Yo sufro en el Cuerpo la recibe mi Madre en el Corazón! ¡Ah! ¡Cómo se clavan en Mí sus ojos, y los míos, oscurecidos y ensangrentados, se clavan también en Ella! No pronunciamos una sola palabra; pero ¡cuántas cosas se dicen nuestros Corazones en esta dolorosa mirada!...

Si, mi Madre estuvo presente a todos los tormentos de mi Pasión, que por revelación divina se presentaba a su espíritu. Además, varios discípulos, aunque permaneciendo lejos por miedo a los judíos, procuraban enterarse de todo e informaban a mi Madre. Cuando supo que ya se había pronunciado la sentencia de muerte, salió a mi encuentro y no me abandonó hasta que me depositaron en el sepulcro.

27 de marzo, Martes Santo

El Cireneo

Sigue contemplándome, Josefa...; la comitiva avanza hacia el Calvario...

Aquellos hombres inicuos, temiendo verme morir antes de llegar al término, se entienden entre sí para buscar a alguien que me ayude a llevar la Cruz, y alquilan a un hombre de las cercanías llamado Simón.

Mira detrás de Mí a Simón ayudándome a llevarla, y considera, ante todo, dos cosas:

Este hombre, aunque de buena voluntad, es un mercenario, porque si me acompaña y comparte conmigo el peso de la Cruz, es porque ha sido «alquilado». Por eso, cuando siente demasiado cansancio deja caer más peso sobre Mí, y así caigo en tierra dos veces.

Además, este hombre me ayuda a llevar parte de la Cruz, pero no toda la Cruz.

Veamos el sentido de estas dos circunstancias.

* * *

Hay muchas almas que caminan así en pos de Mí. Se comprometen a ayudarme a llevar la Cruz, pero todavía desean consuelo y descanso; consienten en seguirme y con este fin han abrazado la vida perfecta; pero no abandonan el propio interés, que sigue siendo, en muchos casos, su primer cuidado: por eso vacilan y dejan caer mi Cruz cuando les pesa demasiado. Buscan la manera de sufrir lo menos posible, miden su abnegación, evitan cuanto pueden la humillación y el cansancio..., y acordándose, quizá con pesar de lo que dejaron, tratan de procurarse ciertas comodidades, ciertos placeres. En una palabra, hay almas tan interesadas y tan egoístas, que han venido en mi seguimiento más por ellas que por Mí... Se resignan tan sólo a soportar lo que no pueden evitar o aquello a que las obligan... No me ayudan a llevar más que una partecita de mi Cruz, y de tal suerte, que apenas pueden adquirir los méritos indispensables para su salvación. Pero en la eternidad verán ¡qué atrás se han quedado en el camino que debían recorrer!...

Por el contrario, hay almas, y no pocas, que, movidas por el deseo de su salvación, pero, sobre todo, por el amor que les inspira la vista de lo que por ellas he sufrido, se deciden a seguirme por el camino del Calvario; se abrazan con la vida perfecta y se entregan a mi servicio, no para ayudarme a llevar parte de la Cruz, sino para llevarla entera. Su único deseo es descansar..., consolarme...; se ofrecen a todo cuanto les pida mi Voluntad, buscando cuanto pueda agradarme; no piensan en los méritos ni en la recompensa que les espera, ni en el cansancio, ni en el sufrimiento...; lo único que tienen presente es el amor que me demuestran y el consuelo que me procuran.

Si mi Cruz se presenta bajo la forma de una enfermedad, si se oculta debajo de una ocupación contraria a sus inclinaciones o poco conforme a sus aptitudes, si va acompañada de algún olvido de las personas que las rodean, la aceptan con entera sumisión.

Suponed que, llenas de buenos deseos y movidas de grande amor a mi Corazón y de celo por las almas, hacen lo que creen mejor en tal o cual circunstancia; mas en vez del resultado que esperaban recogen toda clase de molestias y humillaciones... Esas almas que obran sólo a impulsos del amor se abrazan con todo, y viendo en ello mi Cruz, la adoran y se sirven de ella para procurar mi Gloria.

¡Ah!, estas almas son las que verdaderamente llevan mi Cruz, sin otro interés ni otra paga que mi amor... Son las que me consuelan y glorifican.

Tened, ¡almas queridas!; como cosa cierta, que si vosotras no veis el resultado de vuestros sufrimientos y de vuestra abnegación, o lo veis más tarde, no por eso han sido vanos e infructuosos; antes, por el contrario; el fruto será abundante.

El alma que ama de veras no cuenta lo que ha trabajado, ni pesa lo que ha sufrido. No regatea fatigas ni trabajos. No espera recompensa: busca tan sólo aquello que cree de mayor gloria para su Amado. No se turba ni se inquieta, y mucho menos pierde la paz si, por cualquier circunstancia, se ve contrariada y aun tal vez perseguida y humillada, porque el único móvil de sus actos es el amor y sólo por amor ha obrado.

Estas son las almas que no buscan salario. Lo único que esperan es mi consuelo, mi descanso y mi gloria. Estas son las que llevan toda mi Cruz y todo el peso que mi Voluntad Santa quiere cargar sobre ellas.

28 de marzo, Miércoles Santo

Crucifixión

¡Ya estamos cerca del Calvario! ¡La multitud se agita porque se acerca el terrible momento... Extenuado de fatiga, apenas si puedo andar!

Tres veces he caído en el trayecto.

Una, a fin de dar fuerza de convertirse a los pecadores habituados al pecado; otra, para dar aliento a las almas que caen

por fragilidad, y a las que ciega la tristeza o la inquietud; la tercera, para ayudarlas a salir del pecado a la hora de la muerte.

¡Mira con qué crueldad me rodean estos hombres endurecidos! Unos tiran de la Cruz y la tienden en el suelo; otros me arrancan los vestidos pegados a las heridas, que se abren de nuevo y vuelve a brotar la sangre.

Mirad, ¡almas queridas!, ¡cuánta es la vergüenza que padezco al verme así ante aquella inmensa muchedumbre! ¡Qué dolor para mi cuerpo y que confusión para mi alma!...

Los verdugos me arrancan la túnica que con tanta delicadeza y esmero me vistió mi Madre en mi infancia y que había ido creciendo a medida que Yo crecía, ¡y la sortean!... ¿Cuál sería la aflicción de mi Madre, que contemplaba esta terrible escena?... ¡Cuánto hubiera deseado Ella conservar aquella túnica teñida y empapada ahora con mi Sangre!

* * *

«Pero... ha llegado la hora, y tendiéndome sobre la Cruz, los verdugos cogen mis brazos y los estiran para que lleguen a los taladros preparados en ella. Con tal atroces sacudidas todo mi Cuerpo se quebranta, se balancea de un lado a otro y las espigas de la corona penetran en mi cabeza más profundamente.

¡Oíd el primer martillazo que clava mi mano derecha...; resuena hasta las profundidades de la tierra!... Ya clavan mi mano izquierda...; ante semejante espectáculo los cielos se estremecen; los ángeles se postran. ¡Yo guardo profundo silencios... ¡Ni una queja se escapa de mis labios!

Después de clavarme las manos, tiran cruelmente de los pies...; las llagas se abren..., los nervios se desgarran..., los huesos se descoyuntan... ¡El dolor es inmenso!... ¡Mis pies quedan traspasados..., y mi Sangre baña la tierra!...»

* * *

Contemplad un instante estas manos y estos pies ensangrentados..., este cuerpo desnudo, cubierto de heridas y de

sangre... Esta cabeza traspasada por agudas espinas, empapada en sudor, llena de polvo y de sangre...

Admirad el silencio, la paciencia y la conformidad con que acepto este cruel sufrimiento.

¿Quién es el que sufre así víctima de tales ignominias?...; ¡Es Jesucristo, el Hijo de Dios!... El que ha hecho los cielos, la tierra, el mar y todo lo que existe...; el que ha creado al hombre, el que todo lo sostiene con su poder infinito... Está ahí inmóvil..., despreciado..., despojado de todo... Pero muy pronto será imitado y seguido por multitud de almas que abandonarán bienes de fortuna, patria, familia, honores, bienestar y cuanto sea necesario para darle la gloria y el amor que le son debidos»

* * *

«¡Estad atentos, Ángeles del Cielo!, y vosotros, todos los que me amáis. Los soldados van a dar la vuelta a la Cruz para remachar los clavos y evitar que, con el peso de mi cuerpo, se salgan y lo dejen caer. ¡Mi cuerpo va a dar a la tierra el beso de paz! ¡Mientras los martillazos resuenan por el espacio, en la cima del Calvario se realiza el espectáculo más admirable!... A petición de mi Madre, que contemplando lo que pasaba y siéndole a Ella imposible darme alivio, implora la misericordia de mi Padre Celestial..., legiones de Ángeles bajan a sostener mi cuerpo adorable para evitar que roce la tierra y que lo aplaste el peso de la Cruz...»

* * *

«¡Contempla a tu Jesús tendido en la Cruz!..., sin poder hacer el menor movimiento..., desnudo..., sin fama..., sin honra, sin libertad... Todo se lo han arrebatado...

¡No hay quien se apiade y se compadezca de su dolor...; sólo recibe tormentos, escarnios y burlas!...; si me amas de veras, ¿qué no harás para asemejarte a Mí? ¿A qué no estarás dispuesta para consolarme? Y ¿qué rehusarás a mi amor?

* * *

Ahora póstrate en tierra y deja que te diga una palabra:
¡Que mi Voluntad triunfe en ti!
¡Que mi Amor te destruya!
¡Que tu miseria me glorifique!»

30 de marzo, Viernes Santo.

Las siete palabras

«Josefa, ya conoces mis sufrimientos... Sígueme en ellos...
Acompáñame y toma parte en mi dolor...»

* * *

«¡Ya ha llegado la hora de la Redención del mundo! Me van a levantar y a ofrecer como espectáculo de burla..., pero también de admiración... ¡Esta Cruz que hasta aquí era el patíbulo donde expiraban los criminales, es ahora la luz del mundo, el objeto de mayor veneración.

En mis llagas encontrarán los pecadores el perdón y la vida...
¡Mi Sangre lavará y borrará todas sus manchas!...

¡En mis llagas las almas puras vendrán para saciar su sed y abrasarse en amor!... ¡En ellas podrán guarecerse y fijar su morada!...»

* * *

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen

«No han conocido al que es su vida. ¡Han descargado sobre El todo el furor de sus iniquidades!... Mas, Yo os lo ruego, ¡oh Padre mío!..., descargad sobre ellos la fuerza de vuestra misericordia.»

Hoy estarás conmigo en el Paraíso

«Porque tu fe en la misericordia de tu Salvador ha borrado tus crímenes...; ella te conduce a la vida eterna.»

Mujer, he ahí a tu hijo

«¡Madre mía!, he ahí a mis hermanos... ¡Guárdalos!... ¡Ámalos!...»

No estáis solos, vosotros por quienes he dado mi vida. Tenéis ahora una Madre a la que podéis recurrir en todas vuestras necesidades.

Y ahora el amor me lleva a unir a todos los hombres con lazos de hermandad, dándoles a todos mi misma Madre.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?

«Sí, el alma tiene ya derecho a decir a Dios: ¿Por qué me has desamparado?... Porque, después de consumado el misterio de la Redención, el hombre ha vuelto a ser hijo de Dios, hermano de Jesucristo, heredero de la vida eterna...»

Tengo sed

«¡Oh! ¡Padre mío!... Tengo sed de vuestra gloria..., y he aquí que ha llegado la hora... En adelante, realizándose mis palabras, el mundo conocerá que sois Vos el que me enviasteis y seréis glorificado.

Tengo sed de almas, y para refrigerar esta sed he derramado hasta la última gota de mi Sangre. Por eso puedo decir:

Todo está consumado

«Ahora se ha cumplido el gran misterio de Amor, por el cual Dios entregó a la muerte a su propio Hijo para devolver al hombre la vida...

Vine al mundo para hacer vuestra Voluntad. Padre mío, ¡ya está cumplida!»

En vuestras manos encomiendo mi espíritu

«A Vos entrego mi alma... Así las almas que cumplen mi Voluntad, podrán decir con verdad: Todo está consumado... ¡Señor mío y Dios mío! Recibid mi alma, la pongo en vuestras manos...»

«Josefa, lo que has oído, escríbelo; quiero que las almas lo lean, a fin de que las que tengan sed se refrigeren..., las que tengan hambre se sacien...»

CONCLUSIÓN

OFRECIMIENTO EN UNION CON EL CORAZON DE JESUS⁸

¡Padre eterno! ¡Padre misericordioso! ¡Recibid la Sangre de vuestro Hijo! ¡Tomad sus Llagas, recibid su Corazón por estas almas! Mirad su cabeza traspasada de espinas. No permitáis que una vez más esta Sangre sea inútil. Mirad la sed que tengo de daros almas... Padre mío, no permitáis que estas almas se pierdan... Salvadlas para que os glorifiquen eternamente.

* * *

¡Padre eterno! Mirad estas almas bañadas con la Sangre de vuestro Hijo, víctima que se ofrece sin cesar; esta Sangre que purifica, consume y abrasa, ¿no tendrá eficacia bastante para ablandar estas almas?

* * *

Dios santo, Dios justo... Padre de infinita bondad y clemencia, que por amor habéis creado al hombre y por amor le habéis constituido heredero de bienes eternos, si por debilidad os ha ofendido y merece castigo, recibid los méritos de vuestro Hijo, que se ofrece a Vos como Víctima de expiación. Por esos méritos infinitos perdonadle y ponedle de nuevo en estado de recibir la herencia celestial. ¡Oh Padre mío! ¡Piedad y misericordia para las almas!

* * *

Oh Dios infinitamente Santo... Padre infinitamente misericordioso. Os adoro. Quisiera reparar los ultrajes que recibís de los pecadores en todos los lugares de la tierra y en todos los

⁸ (1) Estos ofrecimientos y oraciones fueron enseñados por Nuestro Señor a Sor Josefa.

instantes del día y de la noche. Quisiera especialmente, Padre mío, reparar los pecados que se cometen durante esta hora, y para ello, os ofrezco todos los actos de adoración y reparación que os tributan las almas que os aman. Os ofrezco, sobre todo, el holocausto que continuamente os presenta vuestro Divino Hijo, inmolándose en el altar en todos los puntos de la tierra y en todos los momentos de esta hora.

¡Oh Padre infinitamente bueno y compasivo! Recibid esta Sangre purísima en reparación de los ultrajes de los hombres. Perdonadles sus pecados y tened misericordia de ellos.

* * *

¡Oh Padre mío!, ¡oh Padre celestial! Mirad las llagas de vuestro Hijo y dignaos recibirlas para que las almas se abran a los toques de la gracia. Que los clavos que taladraron sus manos y sus pies traspasen los corazones endurecidos..., que su Sangre los ablande y los mueva a hacer penitencia. Que el peso de la Cruz sobre los hombros de vuestro Divino Hijo mueva a las almas a descargar el peso de sus delitos en el tribunal de la penitencia.

Os ofrezco. ¡oh Padre celestial!, la Corona de espinas de vuestro amado Hijo. Por este dolor os pido que las almas se dejen traspasar por una sincera contrición.

Os ofrezco el desamparo que vuestro Hijo padeció en la Cruz. Su ardiente sed y todos los demás tormentos de su agonía a fin de que los pecadores encuentren paz y consuelo en el dolor de sus culpas.

En fin, ¡oh Dios compasivo y lleno de misericordia!, por aquella perseverancia con que Jesús vuestro Hijo, rogó por los mismos que lo crucificaban, os ruego y os suplico concedáis a las almas un ardiente amor a Dios y al prójimo y la perseverancia en el bien.

Y así como los tormentos de vuestro Hijo terminaron con la eterna bienaventuranza, así los sufrimientos de los arrepentidos y penitentes sean también coronados eternamente con el premio de vuestra gloria.

* * *

¡Oh Padre amadísimo, Dios infinitamente bueno! Ved aquí a vuestro Hijo Jesucristo que, poniéndose entre vuestra justicia divina y los pecados de las almas, implora perdón.

¡Oh Dios de misericordia!, apiadaos de la debilidad humana, iluminad los espíritus oscurecidos para que no se dejen engañar y caigan en los más terribles pecados... Dad fuerza a las almas para rechazar los peligros que les presenta el enemigo de su salvación y para que vuelvan a emprender con nuevo vigor el camino de la virtud.

¡Oh Padre eterno! Mirad los padecimientos que Jesucristo, vuestro Divino Hijo, sufrió durante la Pasión. Vedle delante de Vos presentándose como Víctima para obtener luz, fuerza, perdón y misericordia en favor de las almas.

¡Dios santísimo!, en cuya presencia ni los ángeles ni los santos son dignos de permanecer, perdonad todos los pecados que se cometen por pensamiento y por deseo. ¡Recibid como expiación de estas ofensas la cabeza traspasada de espinas de vuestro Divino Hijo! ¡Recibid la Sangre purísima que de ella sale con tanta abundancia!... Purificad los espíritus manchados..., iluminad los entendimientos oscurecidos, y que esta Sangre divina sea su fuerza, su luz y su vida.

Recibid, ¡oh Padre Santísimo!, los sufrimientos y los méritos de todas las almas que, unidas a los méritos y sufrimientos de Jesucristo, se ofrecen a Vos con El y por El para que perdonéis al mundo.

¡Oh Dios de misericordia y amor!, sed la fortaleza de los débiles, la luz de los ciegos y el amor de todas las almas.

* * *

Padre eterno, que por amor a las almas habéis entregado a la muerte a vuestro Hijo único, por su Sangre, por sus méritos y por su Corazón, tened piedad del mundo y perdonad los pecados de los hombres.

Recibid la humilde reparación que os tributan vuestras almas consagradas. ¡Unidlas a los méritos de vuestro Divino Hijo, para que sus actos sean todos de gran eficacia! ¡Oh Padre eterno!

Tened piedad de las almas y no olvidéis que aun no ha llegado el tiempo de la justicia, sino el de la misericordia.

ORACIÓN POR LAS ALMAS ACERDOTALES

¡Oh Jesús mío! Por vuestro Corazón amantísimo os suplico inflaméis en el fuego de vuestro amor y de vuestra gloria a todos los sacerdotes del mundo, a todos los misioneros, a todas las personas encargadas de predicar vuestra divina palabra, para que, encendidas en santo celo, conquisten las almas y las conduzcan al asilo de vuestro Corazón, donde sin cesar os glorifiquen. Así sea.

FIN